

LA FORMACIÓN DEL SUJETO PUEBLO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

IRAYDA VARGAS ARENAS



Alcaldía
de Caracas



LA FORMACIÓN DEL SUJETO PUEBLO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA

IRALDA VARGAS ARENAS



Alcaldía
de Caracas

La formación del sujeto Pueblo en la historia de Venezuela
© Iraida Vargas Arenas

FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2021

Avenida Lecuna, Parque Central, edificio Tejamal, P.H.,
parroquia San Agustín, 1010-Caracas.

IG: [ccsfundarte](#)

TW: [@ccs_fundarte](#)

FB: Fundarte Alcaldía

<https://www.fundarte.gob.ve>

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
María V. Guevara

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
J.R.C.

ISBN: 978-980-253-800-3
Depósito Legal: DC2021001126
CARACAS - REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

ÍNDICE

Prólogo

Prefacio

1. El pueblo venezolano como sujeto histórico
2. Identidad, diversidad y globalización
3. La insurgencias de las mujeres en la independencia de Venezuela
4. Sociedades indígenas, guerra de independencia y la moderna sociedad venezolana
5. Los estudios históricos en Venezuela
6. La arqueología social y el sentido de una historiografía comprometida
7. Arqueología social e historia regional:
Contribuciones para la participación democrática
en Venezuela. La investigación histórica
y La construcción de ciudadanía
8. La construcción del sujeto
9. Guayana: La historia del nuevo Dorado:
arqueología social e historia regional

Post scriptum

Bibliografía

IRAYDA VARGAS ARENAS – RESEÑA

Si no tenemos conciencia de un pasado común que nos empuje y nos comprometa, si no tenemos objetivos comunes hacia el futuro, menos podemos decir que somos pueblo.

HUGO CHÁVEZ

PRÓLOGO

El tema que desarrolla Iraida Vargas Arenas en la presente publicación, se fundamenta en el concepto del sujeto histórico, el cual define a un ente social que es capaz de transformar su realidad y con ello producir acontecimientos históricamente relevantes, así como diferentes relatos históricos; como podría ser algún acontecimiento que marque, por ejemplo, el inicio de un proceso civilizatorio. La publicación recopila los materiales preparados por la autora para varias de las numerosas conferencias dictadas sobre el tema y que han sido usados como guías didácticas en las clases y en los debates por los cursantes del seminario.

Como nos muestra la autora en los trabajos seleccionados para integrar esta publicación, un sujeto histórico surge en el seno mismo del sector popular en las luchas sociales; una clase social se transforma en sujeto histórico cuando pasa de ser no sólo “una clase en sí sino también una clase para sí”. No resulta de esto que se transforme en un sujeto único, pero sí en el instrumento principal de la lucha de grupos sociales por su emancipación, determinado por el propio papel del capitalismo.

Los diversos trabajos que componen la presente obra, sistematizan investigaciones propias, así como de otros/as historiadores/as y de arqueólogos/as que han abordado el proceso histórico venezolano, usando de manera precisa documentos escritos o estudios de colecciones

arqueológicas. Esta lectura permite definir cómo el proceso civilizatorio venezolano refiere a una diversidad de líneas de desarrollo histórico que caracterizan la construcción de una sociedad como la venezolana en el seno de una civilización latinoamericana. Este proceso civilizatorio es, así mismo, un vehículo para la propagación de las revoluciones culturales y sociales que conducen hacia la actualización histórica de nuestro pueblo. En este sentido, la propuesta teórica y práctica de cambio al socialismo, como la que nos legó el Presidente Hugo Chávez, refiere a un proceso civilizatorio que anima no solamente a la sociedad venezolana sino que ha sido la inspiración para diversas propuestas de cambio revolucionario que están tratando de llevar a cabo actualmente varios pueblos de América Latina.

Iraida Vargas reivindica el papel de las mujeres dentro del sujeto pueblo venezolano y de la nueva ciudadanía cuando nos dice que:

... A partir del momento cuando Venezuela fue invadida por los europeos existieron mujeres indias que, en un determinado momento de la historia de las sociedades originarias, se vieron forzadas a unirse a hombres “blancos”, a aceptar sus violaciones y a someterse a sus designios. El pueblo, entonces, deviene mayoritariamente mulato, porque mujeres provenientes del África negra fueron traídas a la fuerza, esclavizadas y forzadas a unirse a hombres “blancos”. Asimismo es un pueblo zambo, porque indias y negras se vieron compelidas, obligadas a unirse a hombres negros o indios. El pueblo venezolano actual es combativo y luchador porque ha habido una tradición centenaria de luchas

contra la dominación, que se inicia desde el mismo momento de la invasión europea... La vida republicana desde finales del siglo XIX ha sido posible gracias a la acción sostenida de hombres y mujeres venezolanos quienes cotidianamente han laborado en distintos oficios y quehaceres, a pesar de que sus vidas discurren, generalmente, en condiciones de pobreza. En fin, el pueblo venezolano es la constante histórica.

En Venezuela, nos enseña Vargas, el pueblo ha luchado a lo largo de su proceso histórico, en ocasiones como un verdadero sujeto histórico transformador como lo demuestra su participación protagónica en las rebeliones preindependencia y, posteriormente, en las luchas contra los colonialistas españoles, las que culminan con la derrota del imperio español en la Batalla de Carabobo el 24 de Junio de 1821. Esta batalla, ganada gracias a la participación popular dirigida por genio de El Libertador Simón Bolívar, es uno de los acontecimientos históricos más importantes del siglo XIX. Sin embargo, tal como nos muestra Vargas, la gesta de las clases populares cuya participación fue decisiva en esas luchas por la independencia de Venezuela y de Nuestra América, ha sido “invisibilizada” por las tesis antipopulares y androcéntricas, por parte de las historiografías tradicionales nacionales, las cuales tienden a ignorar sistemáticamente la participación protagónica tanto de las mujeres, como de los indios y de los negros y, en general, de las clases populares como en los procesos históricos nuestroamericanos, reconociendo solamente la participación de las minorías masculinas de la clase dominante. La historia insurgente propone, por el contrario, una nueva visión que permita consolidar, dice

Vargas, una nueva subjetividad política y social popular, emergente en las condiciones históricas actuales.

La guerra de independencia de Venezuela —nos dice la autora— habría sido, pues, el inicio de un proceso civilizatorio que condujo a la concreción del Estado Nacional venezolano y de la modernidad que tuvo un gran impacto en el desarrollo histórico general de la Cuenca Caribeña y el norte de Suramérica, hecho el que nos podría explicar el ensañamiento actual del imperio norteamericano contra nuestra Patria y el empeño de la historiografía burguesa en hacernos creer que el pueblo venezolano, protagonista de aquella lucha independentista, carecía totalmente de proyecto político y por lo tanto de incidencia política situación que, como muestra Vargas, es una idea carente de verdad histórica.

Hasta 1999, la historiografía burguesa y la arqueología tradicional así como las instituciones oficiales eran hegemónicas en Venezuela; habían servido de plataforma ideológica para naturalizar las terribles condiciones materiales de existencia del pueblo venezolano y para apoyar la explotación capitalista, legitimando las bases materiales de dicha explotación.

Por las razones enunciadas, nos dice Vargas Arenas, la investigación histórica y el conocimiento del pasado, donde juegan un papel fundamental la arqueología social y el verdadero sentido de una historiografía comprometida, son factores fundamentales para que la sociedad venezolana pueda generar una identidad social, étnica y cultural que legitime el papel protagónico del pueblo-sujeto venezolano en su lucha contra de la neocolonización.

Un ejemplo del papel que juegan las investigaciones científicas en arqueología social y en la historia documental, nos lo muestra Vargas, por ejemplo, en su capítulo sobre Guayana: “La Historia del Nuevo Dorado”, el cual permite apreciar de manera consistente la constante presencia de un sujeto histórico que hace posible que ocurran las transformaciones que han conducido tanto a la coyuntura actual como a los factores que la han mediatisado.

La transformación más importante ocurrida durante las dos décadas de Revolución Bolivariana es la vinculación orgánica del concepto y la práctica expresada por un pueblo sujeto, que le otorga una cualidad de cambio y un nuevo sentido a las iniciativas populares para la autodeterminación y también para la así llamada democracia de “alta intensidad” o “democracia emancipatoria”, fundada en elementos inclusivos, comunitarios y participativos que sitúan en el centro de sus objetivos los valores de la solidaridad y la emancipación social.

Ello coincidió con una toma de conciencia por parte de una mayoría significativa de historiadores/as y arqueólogos/as sobre la necesidad de participar activa y protagónicamente en el proceso de construcción del sujeto revolucionario venezolano, transformando la investigación historiográfica en una herramienta conceptual que como señala Iraida, “desvelase las lecturas silenciadas en los textos usados para socializar a la población” y que diera paso a una historiografía crítica de los mecanismos ideológicos de sometimiento de la sociedad venezolana.

Los estudios arqueológicos que ha llevado a cabo Iraida Vargas Arenas se inscriben dentro de la posición teórica

marxista de la arqueología social y desde la escuela de pensamiento que favorece la historia regional y local, la cual es una forma de historiar el devenir de los pueblos, estudiando y tratando de reconstruir de manera integral y procesal su vida cotidiana y su vida relacional, las relaciones sociohistóricas que se expresan en la formación de regiones geohistóricas las cuales son el fundamento geoespacial de los Estados nacionales contemporáneos que, como Venezuela, surgen movidos por las luchas de su pueblo.

Esta nueva visión de nuestro pueblo como sujeto histórico revolucionario pone de relieve cómo y por qué sus luchas, sus saberes, sus conocimientos y aspiraciones han sido y continúan siendo también un referente y un punto de inspiración social y sobre todo histórico, para otros pueblos de nuestra región.

Iraida Vargas Arenas es, al mismo tiempo, profesora conferencista tanto en la cátedra como en los diversos diplomados que se imparten en la Escuela de Planificación. Por esa razón ha creído conveniente reunir sus conferencias en diferentes volúmenes que forman una serie denominada “Papeles de la Cátedra”, como manera de contribuir a la formación de los cursantes en el vasto campo de la formación académica para la construcción del socialismo bolivariano.

MARIO SANOJA OBEDIENTE

PREFACIO

La presente es la primera de una serie de publicaciones intitulada *Papeles de la cátedra*. La cátedra “Pensar el Socialismo”, donde dictamos el seminario de geohistoria y subjetividad, forma parte a su vez de los cursos que se imparten en la Fundación Escuela Venezolana de Planificación adscrita al Ministerio del Poder Popular para la Planificación.

Creada en el año 2015 por el ministro Ricardo Menéndez, la cátedra está organizada en diversos seminarios en el área de las ciencias sociales, actividades dirigidas por un grupo de intelectuales venezolanos quienes abordamos diferentes temáticas relativas a la construcción del socialismo bolivariano del siglo XXI.

Los seminarios son de postgrado. El nuestro, analiza la temática de la geohistoria y la subjetividad y ha estado enfocado hasta su cuarta edición, hacia el estudio de la construcción de la sociedad comunal venezolana. Cada sesión del seminario, que tiene una duración aproximada de 16 a 20 semanas, concluye con una obra colectiva, cuyos diferentes capítulos son redactados tanto por los/as participantes como por los/as docentes. En este sentido, el seminario, que recibe como cursantes a profesores universitarios, muchos de ellos con grado de doctor o magíster, actúan como un grupo de investigación de nivel pre y postdoctoral que, hasta el presente, ha contribuido con tres volúmenes sobre el tema, publicados en la página web de la Escuela:

1. Las comunas, expresión territorial del socialismo bolivariano (2016).
2. Actas Seminariales: hacia una teoría de la sociedad comunal (2018).
3. Contribución al estudio de una Caracas comunal (2019).

A partir de 2015, fui invitada junto con el doctor Mario Sanoja por las autoridades de la Fundación Escuela Venezolana de Planificación del Ministerio del Poder Popular de Planificación, a participar en la recién creada cátedra “Pensar el Socialismo”, cuyo fin último y fundamental era —y sigue siendo— formar investigadores/as “que piensen” sobre la construcción del socialismo venezolano del siglo XXI. Se nos planteó dictar un seminario que permitiera estimular no sólo la formación sino también la capacidad crítica de las y los investigadores/as de la realidad socio-cultural y política venezolana presente y pasada. Se nos solicitó asimismo participar en otras actividades de la Escuela dictando charlas y conferencias magistrales en los varios diplomados que oferta la Escuela. A tal efecto, propusimos un seminario titulado “Geohistoria y subjetividad” donde además de las clases magistrales también se promovieron debates bajo la forma de conversatorios y análisis teóricos-metodológicos con el fin de producir información y generar una investigación que sirviera para alimentar las políticas públicas del Estado en el rumbo de la Revolución Bolivariana en su marcha hacia el socialismo.

Cada cursante elaboró un proyecto de investigación, y cada uno/a de dichos proyectos fue presentado, para

su discusión en colectivo, en las clases del seminario, actividad que continuó a lo largo del curso.

Las clases magistrales del seminario versaron sobre temas muy variados no solo sobre todo el proceso histórico nacional sino, asimismo, se abordaron aspectos histórico-geográficos particulares nacionales o regionales, se discutió en ocasiones sobre hechos coyunturales de la realidad social nacional actual. Especial énfasis se aplicó en los debates sobre el marco teórico metodológico que debían tener las investigaciones, destacando las profundas implicaciones políticas de la investigación militante y en consecuencia el compromiso social de la misma con las comunidades populares sujetos de investigación.

Para cada clase y con el fin de dar una orientación en la argumentación, elaboramos uno o más documentos que sirvieran de guías didácticas a los/as cursantes del seminario, sobre todo para conocer la naturaleza geohistórica y cultural de los procesos socio-históricos del presente, de manera de estimular la capacidad crítica y reflexiva sobre algunos procesos que han sido usualmente obviados o distorsionados hasta ahora por la historiografía tradicional. Dichas guías incluyeron asimismo, listas de referencias bibliográficas citadas o recomendadas en los diferentes temas tratados, algunas de ellas discutidas en profundidad en los debates. Otras actividades del seminario consistieron en talleres sobre la subjetividad colectiva, donde se analizaron la conformación de las conciencias, los sistemas de valores, los procesos identitarios, la solidaridad social y la construcción de una ética y una estética revolucionarias.

Desde el 2015 en adelante comenzamos a compilar todos esos documentos-guías, incluyendo los elaborados para los diplomados y para las conferencias magistrales dictados en ellos, material que hemos organizado por temas presentándolos como una serie denominada *Papeles de la cátedra*. Debido a su abundancia, hemos escogido algunos de esos “Papeles” para cada una de las publicaciones que hemos previsto, aunque no todos los elaborados. Hasta ahora nos hemos propuesto comenzar con la elaboración de cuatro publicaciones, siendo la presente la primera que trata sobre el conocimiento que poseemos sobre el proceso histórico nacional —desde el siglo XVI al presente— es decir, a lo largo de 14.500 años, gracias a los aportes de la investigación historiográfica documental de diverso/as historiadores/as y de la arqueología social, con las contribuciones de las investigaciones arqueológicas nacionales.

En el caso presente, en esta primera publicación de la serie *Papeles de la cátedra* se trata de los documentos elaborados para, por una parte, analizar el rol de los/as historiadores/as en la creación de la historiografía —incluyendo los/as arqueólogos/as quienes también son historiadores/as— a lo largo de todo el proceso histórico venezolano y sus contribuciones no sólo en la producción historiográfica misma sino también en el análisis sobre cómo esa producción ha contribuido a la recuperación y consolidación de la memoria histórica de la población venezolana.

Parte de los trabajos presentados en esta publicación, fueron escritos antes de que el bloqueo y las sanciones ilegales que nos ha impuesto el gobierno de Estados Unidos afectaran gravemente la vida de nuestro

país. Sin embargo, ello no resta la validez de nuestras propuestas teóricas y las interpretaciones realizadas; el bloqueo y las sanciones ilegales son coyunturales, pero los diversos cambios —positivos o no— que se generaron en la sociedad venezolana a lo largo de siglos, perdurarán.

I.V.A.

|1|

EL PUEBLO VENEZOLANO COMO SUJETO HISTÓRICO

En el proceso electoral para la elección de una nueva Asamblea Nacional el 6 de diciembre de 2020, el Partido Socialista Unido de Venezuela junto con los otros partidos que conforman el Gran Polo Patriótico, convocaron una serie de marchas y eventos populares de calle que han puesto de relieve la conformación y la fuerza del pueblo venezolano como sujeto histórico revolucionario. Dicho sujeto histórico está constituido a su vez por diversos actores sociales, cuya articulación transversal en la presente coyuntura histórica, está determinada por el proceso de creación y constitución de la sociedad comunal. La nueva Asamblea Nacional deberá consolidar el carácter de sujeto histórico revolucionario del pueblo venezolano que representa la inclusión en el texto constitucional, que es nuestro proyecto de sociedad y de país, de todas las grandes transformaciones revolucionarias que han realizado las grandes misiones sociales en la vida del pueblo venezolano. El debate constructivo, democrático y participativo deberá ser el método y la práctica de los/as asambleístas para articular, en función del proyecto histórico bolivariano que se encuentra en la Ley del Plan de la Patria, a aquellos actores sociales que tienen intereses, proyectos y visiones distintas y a veces antagónicas al mismo. Ello alude al artículo 11 de la Ley del Plan de La Patria donde se plantea asumir “la sociedad como una realidad sistémica que abarca de manera

integral e interconectada las dimensiones ético-cultural, política, social, económica y espacial”. El sujeto histórico venezolano —vale decir, el pueblo venezolano— no es ideológicamente homogéneo, al contrario, integra una rica y compleja diversidad que deberá generar un nuevo modo de vida socialista comunal donde convivan distintos estilos de vida social y política sustentados en una base de acuerdos debidamente discutidos y aceptados.

Por lo anterior, teóricamente, la definición del sujeto histórico venezolano y bolivariano sólo sería posible en función de su participación en la transformación social, es decir, en el cambio de las estructuras de dominación capitalista. En el contexto del actual estadio de desarrollo de la sociedad venezolana y bolivariana, el sujeto histórico se define y se moviliza, social y políticamente, en función de su postura cultural, política e ideológica contraria al sistema capitalista de dominación y en cuanto sujeto protagonista del cambio social y portador de un proyecto de transformaciones revolucionarias que apuntan hacia la nueva sociedad comunal socialista.

El sujeto histórico venezolano y bolivariano es, como hemos apuntado, un campo de fuerzas y de movimientos organizados que apuntan hacia el cambio social. Hay por lo tanto, en la definición actual de dicho sujeto histórico tres dimensiones interrelacionadas entre sí, a saber:

1. La que se sitúa en el campo político-ideológico y social contrario y alternativo al sistema capitalista de dominación;
2. La que es portadora de un propósito estratégico de cambio social; y

3. La que es portadora de un proyecto de una nueva sociedad comunal socialista.

Desde esta perspectiva, habría tres segmentos sociales y culturales susceptibles de constituirse en actores en un nuevo sujeto histórico venezolano. Proponemos a ese respecto definir dichos actores como campos socio-culturales y políticos cuya articulación permitiría constituir al sujeto histórico venezolano a través del tiempo:

1. El campo del trabajo, o de los/as productores-creadores de la riqueza material y económica;
2. El campo de la intelectualidad, o de los creadores de la cultura, la ciencia y el arte; y
3. El campo de las diversidades culturales, étnicas, territoriales y de género.

El campo de los/as trabajadores/as incluye, pues, una vasta diversidad de sectores socio-económicos caracterizados por el hecho de ser los principales agentes creadores de riqueza y plusvalía para la clase poseedora. Su trabajo ha experimentado y continúa experimentando cambios estructurales que modifican sustancialmente las condiciones de la producción material y de la información, por lo cual para que se dé la definición de un nuevo sujeto histórico ello supone que los/as trabajadores/as deban repensar el trabajo que realizan y sus resultados.

Particular relevancia muestra en Venezuela el campo de la intelectualidad revolucionaria ya que representa un amplio sector social transversal constituido por quienes crean, de manera sistemática y profesional, pensamiento, transmiten conocimientos, producen ideas, desarrollan crítica y crean cultura en tanto contracultura, pensamiento crítico, ideas antisistema y conocimientos que

desvelan los mecanismos de alienación y dominación que el sistema capitalista ha aplicado contra Venezuela.

Si entendemos la cultura como el resultado de procesos de producción y transmisión de sentidos que constituyen el universo simbólico de los individuos, de los grupos sociales y de la sociedad en su conjunto, entonces las izquierdas venezolanas y el sujeto histórico que busca desarrollarse como tal, deben desplegar sus capacidades, creatividad e imaginación para configurar contraculturas y espacios culturales antisistema, alternativos al sistema capitalista, que contribuyan a producir y transmitir sentidos y bienes simbólicos que apunten hacia la consolidación de las relaciones cotidianas, de las relaciones sociales, económicas y políticas estructuradas en torno a los valores de la libertad, la diversidad, la pluralidad, la justicia, la igualdad y la dignidad del ser humano, como ocurre en la vida comunal.

Debemos observar que el campo de la diversidad social venezolana está constituido igualmente por un vasto universo de organizaciones, redes y culturas urbanas y rurales, muchas de las cuales se sitúan en las fronteras del sistema de dominación capitalista, grupos y tendencias minoritarias excluidas, rechazadas y discriminadas a causa de su origen étnico, religioso o cultural, o por sus opciones sexuales y de género. El surgimiento de aspiraciones y demandas territoriales, provenientes de las nuevas especificidades regionales y locales que crearía la sociedad socialista comunal en desarrollo, abre además una nueva arena de confrontación entre los/as ciudadanos/as que habitan las regiones comunales y las comunas, frente a la centralización política, económica y administrativa del Estado que es todavía capitalista,

generando así un campo de tensiones positivas entre los/as ciudadanos/as.

En síntesis, el sujeto histórico venezolano está conformado en el presente por un vasto campo transversal de organizaciones, actores políticos y redes de pensamiento —información-acción— que se definen por su oposición al sistema capitalista de dominación y por ser portadores de proyectos históricos socialistas que buscan la transformación de dicho sistema.

Un nuevo sujeto histórico en acción

Lo que define al sujeto histórico venezolano en la actualidad es su proyecto y su vocación política revolucionaria. No hay sujeto histórico sino en tanto sujeto en movimiento. Las multitudes inteligentes también pueden constituir un elemento de acumulación de fuerzas en la medida en que cuestionen las formas capitalistas excluyentes y clasistas de dominación y tengan la capacidad de alterar visiblemente dicha dominación.

La construcción del sujeto histórico bolivariano es una tarea de largo plazo que se materializa en la resistencia multiforme al sistema capitalista de dominación, en el proceso de acumulación de fuerzas, ideas y experiencias del pueblo. El sujeto histórico se va autoconstruyendo a través de su participación en las luchas sociales y políticas cotidianas, pero inserto en la realidad local, regional, nacional, continental y mundial. Dicho proceso implica la construcción, también progresiva, de una cultura alternativa, conformada por

valores democráticos participativos lo cual sucede gracias a la elaboración colectiva de una conciencia crítica revolucionaria y el pluralismo enriquecedor de las identidades culturales, así como las alianzas sociales transversales

El proceso de construcción de un nuevo sujeto histórico bolivariano para la transformación social requiere, necesariamente, del apoyo de las mayorías, de una estrategia política inteligente de los colectivos y de una táctica de unidad de objetivos, de recursos y medios de lucha. En la coyuntura política actual de Venezuela, dicho proceso debe formar un movimiento que promueva la inclusión de todos los movimientos y colectivos patriotas que defiendan la soberanía de la patria.

La radicalidad en la construcción del nuevo sujeto histórico venezolano y bolivariano, como hemos dicho en párrafos anteriores, no debe excluir la diversidad de actores sino enriquecerla; la unidad no debe tampoco excluir el pluralismo, sino fortalecer la unidad de las diversas vanguardias y bases de colectivos organizados contra el sistema de dominación capitalista. En el momento actual, el punto de partida hacia la sociedad nueva está en reconocer la integración de las diversas visiones políticas en una plataforma común de lucha contra la forma imperial del sistema capitalista que nos bloquea y nos sanciona porque queremos vivir siendo libres y soberanos.

|2|

IDENTIDAD, DIVERSIDAD Y GLOBALIZACIÓN

Las democracias suramericanas de izquierda: democracia burguesa vs democracia emancipatoria

Durante alrededor de 200 años, en los pueblos nuestroamericanos ha existido de forma permanente una carencia casi total de espacios y ámbitos para el debate sobre la construcción de la democracia, lo cual se ha visto reforzado por la ocurrencia intermitente de largas y sangrientas dictaduras militares en casi todos los países, aupadas y sostenidas por el imperio estadounidense ayudado por la Comunidad Económica Europea. Si ha tenido lugar algún debate, éste se ha centrado en torno a cómo hacer más eficaz la “democracia” representativa y cómo pueden los partidos políticos de derecha lograr nuevas y más efectivas formas de representación en los parlamentos.

Mientras, en los partidos de izquierda y fuerzas progresistas nuestroamericanas se han dado discusiones sobre el carácter emancipador o no de la democracia. Los resultados de estas últimas, sin embargo, han permanecido olvidados e ignorados o han sido reprimidos por ser precisamente una amenaza a las primeras. Esta ausencia de intercambios de ideas ha influido negativamente para que se dé el surgimiento y consolidación de organizaciones autónomas de las clases oprimidas.

El hoy, este presente, este ahora, es quizá el momento más propicio para recurrir a nuestra historia y señalar la existencia de nuevos caminos democráticos, sin olvidar que el sistema capitalista ha encontrado a lo largo de esos 200 años múltiples formas para eliminar o vaciar a la democracia —incluso y fundamentalmente la propia— de su contenido emancipatorio. En ese sentido, de manera singular mencionamos los actuales desastres que viven los pueblos latinoamericanos, especialmente los suramericanos, tratando de deslastrarse de dichas formas capitalistas. Algunos casos son particularmente emblemáticos, como sucede con Chile, Brasil y Colombia.

Hablar de democracia emancipatoria en Nuestra América en el presente pasa por aceptar, primero, que en los últimos veinte años surgió una cualidad de cambio en nuestros pueblos y un nuevo sentido que ha hecho hincapié en las iniciativas populares para la autodeterminación y la búsqueda de la emancipación. Nuestros pueblos, pues, se mueven hoy día con la certidumbre de que el cambio es en este momento no sólo necesario sino también posible. Han quedado atrás la desesperanza y la apatía basadas en la total desconfianza popular en la democracia como producto de la inoperancia de los sistemas democráticos representativos que caracterizaron al siglo XX, para resolver los numerosos e ingentes problemas sociales, políticos y culturales de la sociedad presente.

Un elemento fundamental para que se diese ese cambio fue la aparición del neoliberalismo económico en los años 80 del siglo XX. A partir, sobre todo, de las tres décadas finales del siglo XX, los pueblos norteamericanos, en especial los suramericanos, han tenido que

intensificar sus luchas, demandando una verdadera democratización de sus sociedades y han tratado de construir nuevos escenarios políticos a través de diversas estrategias de lucha con el fin de lograr transformar la concepción hegemónica, simplificada y reduccionista de la democracia burguesa —que ha tenido y tiene validez universal— basada en el concepto unidimensional y elitista acuñado por Joseph Schumpeter (1942), quien decía que hay que renunciar al gobierno por y con el pueblo y sustituirlo por el gobierno con la aprobación del pueblo. En este sentido es bueno recordar, como señala Georges Labica: “Sin soberanía popular no hay más que democracia lisiada y república ilusoria.” (2008: p.170).

Segundo, no podemos comenzar a hablar de democracia emancipatoria en un contexto de cambio sin antes considerar la necesidad de repensar la teoría marxista de la democracia, de la transformación social y la actual teoría alternativa integral y radical, derivada del marxismo. Así entonces, no se trata de que carezcamos de teorías sobre democracia sino que tendemos a desconocer las existentes, de manera que quisiera insistir sobre las varias nociones teóricas que existen sobre democracia en la actualidad.

Se ha dado en hablar de las democracias representativas como si fuese los **antecedentes necesarios** de las participativas, lo cual implica creer que las últimas constituyen una evolución que se deriva de las primeras, lo cual no es cierto. Y no lo es porque, de hecho, estas dos nociones son totalmente antagónicas y tienen efectos diferentes sobre la forma de hacer política. La primera coloca en el centro del análisis a los políticos y la segunda a los colectivos populares. Los pueblos nuestroamericanos

han sentido la necesidad de pasar de una democracia representativa, nominal, de una democracia burguesa electoral, de la democracia del voto, a una democracia real, plena, participativa y directa.

La democracia electoral otorga especial importancia a la celebración de elecciones e identifica a las élites, los gobiernos y los partidos políticos como los actores relevantes, sin importar si están vinculados con los pueblos y sus necesidades. Las necesidades a las cuales se atienden son las de la burguesía, de las transnacionales económicas, de las burguesías. En tal sentido, precisamente, es bueno recordar —como decía Engels (1982)— que el voto ha sido el mecanismo que ha servido para legitimar el poder político y económico capitalista. La sociedad capitalista mantiene separado el ámbito económico del político de tal modo que la democracia que puede ser tolerada por el capitalismo sólo podrá sostenerse si se mantiene en los límites del sistema político sin vulnerar las condiciones económicas. La forma deliberadamente ideológica y genérica en que se promovió y se promueve desde el capitalismo, a una supuesta democracia, se basa en la tesis de la interrelación entre economía de mercado y democracia, vale decir el neoliberalismo económico, especialmente dentro de sistemas. Se trata, pues, de una democracia de élites y la democracia como forma de legitimación del dominio de las burguesías en el poder. A pesar de que las democracias burguesas han incorporado nuevos derechos individuales, con el neoliberalismo económico no sólo persiste la dominación social de las mayorías populares sino que se agudizan las formas de inequidad, discriminación, falta de libertades políticas e incluso el surgimiento de una vida de miseria

material, elementos todos ellos contra los cuales luchan, esencialmente, los movimientos populares.

Democracia y marxismo

El concepto de democracia de Schumpeter (1949) ha sido uno de los sostenes del sistema político capitalista, el cual ha incorporado la idea de que la “democracia parlamentaria” es la mejor forma de hacer gobernable el orden social. El concepto de Schumpeter coincide con lo que Engels (1982) denominaba “la democracia vulgar”, una democracia que, como hemos señalado, no representa los intereses populares, lo que según Dussel (2009) sucede cuando los representantes del poder popular lo traicionan y entonces opera lo que el autor denomina el fetichismo del poder que conlleva a la corrupción del poder.

Según Marx (1982) citado por Kouvélakis (2006), existe una relación entre democracia y transformación revolucionaria. Decía el maestro: “La democracia no es otra cosa que el resultado del proceso de refundación permanente de la vida social; se comprende, pues ella misma como el resultado siempre inacabado de la democratización.” Y definía a la democracia real como “la autodeterminación del pueblo, la democratización integral del conjunto de la vida social”. Consideraba que “la democracia real se coloca en el cruce entre la socialización de la política y la politización de lo social” y, afirmaba que ello “se logra sólo con una verdadera revolución, una revolución radical, una revolución permanente”, Marx (1982) citado

por Kouvéakis. Según Kouvéakis, Marx afirmaba que la verdadera democracia no es simplemente la República, sino el momento del “demos total”, de la auto constitución del pueblo que vuelve a fundar la totalidad de la vida social y política y a quebrar el dualismo entre Estado y sociedad civil. Y ese momento, señala, no es otro que el del proceso revolucionario. Marx decía que “la democracia es una forma particular de la existencia del pueblo” y que “en la democracia la Constitución, la Ley, el Estado mismo sólo son una autodeterminación del pueblo”, citado por Cacciatore (2006, p. 78) quien denomina esta fase del pensamiento de Marx como “liberal-democrática”.

Usando estas mismas ideas de Marx, Lukács (1972) planteaba que es necesario redefinir el socialismo como democratización de la vida cotidiana y de la totalidad social. En el mismo sentido, Luxemburgo (2004) consideraba que la democracia, a efectos del socialismo, constituye un valor sustancial, permanente y refutaba a la tradición liberal al afirmar que la universalización de la ciudadanía y el voto no bastan para constituir una entidad democrática. Estos planteamientos de Lukács y de Luxemburgo se oponen a las tesis que surgieron luego del derrumbe de la Unión Soviética que consideran que la toma del poder por los trabajadores y trabajadoras es perversa e intrínsecamente antidemocrática.

La democracia socialista para Rosa Luxemburgo no era algo que comenzaba luego de construidas las bases de la economía socialista, sino que debía desarrollarse en simultaneidad a la construcción del socialismo. Esta idea la consideramos tan correcta que la reiteramos en muchos de nuestros libros. Ver por ejemplo, Vargas (2007) o Vargas y Sanoja (2015).

Democracia radical socialista

Partiendo de una crítica a la democracia burguesa, De Sousa Santos (2005) ha desarrollado una nueva concepción de democracia que denomina integral y radical en los órdenes de la economía, la política y la cultura, es decir, propone con ello la reivindicación de una democracia emancipatoria, sobre todo para aquellos pueblos que todavía viven bajo condiciones neocoloniales.

De Sousa Santos considera que a las demandas de carácter económico y democratización de nuestros pueblos se han sumado fenómenos de lo que denomina “una democracia emergente hacia un pensamiento pluralista y dialógico”, combinando la lucha política por el poder, con la social y la de una nueva cultura cotidiana. De Sousa Santos elabora un modelo de democracia contrahegemónico, también llamado democracia de “alta intensidad” o “democracia emancipatoria”, fundado en elementos inclusivos, comunitarios y participativos que sitúan en el centro de sus objetivos los valores de la solidaridad y la emancipación social. El autor apunta que la democracia liberal representativa burguesa parte del presupuesto según el cual las ciudadanas y ciudadanos “no son competentes” para participar directamente en la toma de decisiones políticas, por lo que la política debe ser ejercida por profesionales y de esa manera la democracia se reduce a un conjunto de procedimientos y mecanismos técnicos para la elección de los/as representantes y decisores políticos. Por tanto, dice De Sousa Santos, en la democracia liberal representativa un número restringido de personas decide sobre las condiciones de vida que

afectan a la mayoría. En consecuencia, la acción política cívica pierde centralidad y la democracia es desposeída de su dimensión ética y emancipadora, basada en la solidaridad y la igualdad capaces de promover el bien común de los ciudadanos y ciudadanas mediante procesos de reflexión y negociación pública y colectiva.

De Sousa Santos considera es necesario democratizar la democracia con nuevas formas de participación más incluyentes que bien pueden ser de origen occidental como la democracia participativa o de origen comunitario como las formas indígenas. Para el autor, la democratización de la democracia va acompañada de otro proceso que es el de la ciudadanización de la ciudadanía, es decir, la ampliación de la ciudadanía a formas de ciudadanía intercultural con diferentes formas de pertenencia.

Democracia, diversidad e identidad y la construcción de ciudadanía

La actual diversidad cultural latinoamericana es resultado del largo proceso histórico que se inició, según los/as especialistas, hace unos 70.000-40.000 años, cuando pequeñas bandas de cazadores-recolectores, provenientes de Asia, penetraron el hoy continente americano. Luego de milenios de relativo aislamiento, lo cual explica los procesos de diferenciación lingüística, genética y cultural que sucedieron entre los grupos con orígenes comunes, así como la ocupación de espacios interiores, las bandas comenzaron a interactuar social, genética y culturalmente dando lugar a las poblaciones americanas

que conocemos para los siglos inmediatamente anteriores a la era cristiana, originarias de los pueblos indígenas actuales. Las migraciones y desplazamientos que sucedieron con posterioridad a la era cristiana, incluyendo los procesos de conquista realizados por los imperios español y portugués, actuaron como potenciadores de la ya existente diferenciación biológica y cultural.

Debido a la existencia de una construcción social de la diferencia como desigualdad, existen formas asimétricas en la vida de mujeres y hombres, las que se expresan en diferencias en las oportunidades, acceso y uso de recursos que permiten garantizar tanto el bienestar y el desarrollo humano, como el ejercicio equitativo de los derechos ciudadanos/as. En tal sentido, puesto que la ciudadanía es la identidad sociopolítica y psicosocial que se construye desde las unidades familiares, lo cual afecta a la subjetividad de los actores y actrices sociales, aquellos y aquéllas que son diferentes como expresión de la diversidad (cultural, de género, de clase) pueden ser excluidos y excluidas de sus derechos básicos de ciudadanía. Este proceso de exclusión caracterizó a Nuestra América, y a Venezuela en particular, por más de dos siglos, debilitando más allá de denuncias puntuales, las prácticas colectivas, mientras que, en términos generales, los sectores mejor integrados de las clases medias, se caracterizaron (y aún se caracterizan) por un individualismo y un egoísmo centrados en el consumo personalizado.

La heterogeneidad cultural americana, base de la diferencia, así como la persistencia del coloniaje bajo sus nuevos ropajes neocoloniales, han constituido factores fundamentales en la historia de los pueblos norteamericanos para la construcción de sus identidades culturales, ya que

las tales identidades son construidas por los individuos en sus relaciones sociales y expresan un tejido de eventos, experiencias, simbolismo, objetos, gestos y narrativas que funcionan como elementos identificatorios que pueden inducirse o negociarse e implicar resistencia, adaptación o dominación. No se trata, pues, de identificaciones esencialistas ni estáticas, sino en continua transformación. La identidad es un producto de socializaciones sucesivas; es el producto de un proceso interactivo y comunicativo que genera un sentido de pertenencia. De lo anterior se concluye que existen varias maneras de pertenencia y por tanto de formas de convivencia.

La vocación modernizadora de los gobiernos norteamericanos llevó a la adopción del Estado liberal y, junto con éste, los derechos ciudadanos a partir de los cuales se establecieron las reglas de convivencia de la sociedad bajo la hegemonía de una cultura dominante, propiciando la marginación y exclusión de todas aquellas personas que tenían culturas diferentes. El concepto de ciudadanía acuñado por el Estado liberal subordinó las diferencias, desconoció la emergencia de nuevas identidades, así como otras formas de participación y representación política y privilegió una separación entre el Estado y la sociedad civil burguesa a través de la actividad de un cuerpo que monopolizaba la ciudadanía activa y pretendía representar por sí solo el saber reflexivo de la sociedad. Es por ello que la cultura hegemónica ha intentado imponer y expropiar la diversidad cultural de manera que las políticas culturales nacionales impulsen la llamada **cultura universal** acompañada de un modelo cultural de desarrollo civilizatorio occidental Sanoja (2011). Como consecuencia, hay una casi total ausencia de instancias

de participación democrática para las excluidas y excluidos en la definición de políticas e instituciones culturales, donde las culturas y grupos subordinados sean reconocidos y puedan expresarse.

Todas estas medidas han sido tomadas para lograr la unidad de los Estados nacionales vía la homogeneización cultural, lo que ha dado lugar a la intolerancia, la inequidad y el autoritarismo, generando tensión con relación al ejercicio o respeto de los derechos sociales, culturales, económicos y políticos de amplios sectores de las poblaciones. A pesar de la generación de un orden legal que considere los derechos sobre la diversidad cultural, las tensiones no se han resuelto. No obstante, la diversidad cultural existente ha penetrado en nuestras sociedades y ha puesto en cuestión el modelo de universal sostenido por los Estados.

Globalización y las democracias revolucionarias de Suramérica: Bolivia, Ecuador y Venezuela

La globalización capitalista constituye una agresión directa a la experiencia cotidiana de las actividades humanas y sociales. Ha favorecido la expansión de las industrias culturales y, en ese sentido, constituye una fuerza extremadamente poderosa que no puede ser enfrentada desdibujando las propias singularidades culturales nuestroamericanas, expresiones de nuestra creatividad social que son producto de un proceso histórico de

milenios, sino fortaleciendo los elementos potenciadores de la transformación social que poseen.

Los gobiernos vigentes en Bolivia, Ecuador y Venezuela hasta 2018-2019, sobre todo los dos primeros, comenzaron a estar sumergidos en constantes crisis y contradicciones, especialmente con los pueblos indígenas. Ello ha sido un factor político decisivo para el triunfo de los procesos neoliberales retrógrados que asaltaron el poder en esos países con el apoyo de los militares, desplazando a los gobiernos progresistas de Rafael Correa y Evo Morales.

Arkonada y Santillana (2011) consideran que las tensiones se encuentran inmersas en el complejo proceso de dependencia de las economías extractivistas de ambos países respecto de la dinámica mundial del capitalismo. Todo ello se da, dicen, en un contexto donde se intenta superar la brecha de desigualdades a través de la redistribución y la inversión social y señalan al modelo extractivista como reproductor de la condición periférica y el que ha provocado incuestionables daños ambientales y sociales. No obstante estas críticas, los autores admiten que los gobiernos progresistas de Ecuador y Bolivia lograron avances en términos de aumento de la inversión social, en la reducción de la pobreza, en la instauración de la institucionalidad y el fortalecimiento del papel del Estado en la planificación, redistribución y como regidor de las políticas públicas, en la política internacional y regional para apostar por líneas antimilitaristas, de defensa de los procesos democráticamente elegidos por voluntad popular, además de apuestas como la ALBA, el Banco del Sur y el Sucre y, en el caso boliviano además, avances significativos en la descolonización del

Estado y un intento explícito por suprimir el carácter patriarcal de la sociedad.

Sin embargo, vistos desde el presente podemos decir que esos gobiernos no lograron crear nuevas estructuras sociopolíticas que hiciesen irreversibles los cambios revolucionarios y, muy por contrario, se siguieron apoyando en las que han mantenido la hegemonía política de las respectivas oligarquías burguesas.

Los investigadores citados proponen al respecto: “comprender el Estado en dos perspectivas: como anhelo histórico de las organizaciones populares y los pueblos indígenas de nuestros países así como un espacio de disputa política, lo que significa por tanto como posibilidad de construcción del interés colectivo, es decir, como universalización de un proyecto político”, Arkonada y Santillana (2011).

De Sousa Santos por su parte, nos recuerda, para el caso boliviano, que pasar de la interculturalidad a la plurinacionalidad es un salto muy largo. Dice, “el objetivo de la plurinacionalidad no es solamente la idea del consenso sino del reconocimiento de las diferencias, de otra forma de cooperación nacional con unidad en la diversidad. Es un acto de justicia histórica que no puede ser resuelto como un tema de geometría de la democracia representativa. Un reto para la institucionalidad es compatibilizar la igualdad con la diferencia” De Sousa Santos (2005). Asimismo asienta, “la plurinacionalidad tiene como objetivo descolonizar el país debido a la profunda herencia colonial y exige otra concepción del territorio y del manejo de los recursos naturales”.

En relación a esta discusión nos parece pertinente acudir a una cita del investigador cubano Gilberto Valdés, quien creemos sitúa el debate anterior en su justa dimensión revolucionaria. Dice Valdés: “Es preciso pues, admitir la existencia de múltiples sectores, prácticas contestatarias y discursos diferenciados que se constituyen a raíz de demandas puntuales en el seno del movimiento social... Sin embargo, la diversidad fragmentada y desarticulada de micropoderes y redes capilares autónomas no son precisamente, un signo per se de fortaleza frente a la hegemonía de los poderes políticos y económicos transnacionalizados y sus pretensiones de totalidad” (Valdés, 2007, p. 80). Valdés concluye diciendo: “Hay que dejar que la igualdad haga la diferencia (...) hay que promover prácticas que permitan visibilizar y concientizar la diversidad, a la vez que se fortalezca la ética de la articulación” (*Idem*).

Por su parte Georges Labica apunta que, “para vencer la globalización, la única vía abierta es la del trabajo revolucionario” (2008, p. 169). Consideramos que el trabajo revolucionario, en los casos de Ecuador y Bolivia, está mediado por las condiciones históricas y culturales de ambos países. El hecho de tener grandes poblaciones indígenas y una importante diversidad cultural, unidas a la coyuntura de poseer importantes yacimientos de gas, petróleo, litio y otros minerales estratégicos en las regiones habitadas secularmente por los pueblos indígenas crea graves problemas al Estado Nacional que sigue siendo todavía burgués. Incluso si consideramos a ese Estado como plurinacional, existen profundas contradicciones si tomamos en consideración las tesis indigenistas, que desde los años cuarenta del pasado siglo plantearon un argumento que reivindicaba la propiedad de los territorios indígenas

para las poblaciones que los ocupaban; asumían también que éstas no formaban parte del Estado Nacional y que debían llevar adelante por sí mismas un proceso de liberación que las hiciese independientes de dicho Estado.

Como vemos hoy, ha corrido mucha agua bajo los puentes y los Estados Nacionales burgueses que estuvieron hasta hace poco gobernados por los sectores de la sociedad criolla que podemos denominar como progresistas y antiimperialistas, ya no lo están sino gobernados mediante políticas económicas neoliberales, en tanto las comunidades indígenas han sido profundamente penetradas y cooptadas por el imperio a través de sus ONG's y de las Iglesias evangélicas que han tomado el poder, como fue el caso en Bolivia con la triste, dolorosa y sanguinaria dictadura de Janine Añez.

No podemos concluir sin mencionar el caso venezolano. Todos/as hemos sido socializados/as bajo la misma premisa que existe en otros países suramericanos sobre el mestizaje (también sigue siendo usada en la generación presente). Esta idea del mestizaje de los/as venezolanos/as parte de la concepción de que se trató de una suerte de “receta de cocina”, donde cada ingrediente era “puro”, de manera que el producto resultante era “bueno” o “malo” gracias a la mayor pureza de uno de ellos. Esta tesis del mestizaje de los tres factores étnicos (europeo —considerado “blanco”—, indígena y negro africano) permitió que la historiografía tradicional pudiera enaltecer los aportes del factor europeo considerándolos como los únicos positivos, y culpabilizar a los otros dos factores étnicos, señalándolos como negativos. El factor europeo ha sido considerado por esa historiografía como el que “nos trajo la civilización”, mientras que los

factores indígena y africano serían aquellos que darían cuenta de los aspectos más negativos del ser nacional.

Ese tratamiento diferencial de los tres factores étnicos ha servido para legitimar la implantación del racismo, de la vergüenza étnica y de la supuesta necesidad de un “gendarme necesario”, una “mano dura” que someta a la población para que tome el camino considerado “correcto”. Aunque la tesis del gendarme fue acuñada en las primeras décadas del siglo XX, se ha reflejado en todas nuestras distintas Constituciones Nacionales, y ha sido utilizada en los procesos de dominación del pueblo venezolano Vargas y Sanoja, (2005^a), Meneses (1991). En tal sentido, las ideologías acuñadas y defendidas por la administración colonial y luego por los diversos gobiernos republicanos han permitido —vía la estigmatización y desvaloración— convertir a los sectores portadores de las diferencias culturales (generalmente los populares) en desiguales socialmente, toda vez que han considerado que esas diferencias son, precisamente, las que convierten a esos sectores de la población en perjudiciales e incompatibles con el desarrollo y la convivencia social.

La ruptura con aquella ideología racista y antipopular sobrevino con la llegada del Comandante Chávez al poder y el inicio de la Revolución Bolivariana y el comienzo del proceso de construcción de la democracia socialista. Para el Comandante, construir la democracia socialista era parte del reconocimiento y la instauración del poder popular para empoderar al pueblo como clase social, significaba hacer la revolución y profundizarla para alcanzar la meta del socialismo bolivariano. Construir el poder popular significa igualmente que el pueblo organizado como clase social para sí ya ha asumido definitivamente la responsabilidad sobre parte de los espacios de gobierno que hasta

ahora han sido ocupados por el Estado Nacional burgués, lo cual le otorga a organizaciones comunitarias como las comunas y los consejos comunales la capacidad de decidir sobre las modalidades de su participación en el proyecto de la sociedad socialista comunal.

El concepto de *poder popular* forma parte, pues, del modelo de acción diseñado para la construcción del sistema socialista bolivariano; está basado en la norma democrática constitucional bolivariana que en su artículo 5 afirma que: “la soberanía reside intransferiblemente en el pueblo, quien la ejerce directamente...”, del cual dimana la soberanía popular a la cual están sometidos los órganos del Estado. De ello se desprende asimismo que todas las formas de organización democrática del Estado, del poder público y de la sociedad se sustentan en el poder popular, en la democracia socialista, ya que constituyen fieles depositarias de la soberanía popular y están, por lo tanto, obligadas a la rendir cuentas al pueblo soberano, Sanoja y Vargas (2016).

Es necesario concluir señalando que la Venezuela Bolivariana se encuentra en la actualidad sometida a sanciones unilaterales, que afectan nuestra moneda, nuestros intercambios económicos y sociales con otros países, determinando que vivamos sometidos a los rigores de una economía de guerra. El poder popular, apoyado en la estructura de las misiones creadas por el Comandante Chávez, ha respondido serena y disciplinadamente los embates del imperio y a la traición a la Patria de sectores de la oposición, aumentando su productividad en todos los campos para derrotar así los efectos de las sanciones ilegales impuestas por el imperio.

|3|

LA INSURGENCIAS
DE LAS MUJERES
EN LA INDEPENDENCIA
DE VENEZUELA

Introducción

La historia oficial que han escrito los/as intelectuales orgánicos de la oligarquía y la burguesía venezolanas a lo largo del pasado siglo logró impedir en gran medida que la gente común comprendiera y se explicara las causas históricas de sus presentes condiciones de existencia, marcadas por la dominación, la exclusión y la pobreza material. Asimismo, esa historia ha excluido de sus relatos precisamente a la gente común, suprimiendo su protagonismo. Por ello, en la actualidad, persisten en el imaginario colectivo popular tanto las ideas antipopulares acuñadas por esa historiografía sobre la gesta independentista de los albores del siglo XIX, como nuevas versiones de las mismas ya que todas ellas establecen que esa gesta fue realizada tan sólo por una vanguardia formada por hombres “mantuanos”, puesto que en ellos reposaba la razón, el conocimiento y la sabiduría, mientras que el resto de la gente, lo que se conoce como el pueblo, no sabía lo que quería ya que era analfabeto, atrasado, díscolo e ignorante. En consecuencia, la historia oficial calificó al pueblo venezolano, a partir de los inicios del siglo XIX hasta finales del siglo XX, como “un pueblo inmaduro”, maleable y manipulable y por lo tanto incapaz de decidir y dirigir su destino por sí solo.

Para desmontar esas falacias, entendemos como vital destacar ocho elementos que consideramos importantes:

1. Independencia: ¿gesta o proceso?

Como ya hemos señalado, para nosotros/as la independencia política de Venezuela del imperio español que se logra en los albores del siglo XIX debe ser entendida no como un sólo hecho sino como un proceso, cuya cronología se remonta al mismo momento de la invasión europea a finales del siglo XV de la Era. Por ello, la búsqueda y el logro de la independencia definitiva de Venezuela debe considerar que la gesta ocurrida en las tres primeras décadas del XIX formó parte del *proceso independentista* que se inició desde el siglo XVI y que continúa en el presente.

2. Las y los insurgentes y la creación de las condiciones revolucionarias

Generalmente se considera que una revolución social constituye un fenómeno que surge violentamente, que destruye todo lo existente para dar lugar a un nuevo proceso de construcción. Siendo esto en gran parte cierto, hay que considerar asimismo que ninguna revolución surge de la nada. Su aparición requiere de la existencia de un conjunto de factores previos que crean las condiciones (sociales, culturales, políticas, económicas...) para que cualquier revolución sea o no posible.

Concebimos que las muy numerosas y constantes rebeliones, protestas, motines y demás manifestaciones de rebeldía del pueblo venezolano, desde el mismo momento cuando se inició la conquista europea hasta finales del siglo XVIII, formaron parte constitutiva de lo que se conoce como el *proceso de independencia*, ya que sirvieron para crear las condiciones necesarias para que, a comienzos del siglo XIX, se diera la gesta independentista.

3. Independencia y los proyectos políticos

Por otro lado, hay que considerar que esas rebeliones no eran ciegas y sin sentido; por el contrario, fueron producto de proyectos políticos-sociales alternativos, primero al colonial de la Corona y luego al liberal de las oligarquías republicanas. Veremos brevemente esos proyectos y su vinculación con los diversos agentes socio-étnicos que fueron protagonistas de esos actos de rebelión entre los siglos XVI y el XIX.

4. Independencia y protagonismo popular

En ese proceso independentista, el pueblo venezolano jugó —y sigue jugando hoy día— un papel protagónico; no sólo muchos de ellos/as ofrendaron sus vidas en los sangrientos combates que tuvieron lugar en el siglo XIX, sino también creando las condiciones sociales, sobre todo en el período que comprende del siglo XVI al XVIII, para que la independencia política de Venezuela deviniera tanto una necesidad como una realidad.

5. ¿Es cierta la inmadurez popular? Resistencia y lucha

No creemos que nuestro pueblo sea “inmaduro” como lo demuestran sus sostenidas y constantes luchas, rebeliones y saboteos, primero a las autoridades coloniales, luego a las oligarquías y, más tarde, a los venales gobiernos nacionales. Siempre ha querido ser libre, por lo que nunca se identificó con el proyecto liberal de las élites del XIX que fue, en un claro ejercicio del poder de esa clase, el que dio origen a nuestra vida republicana; tampoco

se ha identificado con los proyectos neoliberales más recientes que han empobrecido no sólo a Venezuela sino a todos los pueblos del planeta. Por todo ello, podemos considerar que las ideas negativas decimonónicas sobre el pueblo de Venezuela constituyeron una afrenta y su persistencia en la actualidad tiende a impedir u obstaculizar la autoconstrucción del pueblo venezolano como sujeto histórico colectivo de su transformación.

6. ¿Quiénes participaron realmente en la guerra de independencia?

Es falso que el pueblo venezolano que participó en la gesta independentista estuviera conformado solamente por “blancos” europeos de la élite (mantuanos), pues existían “blancos” pobres, mulatos, zambos e indios, es decir, personas de cualquier condición social, origen étnico o género, y provenientes de todas las regiones del país. Todos ellos y ellas participaron en, desde la planificación hasta la ejecución, el proyecto independentista, ya que las acciones bélicas de los indígenas eran planificadas por los consejos tribales de ancianos y de guerreros/as, quienes conocían perfectamente sus territorios bajo ataques por parte de los invasores y diseñaban estrategias para organizar y distribuir las fuerzas sobre el terreno. En el caso de los mulatos, negros y zambos, sobre todo los que ocupaban la parte norte de Venezuela planificaban sus acciones y difundían sus informaciones sobre rebeliones oralmente (conocida como “radio bembá”) y golpes de tambor desde las costas de Anzoátegui y Barlovento hasta Falcón.

7. ¿Participaron o no las mujeres en la gesta de la independencia?

Igualmente falso es que el pueblo venezolano que luchó por la independencia de Venezuela estuviera conformado solamente por hombres. Aproximadamente el 50% de ese pueblo eran mujeres, muchísimas de las cuales también compartían las ideas patrióticas a pesar de que la historia oficial ha ocultado a muchas de ellas y a sus actuaciones. Las mujeres fueron también estrategas, financieras, espías y guerreras, es decir, protagonistas y combatientes en la gesta libertaria.

8. Las luchas indígenas y negro-africanas y su aporte particular en la creación de las condiciones para la independencia política de Venezuela

Las primeras informaciones que se poseen sobre rebeliones indígenas son de 1513; no obstante, durante los siglos 16 y 17 continuaron hasta que a mediados del 18 la Corona española logró el control total sobre los indígenas.

La independencia total de Venezuela sigue siendo socialmente necesaria

Según Marx, una revolución surge cuando es “históricamente posible y socialmente necesaria” (1982, p. 39). El carácter súbito y violento que dentro de muchas posiciones marxistas se le ha atribuido a las revoluciones sociales, no entra

en contradicción con su carácter procesal; de hecho Marx y Engels (1982) lo reconocen cuando señalan que ninguna transformación social parte de un vacío, puesto que en toda sociedad "...cada generación le da a la que le sigue —como fuerzas productivas— capitales y circunstancias los cuales, aunque modificadas por la nueva generación, le dictan a ésta sus propias condiciones de existencia, las líneas de su desarrollo y un carácter especial". (p. 39).

Es así como, para nosotros/as, podemos entender a la gesta independentista de los años iniciales del siglo XIX, liderada por los libertadores criollos, como el transitorio corolario de un proceso que se inició tres siglos antes, producto de la actividad sensible y viva, de la actividad total de dichos criollos conjuntamente con los indígenas y los esclavizados/as africanos/as que hacían vida en el territorio venezolano, cada uno dentro de sus específicas condiciones de existencia. No nos extenderemos en caracterizar cuáles fueron esas condiciones: baste señalar en tal sentido que refieren a que, entre los siglos XVI y XVIII, los actos de rebelión populares hicieron a la revolución independentista venezolana socialmente necesaria, pero fue sólo en las primeras décadas del XIX cuando fue históricamente posible y triunfante gracias al proyecto político bolivariano. En el curso de ese largo recorrido, durante la conquista y en los tres siglos coloniales, las acciones populares fueron forjando las condiciones sociales para una posterior transformación revolucionaria.

El proyecto político de los “blancos” que podemos denominar bolivariano

Para los albores del siglo XIX, los ricos mantuanos y los comerciantes criollos resentían la falta de autonomía política de la metrópoli para tomar sus propias decisiones de acuerdo a sus intereses —sobre todo los económicos— y rechazaban los impuestos—siempre en aumento— que debían entregar a la Corona. La mayoría de la población, por otra parte, sufría vejámenes, esclavitud, pobreza, miseria, racismo y patriarcado ante no sólo la Corona, sino también ante los mismos mantuanos y comerciantes criollos que eran sus enemigos directos. Es precisamente por estas manifestaciones de la lucha de clases existente que las aspiraciones y objetivos de lucha de todos los grupos socio-étnicos —aunque orientados hacia el logro de la emancipación— fueron diferentes unas de otras e hicieron posible la aparición de proyectos políticos no sólo disímiles sino a veces antagónicos.

Nos oponemos, en consecuencia, a las tesis que señala la historia oficial, de que fue sólo el “malestar social” que sufría la élite y los comerciantes criollos de la sociedad venezolana de entonces —sobre todo en los años finales del siglo XVIII y el cual no negamos que existía efectivamente— lo que determinó la necesidad de una revolución social, haciendo caso omiso y sin considerar como un factor relevante a los múltiples problemas, maltratos, abusos y esclavitud de las mayorías ocurridos en el lapso entre los siglos XVI y XVIII que —a nuestro juicio— determinaron la aparición de dos proyectos políticos más: el de los negros/as esclavizados/as y el de los indígenas. El primero —el de los esclavizados/as de

origen africano— presentó dos variantes: una que estuvo orientada por la idea de recrear en América reinos similares a los africanos de los cuales provenían muchos de ellos/as. La segunda, de inspiración francesa, supuso tratar de crear en Venezuela una república de negros/as, eliminando a todos/as los/as blancos/as, emulando lo ocurrido en Haití. Para lograr el éxito de cualquiera de estos dos proyectos era necesaria la libertad, concepto de la modernidad que nace en Europa a finales del siglo XVIII. Los/as líderes de los proyectos políticos de los/as esclavizados/as africanos/as se manifestaron desde el mismo siglo XVI: Negro Miguel 1553, Cimarrones 1630, 1650, Andresote 1731 contra la Guipuzcoana durante tres años, Pedro de la Cruz (Calanche) 1744 con dos mil hombres, Espinoza 1749, Barlovento mismo año en la Provincia de Caracas entre 35 a 40 mil cimarrones (Caracas tenía 26 mil habitantes). Chirino y González 1795, Pirela 1797.

En el caso del segundo proyecto, el de los indígenas, todos los pueblos lucharon denodadamente contra los invasores tratando de preservar no sólo sus territorios sino también su libertad y sus autonomías, luchas que llevaron al holocausto indígena. Podemos afirmar que es sólo para finales del siglo XVIII cuando ocurre la gran rebelión caribe en el Orinoco (1780), comandada por los caciques Quirawera y Yaguaria, cuando los pueblos indígenas caribes fueron finalmente sometidos, Sanjoa y Vargas (2006). En el caso de esta rebelión, el enorme contingente de indígenas fue derrotado y los sobrevivientes fueron asimilados por el sistema misional de los capuchinos catalanes en donde fueron convertidos en siervos de la Orden, con un nuevo estatus laboral, el cual les fue

impuesto por vías extraeconómicas ya que no percibían salarios por su trabajo sino servicios: alimentos, vivienda y similares. A partir de estos hechos, los/as indígenas de Guayana pasaron a conformar una fuerza de trabajo muy poderosa.

De los tres proyectos mencionados, el bolivariano fue el único exitoso y permitió construir y plasmar la emancipación nuestroamericana como un proyecto no solamente deseable sino fundamentalmente realizable. Pero, si omitimos la existencia de los otros proyectos políticos sostenidos por los diversos factores étnicos del pueblo oprimido, no podríamos explicarnos por qué ese pueblo mantuvo luchas constantes y continuas contra la opresión y la desigualdad, muchas de las cuales persisten hasta hoy día. La existencia de los tres proyectos políticos refleja, es necesario reconocerlo, que sin duda, la condición colonial afectó de manera diferente a las clases sociales y a los grupos étnicos existentes, lo que condicionó que cada clase y que cada grupo social definiera también diferencialmente sus propias aspiraciones de libertad.

A pesar de que la oligarquía del momento —sobre todo a partir de los años treinta del siglo XIX— gestó y reprodujo la idea de que en la liberación del imperio español sólo hubo un único proyecto (el de ella misma); como vemos existieron otros proyectos alternativos sostenidos por los sectores populares. Afirmamos que los sectores populares de nuestros países tenían un proyecto político alternativo. Lo hacemos porque contamos con las informaciones sobre las acciones de tales sectores oprimidos que comenzaron a ocurrir ya desde el mismo siglo XVI contra la invasión europea. Todas esas acciones perseguían un objetivo común y propiciaban un vínculo

que conllevó implícitamente una voluntad de luchar de manera sostenida y constante en contra de la dominación, la tiranía y la esclavitud y a favor de la justicia social. Este elemento es común no sólo entre los oprimidos/as de Venezuela sino en los de toda Nuestra América desde el siglo XVI al XXI. En tal sentido, destacamos las acciones, puesto que ello nos permite calibrar la vinculación entre pensamiento y acción, entre objetivo y acción, entre teoría y acción y, porque ello nos faculta para desmontar las tesis —a nuestro juicio equivocadas— que señalan que los pueblos no saben lo que quieren por lo cual necesitan de una vanguardia externa a ellos mismos que les señale metas. El pueblo venezolano, es decir, los/as negros/as esclavizados/as, los/as “blancos/as” pobres llamados “blancos/as de orilla”, los/as mestizos/as zambos/as y mulatos/as y los/as indios/as sí sabían qué querían: ser libres de cualquier forma de opresión, por ello tenían casi cuatro siglos rebelándose. Es posible discernir, sin embargo, que no siempre fue posible que los actos de rebelión y emancipación supusieran un accionar conjunto por parte de todos/as los/as oprimidos/as de nuestro pueblo, no porque no compartieran las mismas ideas libertarias, sino por razones que se escapaban a su control, como eran la incomunicación, el aislamiento, la dura represión y razones económicas. En el caso de los pueblos originarios venezolanos, por ejemplo, debido a las características genocidas de la misma conquista y especialmente en los primeros años de la colonia, la mayoría fue masacrada y los pocos sobrevivientes, desestructurados como pueblos autónomos, quedando reducidos a un porcentaje ínfimo de individuos que se vio forzado a desplazarse a variados territorios dentro del país, y otro

porcentaje (sobre todo mujeres) que fue absorbido por el mismo sistema colonial lo cual explicaría la alta presencia de ADN mitocondrial indígena en las modernas poblaciones criollas venezolanas, Figuera (2015.) Estos desplazamientos impidieron, a diferencia de lo ocurrido con los/as esclavizados/as de origen africano que estuvieron presentes en todo el territorio nacional durante los tres siglos coloniales por razones fundamentalmente de orden económico, pues se convirtió en la fuerza de trabajo sustitutiva de la indígena, que pudieran unirse y actuar de manera conjunta, uniones que ocurrieron sin embargo de manera no constante. Sin embargo, y a pesar de ello, los/as indígenas presentaron durante muchísimos años fuerte resistencia a la conquista y se rebelaron también en el período colonial, protagonizando importantes batallas, solos/as y en ocasiones en unión con los cimarrones/as negros/as africanos/as.

Cualquiera que analice, aunque sea brevemente, el proceso histórico venezolano no puede menos que concluir que la historia del país ha sido protagonizada hasta ahora tanto por hombres como por mujeres, por miembros de la élite y por gente del común, por colectivos populares y por individualidades criollas “blancas” y “pudientes”, por colectivos de “blancos/as”, indios/as, negro-venezolanos y mestizos/as. No obstante, las reconstrucciones historiográficas de ese proceso más conocidas y utilizadas dentro del sistema educativo formal y todos los mecanismos de educación informal venezolanos sólo reconocen las actuaciones masculinas. Esta visión androcéntrica del proceso histórico se ve fuertemente enfatizada cuando se trata del llamado “período de la independencia” como les gusta denominarlo, pues

es narrado como la gesta ideada por un puñado de hombres de origen español, ricos, acompañados por un ejército conformado solamente por hombres, con oficiales también de la élite y la mayoría hombres pobres, blancos o negros esclavizados que conformaban la tropa. Esta visión ni siquiera menciona a las llamadas troperas ni a las combatientes de múltiples batallas.

A todo ello se suma, sin duda, el hecho de que la emancipación política venezolana del imperio español es conceptuada como una gesta, como una serie de actos heroicos, mas no como un proceso, mientras se reconoce que esa gesta ocurrió en los años finales del siglo XVI-II y las tres primeras décadas del XIX. En consonancia con tal concepción, las versiones historiográficas sobre la gesta se han dedicado a destacar los llamados “personajes relevantes”, siempre masculinos, siempre “blancos”, a quienes les adjudica la condición de ser los precursores de la independencia y los conductores del Ejército Libertador, integrado también por hombres, ricos mantuanos, de origen hispano. En suma, no reconocen ni precursoras ni combatientes. Y si alguna participación femenina es aceptada, refiere a algunas individualidades siempre “blancas”, pero vinculadas directamente con algún “hombre blanco considerado relevante”.

Pero, cuando a diferencia de lo anterior, la emancipación del imperio español es vista como el resultado transitorio de un proceso centenario, es necesario inevitablemente reconocer la existencia de mujeres precursoras y combatientes. Porque, cuál otro calificativo le podemos dar a mujeres como la cacica Apacuana de la nación Palenque quien lideró y asesoró a guerreros/as de varias tribus en 1577 en contra del ejército realista

durante la conquista, Vaccari (1995), y cómo miles de mujeres indígenas de distintas regiones y grupos étnicos del país combatieron junto a los hombres como flecheras Vargas (2006), o coordinaron acciones de resistencia ante los invasores en sus diversas comunidades, como sucedió con la cacica Arara y una hija del cacique Guapay Vaccari (1995). ¿Cómo designar, si no es llamándola combatiente, la valentía, el coraje, la capacidad de mando de nuestra ilustre antepasada indígena Ana Soto quien organizó una guerra de guerrillas en Falcón-Lara que accionó durante años. Ana Soto logró agrupar miles de combatientes y combatientes. Nos preguntamos ¿fueron o no combatientes las mujeres “blancas” y negras del grupo que enfrentó al ejército realista en Maturín, conocidas como “Batería de las Mujeres”, y lograron en 1812 impedir que éste tomara la ciudad?, situación muy similar a la que sucedió en la isla de Margarita, cuando mujeres artilleras impidieron que Pablo Morillo tomara la isla, Mago (1995). ¿Cómo podemos calificar si no como combatientes a las llamadas “avanzadoras” o “troperas” que viajaron con el Ejército Libertador por todo el territorio nacional participando directamente en las batallas, ya en la vanguardia ya en la retaguardia?; o el combate protagonizado con éxito por mujeres cojedeñas en San Carlos en 1812 hasta liberar la ciudad, o a las mujeres tomadas prisioneras luego de la pérdida patriota de la batalla librada en Cuyumuenar ocurrida en 1819, *Idem* (1995); ¿cómo calificar a las decenas de mujeres “blancas”, negro-venezolanas e indias que sufrieron vejaciones sin límites como le sucedió a Ana María Campos que fue condenada, por apoyar a los/as patriotas, a recorrer desnuda sobre un burro la ciudad de Maracaibo? *Idem*

(1995); ¿cómo podemos denominar las actuaciones de mujeres como Josefa Camejo quien en 1821, al frente de 300 esclavizados/as propició una rebelión contra las fuerzas realistas de la Provincia de Coro y quien, ese mismo año, con un grupo de quince hombres se presentó en Barrarida, donde enfrentó al jefe realista Chepito González y lo derrotó?. ¿Cuál otro nombre le podemos dar que no sea el de precursoras a los cientos de mujeres que junto a Josefa Joaquina Sánchez formaron parte del movimiento revolucionario liderado por Gual y España participando en los servicios de inteligencia y logística, desafiando el orden colonial que prohibía la participación femenina en la vida pública? López (1977).

Comentarios finales

Como consecuencia de la reproducción sostenida de las tesis antipopulares, así como de las androcéntricas por parte de las historiografías tradicionales nacionales, tanto los pueblos como las mujeres protagonistas de los procesos históricos nuestroamericanos han devenido invisibles. En nuestras memorias históricas no existen ni precursoras ni combatientes populares, no porque no hayan existido realmente, sino porque han sido ocultadas y negadas.

En la hora presente los diversos pueblos nuestroamericanos han demostrado que desean asumirse y autorrepresentarse a sí mismos, tanto política como socialmente que ha sido lo que hasta ahora les han negado los sectores dominantes en la lucha de clases a través

de las historias oficiales en todos nuestros países. Esa nueva visión es imprescindible para que se dé la consolidación de la nueva subjetividad política y social popular emergente en las condiciones históricas actuales. Esa subjetividad política común en Nuestra América es necesaria, puesto que las historias nuestras nos muestran que la plena independencia no fue alcanzada con la gesta independentista de los albores del siglo XIX, por lo que siguen existiendo distintas y variadas organizaciones populares que practican formas de resistencia y lucha que reflejan la continuidad de la tradición combativa de nuestros pueblos, lo que se ha manifestado tanto en lo cotidiano como en lo excepcional, especialmente en aquellos momentos cuando nuestros pueblos han alcanzado un límite de tolerancia ante los abusos del poder, irrumpiendo en la arena pública rebelándose y protestando.

La lucha continúa.

|4|

SOCIEDADES INDÍGENAS, GUERRA DE INDEPENDENCIA Y LA MODERNA SOCIEDAD VENEZOLANA

El personalismo y la ignorancia inutilizaron la gesta independentista.

JULIO CÉSAR SALAS, 1911

Introducción

Podemos decir que el proceso histórico de conformación de que hoy se conoce como Nuestra América ha estado marcado por la sincronía y la confluencia de eventos y sucesos, procesos cardinales que hacen de la región un *ecumene*, o sea un universo de interacción que ha constituido una entidad histórica, definida por el comportamiento compartido de sus pueblos. Por dichas razones, es fundamental entender a ese proceso histórico en su diacronía y sincronía, pero sobre todo en su continuidad y concatenación, en donde cada época es consecuencia de la precedente y condición de la subsiguiente, y donde cada una de ellas manifiesta asimismo cambios particulares, pero sin oscurecer el carácter continuo del proceso.

En este trabajo nos interesa presentar una serie de ideas que esperamos estimulen la discusión, cuyos resultados sirvan para analizar con mayor profundidad varios aspectos de una realidad social e histórica que han sido generalmente poco tratados por la historiografía tradicional, salvo excepciones como Brito (1979) y Ribeiro (1992). Entre esos aspectos se encuentran el origen y naturaleza del poder y la desigualdad social, la conformación del poder en bloques históricos; se necesita indagar más específicamente en la relación entre las luchas,

las rebeliones y las formas de resistencia ante ese poder, algo indispensable para comprender mejor nuestra realidad presente y de esa manera encarar de forma más cabal los retos a los que nos enfrentamos como región en los actuales momentos. Para ello es, asimismo de vital importancia, entender el papel protagónico jugado por nuestros indígenas, antes de la invasión europea en la conformación de procesos culturales en toda la región antillana-caribeña.

De manera fundamental tratamos el caso venezolano, destacando el papel jugado por los diferentes factores socioétnicos en el proceso de independencia, así como la participación de dichos factores en la formación del Estado nacional venezolano, en la construcción de la modernidad, y cómo influyeron en la conformación del carácter de este país meridional. Intentamos —modestamente— precisar por esta vía aspectos tan importantes como la larga historia indígena anterior a la formación de los Estados nacionales y el impacto que ésta tuvo en el desarrollo histórico general de la cuenca caribeña y el norte de Suramérica, lo cual nos puede ayudar a lograr nuevas e insospechadas posibilidades en la explicación de nuestro presente.

La Nuestra América antigua

La denominación de América Latina para referirse a la región del continente americano que estuvo sujeta a la dominación española o portuguesa, fue introducida en la literatura por autores y autoras anglo y

franco parlantes. Nosotros/as preferimos usar la expresión *Nuestra América*, tal como la nombrase José Martí, y también la preferimos a hispanoamérica, denominación tan cara a las y los hispanistas, con sus enfoques neocolonizados, pues ésa es una denominación que nos naturaliza como colonia. En este sentido, no hay que olvidar la importancia y la fuerza de las palabras, del lenguaje en la reproducción de las formas de dominación.

Muchas partes de Nuestra América han sido unas de las zonas del mundo antiguo americano donde existieron sociedades con culturas sin influencias del llamado Viejo Mundo; de hecho, Nuestra América puede entenderse para aquellas épocas como un sistema mundial o si se prefiere como un sistema mundo en el mismo sentido que le han dado al término autores como Wallerstein (1995) o Gunder Frank (1995), por lo cual los distintos países de Nuestra América han compartido casi todos los momentos nucleares de su historia.

Un primer momento compartido fue el del poblamiento del continente americano, cuando grupos paleoasiáticos cazadores-recolectores paleomongoloides —y más tarde mongoloides—, Sanoja (2013), Vargas (2005^a) y Sanoja (2007), penetraron por el norte de norteamérica y dieron lugar a las primeras ocupaciones humanas en distintos territorios del continente americano. A partir de ese mismo momento, se produjo un intenso proceso de dinámica y sinergia social, lo que propició la formación de diversas regiones geohistóricas, cada una de ellas distingible no sólo por sus formas de cultura, sino también por la diversidad de niveles de desarrollo socio-histórico alcanzado por las distintas sociedades indígenas que las habitaron hasta el siglo XVI.

Nuestra América se conformó por entonces dentro de procesos civilizatorios autónomos que dieron lugar a civilizaciones. Venezuela en particular, formó parte de uno de ellos antes del siglo XV, lo que dio origen a lo que Sanoja (2007) llama la civilización suramericana-caribeña, con características distintivas a los procesos que produjeron a otras civilizaciones, como por ejemplo la norteamericana, formada por mesoamérica, el norte de Centro América y los actuales Estados Unidos y Canadá.

Otro momento nuclear compartido por toda Nuestra América fue el que correspondió con las rebeliones contra la invasión europea, específicamente contra el proceso de conquista que realizaron españoles y portugueses a partir de finales del siglo XV hasta el siglo XVII. Con la usurpación de territorios vino aparejada la expoliación de sus riquezas y el sometimiento de su población. Asimismo, Nuestra América sufrió la condición colonial, de la que todos nuestros países se vieron forzados a participar desde el siglo XVII hasta comienzos del siglo XIX.

Como vemos, la conquista y la colonización desestructuraron a las civilizaciones autónomas existentes, tratando de imponer a partir de entonces la civilización europea. De la misma manera, toda Nuestra América se vio afectada por la trata de personas provenientes del África subsahariana; unos países de manera directa, los cuales fueron forzados por la violencia a formar parte mayoritaria de su población; otros de manera indirecta. Igualmente, todos los países norteamericanos compartieron desde inicios del siglo XIX, guerras violentas para lograr sus independencias políticas de los imperios europeos.

Finalmente, toda Nuestra América compartió durante el siglo XX la imposición de una caricatura de la modernidad europea, sufriendo todos los males conexos con ella y gozando de muy pocos de sus beneficios.

Especial mención merece el papel jugado por las dictaduras militares que en el siglo XX asolaron a Nuestra América durante décadas, títeres imperiales encargados de realizar un proceso acelerado de modernización de nuestros países a costa de las libertades civiles y los derechos humanos de la mayoría de las poblaciones. En el caso venezolano ese papel fue desempeñado por Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez Vargas (2005^b, 2007).

En el estudio del proceso de independencia venezolano como en general el de todo el proceso histórico norteamericano, hay que enfatizar la importancia de las sociedades indígenas autóctonas originarias y de las poblaciones de origen negro-africano. En el caso de Venezuela, el pasado precolonial tiene un innegable e importante papel en la conformación y desarrollo de las poblaciones del norte de Suramérica y la región antillana y en la construcción de la sociedad nacional lo cual se evidencia, entre otros factores, en la herencia indígena que está presente en múltiples aspectos de nuestra cultura: los fenotipos y los genotipos humanos, la culinaria, el vestido, la gestualidad, la arquitectura, la lengua, la religión, el arte, los procesos de trabajo agrícolas, los cultígenos, las tecnologías y saberes, etc. y, sobre todo, en la persistencia de ciertas formas de relaciones sociales recíprocas y solidarias de raigambre milenaria que persisten en la población. Todo lo anterior, en su conjunto, le confiere a nuestro país un carácter pluriétnico y pluricultural.

El proceso histórico venezolano

El poblamiento, la conquista y la colonia

Hace aproximadamente quince mil años (14.500), se inició la vida social organizada en el territorio de la actual Venezuela. Grupos de cazadores-recolectores comenzaron para esas fechas el lento pero sostenido proceso de colonizar estas tierras, proceso que continuó hasta aproximadamente unos 4.600 años atrás, cuando ocurrió de manera definitiva la sedentarización de los grupos humanos, dando lugar así a la aparición de la formación social tribal agrícola, lo que significó la producción controlada de alimentos, la fijación definitiva a la tierra, la tribalización y la vida aldeana.

Entendemos a Venezuela como un territorio que fue ocupado desde entonces por diversos grupos humanos que son mejor entendidos si observamos el papel rector que jugó el dominio y control del territorio y las actividades económicas desarrolladas. Ciertamente, la riqueza natural del territorio posibilitó el desarrollo de prácticas productivas basadas inicialmente en la pesca, la caza y la recolección, marina y terrestre y, posteriormente, en la agricultura. Esos procesos productivos desarrollados por las primeras formas sociales demuestran el pluralismo de formas de producción que sucedieron entonces, que persistieron en la sociedad colonial donde más tarde, muchas de ellas se insertaron.

Ese milenario proceso originario se vio afectado en su independencia y autonomía por la invasión europea en 1498. De manera que, hace un poco más de 500 años,

Europa inició la guerra de conquista de las sociedades originarias venezolanas, las cuales manifestaban para ese momento distintos grados de desarrollo sociohistórico y diferencias en sus sistemas económicos y de relaciones sociales, es decir, variados modos y submodos de vida de las formaciones sociales presentes. Las variaciones que se observan en las relaciones sociales son las que dan cuenta de las respuestas o sea las formas de actuación de los grupos tribales ante la invasión: por un lado, la constante rebelión y oposición irredimible al sometimiento puestas en práctica por los grupos tribales igualitarios, y por otro, la renuente aceptación de las nuevas jerarquías europeas lo que propició la incorporación relativamente rápida y “pacífica”, y podríamos decir ligeramente poco traumática, de los grupos tribales jerárquicos Vargas (1990), Ribeiro (1992).

En los siglos XV y XVI, en Venezuela se manifestó una compleja red de acontecimientos bélicos de conquista y represión, de luchas y resistencias; también un tiempo y un espacio renovados, de estructuras nuevas y con frecuencia inéditas. Fueron siglos de inesperados y mutuos encuentros, en los cuales se entrelazaron múltiples relaciones de toda índole, que permitieron surgir un mundo nuevo donde son descifrables pausas y continuidades. A través de ellas, vislumbramos el tejido de la sociedad indo-hispana, cuya herencia aún es perceptible en los momentos que vivimos hoy día, Sanoja y Vargas (2018).

Con base a lo anterior, podemos afirmar que en Venezuela —como en el resto de Nuestra América— se conformó un modo de vida colonial que constituyó la expresión de una línea de desarrollo social, que se distingue dentro de la totalidad de la formación social

capitalista durante la fase mercantil de su modo de producción, como una particularidad de dicha sociedad. Esa particularidad se expresa en una dinámica social, cultural, política y económica distintivas dentro de toda la formación social, hecho que dependió no sólo de las características generales de la sociedad capitalista, sino también de las particulares referidas a la formación social tribal donde se insertó, Cueva (1988), Vargas (1998), Vargas y Vivas (1999). Ciertamente, las características estructurales de la base social indígena, condicionaron las formas como se dio la conquista y las maneras como se implementaron las medidas para su sometimiento. En aquellos grupos indígenas donde las relaciones fundamentales eran igualitarias, se dieron feroces batallas, reacciones violentas ante la invasión y el sometimiento. En el caso de grupos jerárquicos fue más frecuente la existencia de un proceso de asimilación ante la invasión.

El cambio fundamental que se observa con la condición colonial, con la imposición de un nuevo régimen económico, social, cultural y político es en las relaciones sociales de producción que se expresan en el régimen de propiedad. El colonialismo supuso para Venezuela, en un primer momento, lo que luego se hizo norma: el dominio de unos y el sometimiento de otros, complejo juego de coerción y hegemonía, explotación económica y, siempre, un control cultural que se inició en Nuestra América en el siglo XVI y floreció en todo el mundo en el siglo XVIII. La condición colonial implicó para toda Nuestra América en general y para Venezuela en particular, la desintegración de las estructuras milenarias de muchas de las sociedades indígenas originarias, fundamentalmente a través del régimen

de encomiendas, pueblos de indios o resguardos y los pueblos de misión, diseñados precisamente para desarticular las estructuras sociales tribales y propiciar el cambio hacia un nuevo régimen de propiedad: la propiedad privada. La condición colonial rompió en gran medida la hasta entonces existente estructura laboral indígena, lo que permitió la inserción de gran parte de la población aborigen dentro de un nuevo régimen de relaciones sociales de producción fundamentadas en la explotación, Vargas (1998).

“La condición colonial implicó en Venezuela aparición de un conjunto de fenómenos culturales heterogéneos, insertos en estructuras institucionalizadas que operaban en la vida cotidiana. Sometió a las y los indígenas, desde la juventud hasta la muerte, a una disciplina laboral extraña” (Thompson, 1995, p. 206), a nuevos tipos de disciplinas laborales para las cuales fue necesario que las y los indígenas tuvieran que modificar y generar nuevas percepciones de lo que era trabajo, el para qué y para quién se trabajaba, a impulsar unas rutinas de vida que les eran ajenas, se les impuso una religión y una lengua, y se les negaron los derechos sociales mínimos, excluyéndolos socialmente. Asimismo, el colonialismo jugó un papel crucial en la imposición y el desarrollo de las clases sociales y en la desigualdad de los géneros, Vargas (2006).

Todo lo anterior condicionó que la vida cotidiana durante la colonia venezolana fuese, parafraseando a Thompson (1995), una “palestra de elementos conflictivos” (p. 19). Las relaciones sociales características de los agentes sociales entre los siglos XVI y XVIII eran de explotación, conformando así una cotidianidad de dominación y resistencia que se expresaba claramente en las formas del consumo de bienes: los de origen europeo,

sobre todo alimentos, vestidos, enseres domésticos, viviendas, estaban reservados para las clases más favorecidas económicamente, Sanoja *et al.* (1998), Vargas *et al.* (1998), Sanoja y Vargas (2002). Estas formas de consumo reflejan que el mercado interno era, como bien señala Cueva (1988) “una prolongación del mercado metropolitano” (p. 89); mientras la gran mayoría de la población que vivía en condiciones de pobreza, consumía sólo aquellos bienes producidos local y artesanalmente, gran parte de ellos elaborados dentro de tradiciones culturales de origen indígena y/o africano. El sistema producía bienes materiales de una forma determinada lo que implicaba la división del trabajo entre capitalistas y trabajadores/as, con una ideología que favorecía esa división y las formas de poder conexas; todo ello servía para la reproducción del sistema, pues creaba de manera sostenida las condiciones para que se diera ese tipo de producción.

El régimen colonial controló el poder, las formas de generación y acumulación de riqueza y la propiedad de la tierra, lo que implicó sojuzgar a las sociedades aborígenes que la habían poseído hasta entonces desde milenios antes. De manera muy general podemos caracterizar el sistema de relaciones sociales de producción de la sociedad colonial en Venezuela como integrado por la existencia de un régimen de propiedad basado en la propiedad privada de la tierra por parte de los europeos, es decir, la propiedad privada de los medios de producción, coexistiendo en algunas regiones con formas de propiedad comunitarias, y con las relaciones esclavistas y serviles —el segundo servaje— de las clases dominadas, Roseberry (1977), Brito Figueroa (1979), Braudel (1992), Vargas (1998), Sanoja (1998); vale decir, coexistían trabajadores privados

de los medios de producción, libres jurídicamente, que vendían su fuerza de trabajo, y la explotación del trabajo asalariado por parte de los dueños de esos medios.

El poder absoluto del régimen colonial ibero se desvaneció y colapsó para finales del siglo XVIII, coincidiendo con la aparición de la Primera Revolución Industrial, situada en el último cuarto del siglo. Los procesos de formación de las clases sociales que se habían producido durante la colonia, introdujeron nuevos elementos y agentes en la vida diaria y en la lucha por el poder. Los colonizadores iberos crearon nuevos discursos sobre la identidad cultural, lo que produjo o fue consecuencia de cambios en las relaciones sociales y en el control político. Pero, aunque se trataba de identidades inestables y de alguna forma precarias, muchas de ellas asentadas en las formas de tradición que habían sido reinventadas durante la colonia y, no obstante de la existencia hegemónica de la ideología de los dominadores, las clases y grupos políticamente subordinados crearon construcciones alternativas de la realidad social que les servían para rechazar las interpretaciones que hacían los miembros de las clases dominantes sobre ellos y que eran usadas por aquéllas para sus propios fines. En la relación dominado-dominador, las clases sometidas usaron sus legítimos resentimientos para enfrentar sus situaciones de carencias y subordinación, ubicando la culpa en sus opresores, lo que propició sostenidos mecanismos de resistencia, que abarcaron también luchas abiertas, entre las cuales destacan las de los indígenas, sobre todo los caribe-hablantes (Vargas, 2007, pp. 63-70), y las de los negros/as cimarrones aliados/as con ellos. Como señala Velás-

quez, “estos grupos protagonizaron numerosos levantamientos y sublevaciones y guerra de guerrillas durante la colonia” (1986, p. 47). Ciento treinta rebeliones y motines fueron debelados en Cumaná, Angostura, en Guárico, Apure y Barinas y en diversas otras regiones, Sanoja y Vargas (2003).

En ese proceso, las clases sometidas reinventaron y potenciaron sus tradiciones culturales ancestrales, incluyendo las formas de relaciones sociales de carácter solidario y recíproco que les eran características. En efecto, a pesar de que la colonia supuso la transformación traumática de las comunidades aborígenes originarias, no logró borrar en la sociedad mestiza la impronta histórica de milenios de vida social. Dentro de la población mestiza resultante se mantuvieron la solidaridad, la reciprocidad y la cooperación a nivel comunitario, formas de relación social que todavía persisten en nuestros días entre los sectores populares rurales y muchos urbanos, Vargas (2007). Asimismo, como consecuencia del despojo territorial colonial las comunidades indígenas redefinieron las formas como se articulaba su identidad con sus nuevos territorios, a la vez que reorganizaron los símbolos comunitarios para lograr mantener la coherencia con su vida antes de la invasión a través de la cohesión y legitimidad de sus formas de organización política, y usarlos como armas de resistencia cultural ante las modificaciones introducidas. Este proceso de redefinición continúa hasta la actualidad entre las comunidades indígenas sobrevivientes, ante las amenazas y la hegemonía que ha supuesto la expansión de la sociedad criolla; de la misma manera, se extiende a la población criolla mestiza que vive en condiciones de pobreza.

El pueblo venezolano en la independencia y su carácter multiétnico

El proceso de la Independencia, tal como apunta Brito Figueroa, tuvo “un profundo carácter multi e interétnico, con violentos enfrentamientos entre negros, mulatos y zambos contra los llamados ‘blancos’”. (1993, p. 270). En tal sentido, debemos hacernos varias preguntas:

¿Quiénes eran étnicamente los llaneros?

La mayoría era descendiente de grupos indígenas caribes, arawak, pumeh y otros muchos que poblaban la cuenca del Orinoco en el siglo XIX; eran los zambos, mestizos de indios con los negros/as esclavizados/as o manumisidos/as que trabajaban en los hatos llaneros; eran los mulatos, mestizos de negros/as o indios/as con mujeres u hombres “blancos”. Miles de ellos se incorporaron a la caballería de Boves; mientras que los lanceros de Páez fueron fundamentalmente caribes y mestizos de caribes y canarios. Los/as flecheros/as indios/as, posiblemente caribes, fueron un factor importante en la Batalla de San Félix que selló la victoria de la causa de la independencia en Guayana el año 1817. Es muy probable que también muchos aborígenes guayano, warao, waika o yanomami reclutados por el Ejército Libertador en las misiones de Guayana, formaran parte de los héroes y heroínas que acompañaron a El Libertador Simón Bolívar en el Paso de los Andes y en las batallas que habrían de decidir la independencia de la Nueva Granada, Sanoja y Vargas (2006), Idem (2018).

Podríamos ver también cómo el mismo General Páez le rindió tributo a dos indios pumeh que hoy día forman parte del panteón de los libertadores de Venezuela, de los héroes de las Queseras del Medio. Los hermanos Francisco y Juan Pablo Farfán, indios pumeh del Sinaruco, del alto Apure. Fueron ellos quienes el año 1836 se alzaron contra Páez, a quien consideraban había traicionado los principios igualitarios y populares de la revolución de independencia para aliarse con los oligarcas que habían suplantado a la vieja clase mantuaña colonial.

Los/as indígenas venezolanos/as participaron activamente en las luchas de independencia como soldados/as, como baquianos/as, como expertos/as en diversos aspectos de la logística alimenticia de los ejércitos, y aportaron sus conocimientos de etnomedicina; “participaron como marineros de los bongos y flecheras que constituían la flota fluvial de la República, todos estos aspectos fundamentales para el mantenimiento de la capacidad combativa de los soldados que derrotaron al imperio español e hicieron libre políticamente a Venezuela” (Vargas, 2007, pp. 211-212).

Dice Ribeiro (1992) que la independencia se manifestó como una lucha entre criollos enriquecidos contra peninsulares, para la cual —según el autor— “el pueblo fue tardíamente movilizado y de la que fue alejado en cuanto se consiguió la victoria.” (p. 276). Por otro lado, Velásquez (1986) menciona “...Fue una guerra total en que hubo elementos conocidos, es verdad, como las rebeliones indígenas o los ataques de piratas extranjeros...” (p. 48).

Ciertamente, salvo Bolívar y unos pocos otros, la mayoría de los criollos tenían intereses egoístas, personalistas y de clase; no les interesaba para nada liberar al pueblo venezolano, no obstante la retórica, sino usarlo para el logro de sus fines que no eran otros que asumir el control aduanero, el acceso a los cargos y privilegios hasta entonces exclusivos de los españoles y también apropiarse de las rentas recaudadas por la metrópoli. “Los peninsulares jugaron brillantemente con estas contradicciones, lanzando pobres contra ricos.... en luchas sangrientas que costaron una quinta parte de la población y que crearían un ambiente cargado de hostilidad”. (Ribeiro, 1992, p. 275).

A partir de entonces, el pueblo pasó a formar una masa irredenta, que ha buscado reiteradamente salir de esa condición, siguiendo a líderes como Zamora, a mediados del siglo XIX, quien logró galvanizar la voluntad de los campesinos irredentos en su lucha contra el latifundio y por la democratización de la tierra. La segunda parte del siglo XIX culminó con una serie de confrontaciones armadas entre los diferentes sectores sociales, para lograr obtener y conservar el poder central, Sanoja y Vargas (2003). Ese mismo pueblo pasó a constituir a partir de mediados del siglo XX, el telón de fondo de las maquinaciones y componendas de los grupos políticos de la IV República, quienes actuaron a su gusto, placer y beneficio en la apropiación de los dineros públicos. Sin embargo, el pueblo venezolano ha continuado hasta ahora dando la batalla contra los sectores oligárquicos y burgueses que lo oprimen, ya resistiendo, ya luchando abiertamente, Vargas (2007).

La creación del Estado nacional venezolano

Con la Venezuela independiente políticamente de España se sientan las bases de futuros cambios en la región. El proceso de independencia que se acentuó y fue posible en la primera década del siglo XIX, aunque supuso para Nuestra América la ruptura del nexo colonial con España, no nos liberó del colonialismo; de hecho comenzó a partir de entonces un lento pero corrosivo proceso de neocolonialaje, sobre todo a partir de finales del siglo XIX y durante casi todo el siglo XX.

La independencia de las provincias americanas dio origen a la disgregación de Nuestra América. Como apunta Ribeiro (1992) “La utopía unitarista y generosa de Bolívar da lugar a la atomización” (p. 276), puesto que los proyectos políticos y económicos de los criollos de cada región devinieron autónomos, creándose procesos en donde esos criollos enriquecidos luego de la guerra, se legitimaban en el poder al considerarse como los herederos de la gesta civilizadora de España, Bate (1984) Sanoja y Vargas (1993), Vargas (2007), lo cual normó sus relaciones con la base social.

Tal como señala Quijano (2000) para referirse a la “colonialidad”, “...en América... convergieron dos procesos históricos y se establecieron como los dos ejes fundamentales del nuevo patrón de poder. De una parte, la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, es decir, una supuesta diferente estructura biológica que ubicaba a los unos en situación natural de inferioridad respecto de los otros”. Y continúa, “Esa idea fue asumida por los conquistadores como el principal elemento constitutivo, fundante, de las

relaciones de dominación que la conquista imponía". Tal como ya hemos señalado en otros espacios, la población de Venezuela: indígenas, mestizos, negros, blancos pobres "...se ajusta a ese nuevo patrón de poder", Quijano lo expresa claramente.

El otro proceso fue, según el autor, tal como hemos venido señalando "... la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, en torno del capital y del mercado mundial...".

Consideramos que la creación del Estado nacional venezolano constituye —tal como sucede con los otros Estados nacionales norteamericanos— una línea de desarrollo particular que se distingue dentro de la totalidad de la formación social capitalista. Como hemos visto, tuvo como antecedente histórico en Venezuela, como ocurrió en otras partes del mundo, un modo de vida colonial de la misma formación social. Decimos que lo nacional se conforma como un nuevo modo de vida, pues es posible reconocer con él los *cambios cuantitativos* —y por lo tanto desiguales— *de la calidad*, vale decir, la reproducción en escala ampliada y con características propias de las relaciones sociales de producción capitalistas, mismas que, aunadas al contexto histórico local precedente y a las del nuevo contexto internacional, le confieren a cada Estado nacional un ritmo particular de desarrollo, diferenciado, dentro de la formación capitalista total. Las sociedades nacionales reflejan, asimismo, la aparición de nuevas contradicciones sociales específicas, de relaciones jurídico-políticas distintas a las coloniales, nuevas maneras de insertarse en el plano mundial, condicionadas todas ellas —precisamente— tanto por el proceso histórico que dio origen a cada sociedad colonizada, como por la fase

vigente del modo de producción capitalista: la industrial. El modo de vida nacional venezolano comprende, entonces, por un lado el proceso de conformación del Estado nacional, que se inicia con la independencia política de la condición colonial con España, lo que se manifiesta formalmente en 1810 con la declaración de la República como forma de gobierno, y por otro, el proceso de su consolidación, hacia finales del siglo XIX, momento en el cual la formación social capitalista se encontraba en su fase industrial-imperial.

Aparejado con el surgimiento de los Estados nacionales aparecen nuevos bloques históricos, bloques hegemónicos constituidos por la clase dominante, sus políticos y sus intelectuales orgánicos que apoyaban y sostenían con sus teorías, explicaciones y argumentos al bloque de poder de turno, Vargas (2005^b).

Como ha apuntado Patterson (1993), los realistas, los conservadores y, posteriormente, los fascistas, quienes buscaban mantener fuertes lazos con España, vieron generalmente a los patrones culturales de los indios e indias y a su aparente indefensión como signos de inferioridad biológica y como un mandato para mantener o incrementar la extensión de su control sobre ellos y ellas. Los liberales, por otra parte, se dieron cuenta de que esas diferencias obedecían en gran medida a carencias en una educación occidental, por lo cual veían a la escolaridad como un medio obligado para lograr asimilar e integrar a las comunidades indígenas dentro del tejido de la sociedad civil y el Estado.

Uno de los intelectuales liberales venezolanos más destacados de comienzos del siglo XX fue Julio César Salas, 1919, quien decía que “las sociedades progresan de acuerdo

con las condiciones morales de los individuos que las integran” Salas, 1970. Para Salas, la apropiación de Nuestra América por parte de España introdujo la injusticia, la ignorancia, el despotismo personalista y la fuerza y, agregaba, el proyecto de colonización por parte de España fue no solamente de carácter militar, sino también y fundamentalmente de carácter económico y cultural, lo que propició la introducción de principios absolutistas en política y en religión que privaban sobre la libertad y el individuo; ello, decía, fue lo que permitió el surgimiento de instituciones políticas e instituciones religiosas marcadas desde el inicio por el despotismo y signadas por la abolición de las libertades: “...las instituciones políticas o eclesiásticas han bastarreado sus fines legítimos: despotismo e intransigencia....” Y agregaba: “el atraso de los pueblos está en relación con la cantidad de libertad arrebatada a los individuos por los organismos religiosos y políticos”.

Una pregunta que debemos hacernos a ese respecto sería: ¿contribuyó el pueblo venezolano de entonces en la construcción de la modernidad en el país? Nuestra respuesta es afirmativa: hasta el siglo XVIII en Venezuela las rebeliones populares contra la injusticia carecían al parecer de una explicación política. Desde el momento en que los pueblos afrocaribeños comenzaron a ser impactados por las ideas de la modernidad, particularmente los conceptos de derechos humanos del hombre y el ciudadano, el concepto de pueblo-nación libre opuesto al de pueblo colonizado y el ejemplo concreto de la revolución haitiana, el pensamiento revolucionario popular comenzó a convertirse también en una explicación ideológica de los objetivos de la rebelión que ahora es también anticolonial y antiimperialista.

La afinidad entre el pensamiento de Simón Bolívar y el ideario de Montesquieu que lo ayudó a definir su concepto de la América Unida es un brillante ejemplo de la expresión que adoptaron en el Caribe el ideario de la modernidad durante los siglos XVIII y XIX, particularmente la construcción del pueblo como sujeto histórico que es instrumento de su propia transformación. Ello es lo que le da su carácter protagónico al pueblo venezolano como gestor de la epopeya anticolonial del siglo XIX y lo que explicaría su carácter protagónico antimperialista y socialista revolucionario en el siglo XXI, Sanoja y Vargas (2018).

Todas aquellas ideas, que según Salas (1970) conducían a principios absolutistas que privaban sobre la libertad y el individuo, no lograron impedir la formación de un sujeto pueblo venezolano, de un pueblo nación soberano que ha sido capaz de proponer y ejecutar ideas revolucionarias que impactaron y siguen impactando el destino de los otros pueblos de Nuestra América.

Estados nacionales

Si una sociedad moderna se define como aquélla en donde no imperan las tradiciones heredadas de las culturas tradicionales, pues éstas son concebidas como símbolos de atraso y falta de superación; si una sociedad moderna es aquélla plenamente capitalista y francamente industrial, entonces ni Venezuela ni la mayoría de los países que componen a Nuestra América son sociedades modernas, salvo quizá México y Argentina y tal vez parte de Brasil. Tampoco lo son posmodernas,

puesto que no han superado una previa situación industrial. Pero sí podemos decir que todas ellas son sociedades capitalistas, aunque ese capitalismo les haya sido impuesto y no sea autogestado. Y como sociedades capitalistas, los hombres y mujeres que integramos a Nuestra América, que somos Nuestra América, nos hemos visto forzados a regirnos por los valores de la modernidad europea: Derechos Humanos, Derechos Civiles, Sociedad Civil, Libre Empresa... todos ellos derechos del “individuo soberano” dentro de una sociedad capitalista liberal. Según esto, poco importa si un individuo es negro o negra, siempre que sea un negro o negra solo; no importa si es indio o india, siempre que se trate de un indio solo o una india sola, poco importa que sea mestizo o mestiza, mientras no se una a otros u otras y no luche en colectivo. Ese individualismo es, supuestamente, la garantía de que se respeten nuestros derechos como individuos soberanos. Y podemos plantearnos, ¿es una sociedad moderna, como la hemos caracterizado, la que tenemos en Nuestra América? Y, más aún, ¿Es la que queremos los pueblos? Una sociedad en donde impere el derecho de los individuos sobre el de los de colectivos, teniendo en cuenta que esos colectivos viven mayoritariamente en condiciones de pobreza y en ocasiones de miseria, colectivos de los cuales no podemos sustraernos y muchos de nosotros y nosotras no queremos sustraernos.

Como todos y todas sabemos, el capitalismo ha traído aparejado un extraordinario avance en la ciencia y la tecnología, pero también sabemos —y sufrimos— que esos avances sólo puedan ser disfrutados por un grupo minoritario de individuos y no por las colectividades, toda vez que en simultaneidad con el capitalismo se transformó

el valor de uso de las cosas y servicios en valor de cambio. De esa manera, para la gran mayoría de la población de Nuestra América, esos adelantos y avances han sido y siguen siendo inaccesibles por lo costosos, tan inalcanzables como lo es la vida en democracia, cuando ésta se concibe —como lo hace el liberalismo— como la democracia representativa.

Pero es bueno recordar en torno a esto lo que dice Benjamín Barber sobre que:

... nuestra agobiante modernidad, ha sumergido a la sociedad en una constante crisis: la crisis del Estado moderno, la crisis de las instituciones liberales, la crisis de liderazgo, la crisis de los partidos de gobierno y la crisis de la democracia. El hombre moderno, ha creado un mundo artificial que no puede controlar. Los monstruos modernos son máquinas, computadoras, corporaciones, burocracias... La alienación se ha convertido en el indicador central de la moderna crisis política... el cinismo acerca del voto, la alienación política, la preferencia por las cosas privadas y la creciente parálisis de las instituciones públicas son algo más que las consecuencias de la modernidad. Son síntomas de una enfermedad que es inseparable de lo que piensa el liberalismo sobre la política. Son espejos oscuros de la fuerza del liberalismo.

Si democracia implica el derecho a gobernarnos a nosotros mismos en lugar de ser gobernados, de acuerdo a nuestros intereses, entonces las instituciones democráticas liberales distan de ser en realidad verdaderamente democráticas. (Barber, 1984, p. XIII- XV).¹

1 Traducción nuestra.

La Revolución Bolivariana surge en Venezuela gracias al colapso de la democracia representativa durante los años 90 del siglo pasado. Ese colapso incluye, de alguna manera, no sólo el fin de las instituciones de la IV república, sino el final de un proyecto de país signado por el neocolonialismo, con el “American way of life” y el neoliberalismo económico como paradigmas, como el conjunto de normas que han regulado hasta ahora nuestro modo de vivir. Para la Revolución Bolivariana, en sus inicios, pronto se le hizo evidente y necesario crear una verdadera democracia, crear una nueva práctica de la democracia, donde —como decía Bolívar— imperen la libertad, la igualdad y la justicia; una democracia que implique la participación de todos los hombres y mujeres venezolanos y venezolanas en nuestra vida en común, pero no como una agregación numérica de individuos, sino como un sujeto pueblo, un colectivo de personas con iguales derechos en la toma de decisiones, donde la igualdad, la justicia, la libertad y la autonomía sean producto del accionar común.

La modernidad burguesa se inicia en Venezuela, según algunos, con el régimen de Guzmán Blanco a finales del siglo XIX (Vargas, 2007). Por entonces, no solamente se enfatiza, demagógicamente, la vigencia de los derechos humanos del individuo, del ciudadano, sino que se acomete, también demagógicamente, el desarrollo de la infraestructura material de la sociedad venezolana. Pero, en términos políticos, las Constituciones que determinaban el proyecto de país, **redactadas por los ideólogos burgueses**, le reconocían los derechos humanos sólo a una minoría de venezolanos y venezolanas: a los hombres que tenían una determinada renta económica y que

sabían leer y escribir; estaban excluidos los analfabetas pobres y las mujeres, éstas así tuvieran rentas y así supieran leer y escribir. Excluían también —por supuesto— a la mayoría de las personas negras y las y los indígenas. Es sólo con la Constitución de 1948, momento a partir del cual comienza la verdadera modernización de la infraestructura material de Venezuela, cuando se vincula la democracia burguesa del capitalismo con la conquista del sufragio universal para todos y todas. Pero es solamente a partir de la Constitución Bolivariana de 1999, cuando la modernidad se actualiza con la justicia social, la igualdad social y la preparación de las transformaciones que se espera den paso a una futura sociedad socialista.

De manera que podemos responder a la pregunta formulada antes diciendo que sí: los venezolanos y venezolanas hemos contribuido a forjar la modernidad en nuestro país, tal como hemos definido a ésta antes, aunque pueda parecer que hemos contribuido muy poco. Hoy día tenemos obras civiles públicas y privadas gracias al trabajo del pueblo, aunque suponen muchas de ellas un trasplante de tecnologías y modelos estéticos foráneos, a despecho de nuestras propias características culturales, climáticas, fisiográficas, étnicas, etc. Tenemos, así mismo, una ciencia rezagada, que tiende a estar a la espera de las ideas provenientes de los países industrializados, por lo cual crea muy pocos conocimientos útiles en nuestra realidad y situación histórica actual. Y poseemos un arsenal maravilloso de saberes tradicionales y contemporáneos, con una gran potencialidad para estimular el desarrollo, pero que tiende a ser siempre despreciado por considerarlo “premoderno”. Sin embargo, no ocurre lo mismo con nuestros recursos naturales y con los conocimientos

populares conexos con ellos, que son precisamente los insumos que han usado los países industrializados para su propio desarrollo. El colonialismo primero y el neocolonialismo luego han actuado como un gigantesco freno a un verdadero desarrollo de Venezuela, al inhibir la explotación de los saberes y conocimientos —incluyendo a los científicos— que hemos desarrollado los venezolanos y venezolanas a lo largo de siglos. Nuestra creatividad autóctona e innovadora se manifiesta en muchísimas áreas; pero esas creaciones tienden a ser estigmatizadas, consideradas manifestaciones folklóricas, atavismos, restos de “tradiciones culturales superadas” o ciencia “deficiente”, precisamente todos los rasgos que definen a la premodernidad europea.

Comentarios finales

Como hemos tratado de presentar en este somero análisis del largo proceso histórico vivido por Venezuela, pensamos que ninguna etapa, período o fase del mismo posee mayor jerarquía para entender la actual situación que vive el país. La concatenación, la continuidad y la vinculación de cada una de ellas entre sí, hace imposible pensar que Venezuela es lo que es hoy día solamente porque fue colonia o sólo porque hubo un proceso de independencia. A partir del momento cuando Venezuela fue invadida por los europeos existieron mujeres indias que, en un determinado momento de la historia de las sociedades originarias, se vieron forzadas a unirse a hombres “blancos”, a aceptar sus violaciones

y a someterse a sus designios. El pueblo es mayoritariamente mulato, así mismo, porque mujeres provenientes del África negra fueron traídas a la fuerza, esclavizadas y forzadas a unirse a hombres “blancos”. Por otra parte, se trata de un pueblo zambo, porque indias y negras se vieron compelidas y obligadas a unirse a hombres negros o indios. Sin embargo, debemos aceptar que el pueblo venezolano actual es combativo y luchador porque forjó una tradición centenaria de luchas contra la dominación, que la inició desde el mismo momento de la invasión europea. En esa condición, destacan las rebeliones emblemáticas de los aborígenes contra los españoles desde finales del siglo XV, las de negros y negras cimarrones a partir del siglo XVI, las del pueblo venezolano no manituano en los años previos a 1810 y en los siguientes, las de los campesinos y campesinas que siguieron a Zamora a mediados del siglo XIX, las de los y las estudiantes a partir de la tercera década del siglo XX, las de los sectores populares urbanos y rurales y las de los obreros petroleros entre los años 30 y mediados del siglo XX, las de los jóvenes guerrilleros de los años 60 —muchos de ellos estudiantes—, en el marco de la espantosa represión de los gobiernos de Betancourt y particularmente Leoni; las reiteradas manifestaciones de protestas de los sectores populares urbanos a finales de la década de los años 80, especialmente el llamado “Caracazo” o “Sacudón”; las de todo el pueblo venezolano a finales de los años 90, y las que continúan hoy en contra del imperialismo norteamericano, Sanoja y Vargas (2018).

El pueblo venezolano integrado por los sectores populares urbanos actuales practica formas de solidaridad y reciprocidad entre sí porque las heredaron de

sus ancestros indígenas; como vemos esas formas continuaron a pesar de la condición colonial; persistieron en los albores de la república y han llegado hasta nuestros días. La condición colonial pudo mantenerse porque las sociedades indígenas lo hicieron posible con sus conocimientos sobre el medio ambiente, la geografía y los caminos, los recursos naturales, los alimentos de los cuales se apropiaron los colonizadores. La guerra de independencia de Venezuela y de Nueva Granada pudieron llevarse a cabo gracias al pueblo venezolano de aquel entonces, que combatió en las batallas, que atravesó los Andes y que ofrendó su vida para lograr la independencia política de la nación, combates en los que participaron no sólo líderes mantuanos, es bueno recordarlo, sino mayoritariamente indios, criollos mestizos y negros. La vida republicana desde finales del siglo XIX ha sido posible gracias a la acción sostenida de hombres y mujeres venezolanos quienes cotidianamente han laborado en distintos trabajos, oficios y quehaceres, creando soluciones a sus problemas a pesar de que muchas veces sus vidas discurren en las peores condiciones de pobreza. En fin, el pueblo venezolano es la constante histórica.

En los actuales momentos el venezolano es un pueblo que impulsa una revolución nacional que pretende liquidar el imperialismo, el capital, el Estado burgués y las clases sociales dentro de sus fronteras, a fin de construir un socialismo que permita lograr —como decía Bolívar— la mayor suma de felicidad y justicia social, y que ello impulse a otros pueblos igualmente oprimidos por la actual hegemonía cultural, económica y política existente hacia una sociedad socialista.

Transformar la cultura burguesa en una socialista no es tarea fácil, pues está enraizada luego de más de 500 años de encuadramiento clasista. Sin embargo, uno de los caminos hacia la transformación es reflexionar críticamente sobre el proceso histórico venezolano, explorar sus enseñanzas, sus aportes a nuestra vida contemporánea, pero no usando la narrativa que tenemos como producto de una historiografía neocolonizada, embebida en los antivalores capitalistas, reproductora de ellos, llena de omisiones y distorsiones, hecha para servir a una sociedad capitalista liberal como la que ha caracterizado a Venezuela desde el siglo XIX. **Tenemos que repensar sobre nuestro proceso histórico**, ciertamente; pero debemos tener presente que su solo conocimiento no basta. No tendremos valores socialistas hasta que el pueblo venezolano no asuma esos nuevos valores, hasta que estos no tengan para él una significación socialmente positiva, hasta que esos valores nuevos no expresen realmente un redimensionamiento por parte del pueblo de las relaciones en las cuales vive, y no por parte de sujetos aislados, grupos o clases sociales particulares; tiene que tratarse de todo el pueblo, cuyas nuevas generaciones deben ser socializadas mediante una educación que subraye esos valores, intencionándolos dentro de las acciones formativas. No es suficiente explicar los hechos históricos y los actuales de la realidad para producir valores o cambios en la conducta y personalidad del pueblo. Sólo se puede educar en valores a través de conocimientos, habilidades de valoración y *reflexión en la actividad práctica con un significado asumido*. Y en esa reflexión y actividad práctica, los historiadores y las historiadoras revolucionarios tenemos un gran compromiso con el pueblo venezolano.

|5|

LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN VENEZUELA

Los estudios arqueológicos

La arqueología social es una forma de historiar el devenir de los pueblos, estudiando y tratando de reconstruir de manera integral y procesal su vida cotidiana y su vida relacional, las relaciones sociohistóricas que se expresan en la formación de regiones geohistóricas y cómo éstas son el fundamento geoespacial de los Estados nacionales contemporáneos.

Los estudios arqueológicos en Venezuela parten de la obra de etnólogos e historiadores locales como, entre otros, Julio C. Salas, Alfredo Jahn, Vicente Marcano, Bartolomé Tavera Acosta, Elías Toro, Lisandro Alvarado, Rafael Requena; asimismo de los estudios de científicos como los de Miguel Acosta Saignes, Federico Brito Figueroa, de arqueólogos norteamericanos como Alfred Kidder II, Cornelius Osgood y George Howard, Vicenzo Petrullo y de Irving Rouse trabajando asociado con J. M. Cruxent. A todos los anteriores les siguen posteriormente numerosos alumnos entre los cuales destacan María Elena Rodríguez, Gabriela Alvarado, Lelia Delgado, Lino Meneses, Gladys Gordones, Alberta Zucchi, Luis Molina, Rodrigo Navarrete, Marismenia Toledo, Érika Wagner, Mario Sanoja y nosotras entre decenas de otros y otras.

La tradición venezolana de estudios arqueológicos se apoyó desde el comienzo en la utilización de fuentes

documentales escritas que permitían comprender la fase final del proceso histórico cultural originario venezolano en el siglo XVI y enlazar así con la formación colonial sobre la cual se asentó la nación venezolana. Esta tradición historiográfica, por lo demás, es la que caracteriza a los estudios etnológicos en la mayoría de los países de América Latina.

Los estudios históricos en Venezuela han tenido un desarrollo desigual, pero sin duda se ha estructurado desde los comienzos de la vida republicana una tradición historiográfica que con diferentes visiones, ideologías, matices, temáticas, métodos y calidades ha continuado hasta nuestros días. En tal sentido, las y los historiadores han estado conscientes a todo lo largo de la vida republicana del papel que juegan las reconstrucciones históricas en la creación de una memoria que sirva como elemento aglutinador de la sociedad.

La memoria histórica posee una enorme potencialidad para crear lealtades, prescribir conductas, proscribir otras, pero sobre todo ofrecer una imagen de lo que hemos sido y, por tanto, de lo que somos en la actualidad como pueblo, y para mostrar los caminos a seguir.

Desde el mismo momento cuando finaliza la guerra de independencia, los y las historiadores tuvieron un papel central en la gestación de diversas versiones historiográficas, cada una de ellas a la medida de los intereses de los actores del momento. Al principio se trató de una historiografía de corte romántico, de carácter predominante bélico que sirvió para legitimar las actuaciones de los héroes de la patria en la guerra. Pero, al mismo tiempo que exaltaba a los héroes, creaba la idea de que la gesta independentista fue la obra

tan sólo de un grupo de aristócratas ilustres, sin ninguna participación popular.

Posteriormente, en los años treinta del siglo XIX, esta versión historiográfica, elitista por naturaleza, se refina para servir de base de legitimación al proyecto político, económico y cultural liberal de la oligarquía. Entre 1830 y 1870, la élite oligárquica diseñó el proyecto de país que daría una nueva forma jurídica y política a la naciente república; ello supuestamente permitiría crear una república ordenada, pacífica y próspera. Ese proyecto difería grandemente de las ideas de El Libertador para quien el concepto de Patria iba mucho más allá de los límites territoriales de la Capitanía General de Venezuela hasta incluir a toda Nuestra América, dado que los libertadores en general y Bolívar en particular no habían planteado un proyecto nacional independiente, que fuese específicamente venezolano. Sin embargo, éste sí existía para la oligarquía criolla quien pensaba que para implementar su proyecto era necesario organizar el espacio geográfico en un Estado de Derecho de corte liberal y garantizar el progreso social de Venezuela y su inserción en el escenario mundial.

La idea de progreso que manejaba la élite oligárquica de los momentos iniciales de la república provenía de Europa ya que el progreso social era pensado como un proceso que se difundiría a escala global; pero había que considerar que tal progreso era desigual gracias a que las varias sociedades avanzaban a diferentes velocidades, condición que estaba determinada por la evolución alcanzada por cada una de ellas. En tal sentido, se consideraba que, como producto de la evolución social existían, por un lado, las sociedades llamadas civilizadas y, por otro, sociedades que carecían de instituciones y clases y,

esas carencias serían las responsables de la disminución en el ritmo que cada sociedad imprimiera hacia el progreso. Para entender esos ritmos, había que considerar entonces la presencia de masas incivilizadas que se temía podrían no estar de acuerdo con las metas de la clase dominante y amenazar su legitimidad como conductora de los procesos sociales, Patterson (1997).

La élite oligarca pensaba que el pueblo venezolano constituía efectivamente una masa incivilizada, misma que podía impedirle alcanzar el progreso, por lo cual ella debía ejercer sobre esa masa una hegemonía cultural que le reafirmara la idea, anteriormente introducida por la Corona, de que su actual posición en la vida y la autoridad de la élite oligarca eran inevitables e irreversibles. De esa manera, el pueblo aceptaría que su explotación formaba parte del orden natural de las cosas, continuaría creando riqueza para los demás y no devendría pernicioso para la nueva república.

La élite oligarca venezolana diseñó, entonces, una estrategia para anular los peligros que encerraban las continuas acciones de rebeldía y protesta, tanto las que realizaba, como las que podría continuar realizando el pueblo venezolano en contra de su proyecto. La versión de la historiografía de aquel momento le fue útil para lograr tales fines. En primer lugar, la utilizó para reforzar la idea de que se trataba de un pueblo disociado de la gesta independentista, que incluso era relucante a ella, para lo cual lo convirtió en el telón de fondo de las luchas, al principio de los oligarcas mantuanos y luego de los criollos emancipadores. En segundo lugar, se dedicó a estigmatizar al pueblo achacándole los peores y más viles rasgos. Para la historiografía producida por entonces, el

pueblo venezolano constituía una masa inculta, incivilizada, indisciplinada, ignorante y parasitaria, totalmente ajena a cualquier forma de control social. Pese a ello, los profundos resentimientos generados por las humillantes condiciones de explotación y sometimiento republicanos alimentaron bien pronto las rebeliones populares y desencadenaron el infierno de la guerra civil.

Más recientemente, algunos historiadores como Rivero (1988) ha considerado que estas ideas republicanas primigenias poseían “una raigambre popular verdaderamente significativa, toda vez que para el siglo XVIII ya se había operado un cambio profundo en la mentalidad de la sociedad colonial venezolana.” (p. 17). Sin embargo, no creemos que esto sea totalmente cierto ya que en el surgimiento de las posiciones republicanas de la élite no participaron las grandes mayorías. Sin embargo, hay que considerar que esas ideas no se produjeron en un vacío social; por el contrario, implicaron la confrontación entre dos sectores de la población que vivían en tiempos históricos plenamente diferenciados: el tiempo histórico de la élite criolla, sector francamente minoritario de la sociedad, marcado por su vinculación con la Metrópoli y, en general, con Europa, y el tiempo histórico de la gran mayoría del pueblo venezolano. Este último llevaba una vida caracterizada por condiciones de pobreza, esclavitud y opresión, lo cual no había cambiado con la independencia política de España y era una vida dedicada totalmente a crear riqueza para unos pocos. Algunos historiadores han considerado que, ante tales condiciones sociales, el pueblo venezolano constituía una multitud indiferenciada, sin metas claras, sin conciencia social de lo que le ocurría, por lo cual suponía una suerte de masa

inerte que sólo se movía si la élite oligarca lo decidía en función de sus intereses.

Infortunadamente, la incomprendión del tiempo histórico que podemos denominar como popular llevó a la oligarquía, y posteriormente a muchos historiadores que legitimaron su posición como sector dominante, a ratificar que ese pueblo era anárquico, inculto, ignorante y violento, por demás inconsciente de los deberes sociales que son consustanciales con la vida republicana. Pero, no obstante las actitudes y valoraciones negativas antes mencionadas, las grandes mayorías populares poseían un enorme caudal de capacidades y potencialidades creadoras. Mantenían vivas las tradiciones culturales ancestrales, tanto las de origen indígena como las de origen africano, aunadas a las novedosas elaboraciones locales que habían hecho de las hispanas impuestas durante la colonia; éste es un elemento de vital importancia para entender los procesos de resistencia cultural popular ante la hegemonía oligarca, actuales y pasados. Todas esas tradiciones se habían fusionado durante los tres siglos de coloniaje, dando su carácter particular a la sociedad venezolana emergente. Simultáneamente, ese pueblo conocía y estaba consciente de quiénes eran realmente sus opresores: los oligarcas.

El tiempo histórico de la élite estuvo marcado por su concepción de que ella era la verdadera heredera de la civilización española y por consiguiente la que debía ser continuadora de conductas que no supusiesen un verdadero e irrestricto rechazo a las que habían surgido al calor y el amparo del sistema monárquico español. Se visualizaba a sí misma como la única destinada a ser protagonista de la vida republicana, puesto que ello implicaba

una determinada manera de hacer política para la cual no estaban preparadas las mayorías populares. Pero, aunque esa élite no manejó una verdadera idea de transformación cultural en su forma de hacer política, especialmente en los usos y costumbres hispanos, sino su continuación, sí había impulsado un cambio de su conciencia para poder actuar como un nuevo actor político alternativo a la Corona. Tal vez en ello influyó el hecho de que, aunado a la convicción de que ésa era la “manera civilizada y correcta de comportarse”, y de no respaldar los comportamientos institucionales que la tradición hispana monárquica había establecido en el manejo político y administrativo del país, si no lo hacía esa élite, corría el riesgo de perder los privilegios y prebendas a los que estaba acostumbrada y que le habían facultado hasta entonces para el ejercicio de ciertas formas de poder, aunque limitadas en el plano político, pues había tenido que ceñirse a los cánones y normas prescritos por la Metrópoli.

Es por ello que historiadores como Rivero (1988) han hecho equivalente “la raigambre popular de la idea de república” con la que sostenía la élite criolla, olvidándose de que el pueblo del momento no siempre enfiló sus preferencias políticas hacia el proyecto de la élite, de hecho casi nunca. Sin embargo, no solamente es injusto sino históricamente inexacto calificar a aquel pueblo de inconsciente, ciego, sin metas u objetivos y peligrosamente resignado, puesto que en realidad se trataba de un pueblo consciente de su condición de minusvalía social lo que lo llevaba a una permanente situación de rebeldía y resistencia que se expresaba de manera diversa: iba desde el desorden y la haraganería hasta la rebelión abierta. Se trataba, sí, de un pueblo profundamente resentido hacia

los opresores, lo que contribuía a alimentar sus deseos de liberación. Es esto lo que explica de alguna manera que amplios sectores populares siguieran a José Tomás Boves en su lucha contra el ejército Patriota.

Este caudillo, Boves, representó, en su momento, el símbolo de la rebelión popular contra los mantuanos criollos que oprimían, explotaban y despreciaban por igual a los que llamaban pardos, nombre genérico empleado por la oligarquía para referirse a las mayorías empobrecidas, aunque fuesen esos pardos en realidad blancos de orilla, mulatos o zambos, negros libertos o esclavizados, o indios. Esto nos recuerda —salvando las distancias cronológicas— a George W. Bush cuando durante su mandato en los años 90, para referirse a los “latinos de EE.UU., en Miami” decía para identificarlos “eran los de color marrón”.

Boves pudo canalizar hacia sí la frustración de ese movimiento popular multiétnico, que era el pueblo venezolano, resentido por las humillaciones sufridas a manos de los mantuanos blancos, con un franco perfil social igualitario, extremadamente diverso, surgido del vientre telúrico de la nación venezolana en ciernes, donde se contaban también españoles canarios excluidos de la sociedad oligarca que se sentía blanca y peninsular, quienes se contaron entre los caudillos más crueles de lo que se ha dado en llamar el movimiento “realista”, y quienes apoyaban al rey de España simplemente porque representaba lo opuesto a los criollos oligarcas.

Algunos historiadores han señalado que el mestizaje étnico que caracterizaba a gran parte de la población venezolana del siglo XVIII, daba cuenta de la visión igualitaria que trasuntaba el proyecto político republicano de

la élite. Sin embargo, ese igualitarismo, creemos, si bien formaba parte del discurso político de la élite no lo era de la situación social real de los diversos componentes étnicos de la sociedad colonial, Brito Figueroa (1984, 1986, 1993). Aunque ese discurso sirvió para legitimar la actuación y participación en el proyecto de la nueva república en formación de muchos individuos que eran verdaderamente pardos desde un punto de vista étnico (aunque consideramos que en tales casos estos no se incorporaron a dicho proyecto por ser pardos, sino por ser comerciantes y por lo tanto miembros de la clase socio-económica que deseaba formar parte del poder económico hegemónico de la nueva república), la mayoría mestiza, negra o blanca que vivía en horribles condiciones de pobreza fue excluida del proyecto político, argumentando su “ignorancia, salvajismo y tendencia hacia la anarquía y la violencia contrarias a la vida republicana”.

Hay que considerar, por otro lado, que para finales del siglo XVIII existía una gran inquietud cultural entre los criollos y el pueblo llano. El impacto producido por la independencia norteamericana, por la Revolución Francesa y el propio descontento reinante en el seno de la sociedad, hicieron necesario un cuerpo doctrinario que sirviera como sostén de los actos insurreccionales. Motines, rebeliones y sublevaciones se suceden uno tras otro en Venezuela. Entre el período colonial y el siglo XVIII fueron constantes los alzamientos de la población —integrada por negros/as, mulatos/as y zambos/as, así como por indígenas— contra las estructuras económicas, sociales y políticas que los oprimían.

Ciertamente, desde el mismo siglo XVI, las rebeliones sociales constituyeron una forma de participación

popular en la construcción de la sociedad venezolana, Vargas (2007). De hecho, esto supuso un reconocimiento por parte del pueblo de la Venezuela de entonces de que, para poder lograr la ruptura de los mecanismos de su dominación y exclusión social, era necesario recurrir a la violencia, bien por la propia insurgencia popular contra el orden colonial establecido o bien por su asimilación a movimientos insurgentes o contrainsurgentes promovidos por la clase mantuana o por los mismos colonialistas españoles como sucedió con el movimiento independentista venezolano.

Como puede fácilmente advertirse, las maniobras de la élite criolla permitieron, o en todo caso hicieron posible, la existencia de un sentimiento nacional diferente, gestor de una identidad que se denominó “criolla”, que en sus inicios sólo fue elitesca y posteriormente fue asumida mayoritariamente por el pueblo en la gesta bélica independentista gracias a los mensajes de los líderes emancipadores, especialmente de Bolívar, Sucre y Urdaneta.

Las ideas que imperaban para finales del siglo XVIII y comienzos del XIX sobre la existencia de una “Venezuela criolla mestiza” y por consiguiente de una “cultura y una identidad criollas mestizas” y del “igualitarismo social venezolano” fueron resaltadas por la historiografía durante el resto del siglo XIX, y continuaron también durante todo el siglo XX. Sin embargo, se trataba en parte de un discurso demagógico; en este sentido es bueno recordar que la condición colonial generó una sociedad extremadamente compleja, muy diferenciada, para nada igualitaria, pues habían desigualdades sociales profundas. No olvidemos tampoco que las pocas comunidades indígenas que lograron sobrevivir de

manera relativamente autónoma al genocidio español de la conquista y la colonia, eran visualizadas por la oligarquía local, incluso desde los mismos inicios de la vida republicana, como algo separado, como fenómenos de un orden distinto y excluyente que estaban fuera de la lógica general de la sociedad, como si llevaran una historia paralela al desarrollo histórico nacional y mundial, Vargas (2007). Por otra parte, los sectores populares venezolanos, integrados mayoritariamente por mestizos negro-africanos fueron los más vulnerados por la ideología de la supuesta igualdad social (la denominamos “el igualitarismo”), ya que sobre ellos recayó el peso de ser vistos por la élite como el principal obstáculo que impedía lograr la construcción de una sociedad republicana verdaderamente próspera.

A su vez, las ideas que calificaban al pueblo como “anárquico”, “ignorante”, “violento” y “rebelde” sirvieron de base a las tesis que, en las tres primeras décadas del siglo XX, se emplearon para estigmatizar a las grandes mayorías empobrecidas del pueblo venezolano y culparlas del “atraso” de toda la sociedad y con ello legitimar su exclusión social.

A pesar de la organicidad de estas ideas historiográficas con el proyecto liberal del XIX, podemos percibir, sin embargo, que la estrecha vinculación entre la historiografía y los proyectos políticos-culturales de las clases dominantes se enfatiza más claramente en las últimas cinco décadas del siglo XIX, cuando Venezuela todavía constituía un país fragmentado en las diversas regiones que habían surgido como consecuencia del caudillismo que había caracterizado al país desde el fin de la guerra de independencia, cada una bajo el control de su respectiva

élite política y económica. Dichas regiones habían llegado a poseer una tácita autonomía política, sin que su adscripción formal a un sistema político-administrativo hubiese cuajado en un todo armónico y homogéneo.

Es entre 1850-1870 cuando se crea —en nuestra opinión— una nueva versión del proyecto político liberal de las clases dominantes, el cual hemos denominado francamente neocolonial, Vargas (1999). Aunque, ciertamente, la neocolonización del país ya se había iniciado desde el momento mismo cuando finaliza la guerra de independencia (y no obstante el breve lapso de la Gran Colombia), podemos considerar que a partir de 1850 se estructura de manera un poco más orgánica un proyecto de país plenamente neocolonial. Ello trae como consecuencia la exacerbación de la lucha de clases lo que da lugar a la guerra Federal entre 1859-1863.

Debemos reconocer que en el lapso que media entre el fin de la Gran Colombia y 1870, la organización económica y social del país no se modificó sensiblemente, de hecho la economía se mantenía como estaba a finales del siglo XVIII, con un bajo desarrollo del mercado interno debido a las exportaciones de Inglaterra, con crisis cíclicas en la agricultura, una ganadería casi inexistente, las artesanías estaban devaluadas y otros rasgos similares. Sin embargo, hubo cambios no estructurales, que ocurrieron en la superestructura de la sociedad venezolana, es decir, en la cultura, en las instituciones políticas, jurídicas y administrativas, lo que afectó los intereses del bloque hegemónico tradicional, aproximadamente el 15% de la población.

En efecto, el motor de la vida económica continuaba siendo, como antes, el comercio exterior, sobre todo

con Inglaterra, mientras que la propiedad de la tierra seguía concentrada en las manos de la oligarquía terrateniente que se había apropiado desde finales de la guerra de ejidos y tierras públicas propiedad de la nación. Por otro lado, la antigua fuerza de trabajo esclavizada y servil colonial se había ido transformando en una masa de asalariados libres y de pequeños comerciantes independientes, con restricciones notables en sus libertades económicas, civiles, políticas y culturales. Todo esto determinó la presencia de nuevos actores y facciones dentro de las clases dominantes (como se evidencia en la Ley del 10 de Abril de 1834), toda vez que las clases sociales de la colonia, basadas en la riqueza y el origen social, habían sido suplantadas progresivamente durante la República por clases fundamentadas en el *estatus* socio-económico y la adscripción a un determinado grupo político. No obstante, es claro que ya para finales del XIX se había fortalecido la ideología liberal, lo que permitió la entronización de regímenes autocráticos, de los cuales el de Antonio Guzmán Blanco fue el ejemplo más resaltante.

Es Guzmán quien, entre 1870 y 1887, se adhirió al ideario federal liberal, el que dio forma a un proyecto nacional francamente neocolonial. Se propuso la modernización económica interna y la instalación de un aparato político administrativo; puso en práctica un sistema de comunicaciones, telégrafo, registro público, realizó censos de población, ferrocarriles, instrucción obligatoria y gratuita, secularización del Estado, cambios en los gustos y costumbres de los venezolanos y muchos más. Para lograr todo ello apeló, cultural y materialmente a la ayuda europea.

Hay que recordar que desde el mismo final de la guerra Federal, los distintos gobiernos que se sucedieron en Venezuela se consideraron liberales y la historiografía les ofrecía el sustento ideológico que les servía de justificación. Es con el gobierno de Guzmán Blanco cuando se da inicio a una práctica que permitió que cada autócrata en el poder pudiese contar con su propio grupo de ideólogos, precisamente historiadores y otros intelectuales. El gobierno continuista de Rojas Paúl, por ejemplo, institucionalizó esta práctica creando la Academia Nacional de la Historia en 1888 en la cual uno de los ideólogos fundadores más destacados fue Francisco González Guinán, quien actuó como historiador oficial al servicio directo del autócrata formando parte de su gabinete ministerial. González Guinán continuó cumpliendo ese papel en las primeras décadas del siglo XX, a comienzos de la presidencia de Juan Vicente Gómez, de quien fue también su secretario privado.

Los historiadores se hicieron eco de esos cambios sociales cosméticos, de manera que la poca producción historiográfica del momento continuó reproduciendo la misma visión de pueblo que había servido como una suerte de muro de contención contra la gestación de formas populares realmente participativas de dicho colectivo en la vida social de nuestro país. Pero, con el advenimiento de Gómez al poder, los cambios dejaron de ser cosméticos y pasaron a ser estructurales. Aunque, como ha puesto de manifiesto Pino (1969) no es sino a partir de 1914 con la aparición del petróleo en nuestro país cuando se inicia lo que denomina una “administración bicéfala”, expresión que acuña para aludir el hecho de que era Estados Unidos quien gobernaba y Gómez quien ejecutaba, por lo que

ya desde el mismo momento cuando el dictador toma el poder a comienzos de siglo, lo hace obedeciendo al país imperial del norte. Sin embargo, lo que más nos interesa destacar aquí es cómo, desde los mismos inicios, Gómez se planteó “meter en cintura” a la población venezolana, usando mecanismos y argumentos similares a los de Guzmán Blanco, como ha señalado el mismo Pino (p. 41).

Papel similar al que habían desempeñado los intelectuales de finales del XIX durante los tres gobiernos de Guzmán, fue el jugado con creces en los albores del siglo XX durante la larga dictadura gomecista, por los historiadores positivistas antipopulares, especialmente por José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz y César Zumeta. Sus ideas y reconstrucciones historiográficas impactaron hasta la quinta década de ese siglo. Zumeta en particular juega un papel destacado intentando justificar la dictadura bajo el lema de “orden y progreso”.

Podemos concluir que para finales del siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX, es posible identificar *grosso modo* dos grupos de historiadores que, aunque todos estaban en general animados por las ideas positivistas en boga para el momento, tuvieron actuaciones distintas y fines diversos, en ocasiones francamente opuestos y antagónicos. Esta diversidad coincidió en esos momentos de la historia nacional contemporánea con las variaciones que presentaron los proyectos políticos-culturales nacionales que, al depender siempre de la dinámica de los bloques históricos de poder e intereses imperiales, requirieron de reajustes y precisiones, sobre todo para el final del siglo XIX y las primeras cuatro décadas del XX, que es cuando Estados Unidos emerge con fuerza como la nueva potencia imperial.

Podríamos decir que en el lapso entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX surgió un tercer grupo de historiadores, para nada positivistas, que denominaríamos nacionalistas y antiimperialistas, dentro del cual se manifestaron dos posiciones políticas: el nacionalismo antiimperial conservador y el nacionalismo antiimperial revolucionario. Incluimos a Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri dentro de la primera postura, y a Miguel Acosta Saignes y Federico Brito Figueroa —y algunos otros— en la segunda.

Los historiadores positivistas

La mayoría de historiadores de la época se mostraron como críticos nominales y eventuales del sistema político imperante, mientras coqueteaban con los politiqueros oficiales para que premiaran su sumisión con las migajas de un cargo público; usaron su pluma y talento para justificar y legitimar precisamente el sistema sociopolítico y económico, especialmente a cada gobierno de turno. Casi todos ellos llegaron a gozar de cargos oficiales, especialmente los diplomáticos. Dentro de esa mayoría podemos distinguir aquellos que eran orgánicos dentro del sistema puesto que, aunque todos actuaron animados nominalmente con las ideas de Patria, nación y soberanía, no podemos considerar que existió homogeneidad entre ellos. Dentro de este multicolor grupo destacaron muchos venezolanos ilustres y de manera singular Gil Fortoul, Zumeta y Vallenilla Lanz.

Un segundo grupo, ligeramente desfasado en términos cronológicos del anterior, estuvo integrado por aquellos historiadores que visualizaban el protagonismo de los diversos componentes étnicos del pueblo venezolano en el largo proceso histórico vivido por el país. Efectivamente, en las primeras cuatro décadas del siglo XX algunos historiadores venezolanos —tal como sucedió con Arístides Rojas, Alfredo Jahn, Julio César Salas, Lisandro Alvarado y Túlio Febres Cordero— se dan cuenta de que los conocimientos históricos tal como se habían organizado a finales del siglo XIX eran ineficaces para explicar lo que les era social contemporáneo. Es así que se adhieren a la corriente positivista en boga en la Europa del momento y logran cristalizar a nivel local un conjunto de ideas con marcado acento nacionalista. Este grupo se percata de que era necesaria una firme integración de la historia con lo social, realizar una historia ciertamente integral en la medida que no constituyese una suma de partes sino un todo que mostrara la vinculación y articulación de todos y cada uno de los factores socio-étnicos y culturales que habían dado origen y especificidad a la nación venezolana. Para ello les fue necesario incluir en los análisis la historia social, la cultural y la política y, también, la microhistoria así como a la antropología. En relación a este último punto es importante destacar que intentaron privilegiar la historia local-regional sobre la nacional, especialmente en el caso de Túlio Febres Cordero.

Pero aunque fueron varios los investigadores que consideraron necesario vincular la antropología con la historia para poder lograr análisis socioculturales, los primeros estudios histórico-etnológicos realizados con cierto rigor metodológico tienen la firma de positivistas como

Julio C. Salas y Lisandro Alvarado. Esos autores se abocaron a tratar con problemas culturales, antropológicos y sociológicos; intentaron rescatar el imaginario colectivo de la sociedad venezolana de aquel momento sobre todo en sus expresiones regionales y locales, basándose tanto en el rescate e interpretación de las manifestaciones materiales que constituyan testimonios de la historia de las sociedades indígenas precoloniales, como en el estudio de sus culturas manifestadas en las actitudes que asumían frente a la vida, sus diversas concepciones del mundo, incluyendo el pensamiento mitológico y las expresiones lingüísticas de las comunidades indígenas y campesinas pasadas y actuales. El asunto de las visiones y comportamientos de la élite ilustrada era visto por ellos como adjetivo *vis a vis* a lo popular, como ciertamente importante, pero vinculado más con Europa que propiamente con América en general y con Venezuela en particular, ya que concebían a las clases populares como las depositarias de los rasgos que permitirían definir una suerte de “auténtica venezolanidad”.

Con el trabajo de estos pensadores positivistas, el diálogo de la historia con la antropología insufló un aire renovador a la historiografía venezolana de finales del XIX y comienzos del XX, facultando a los historiadores para adentrarse también en la así llamada cultura popular, de manera de poder abordar otras prácticas culturales y de esa forma reconstruir las redes de relaciones sociales concretas que se habían expresado tanto en lo regional como en lo nacional.

Todos estos autores otorgaban a la historia un papel y función fundamentales, los cuales eran:

1. Desentrañar los orígenes y las vinculaciones culturales de nuestras poblaciones originarias con las del resto de Venezuela y con Suramérica.
2. Desvelar las formas como se dio la continuidad histórica y cultural de esas poblaciones ancestrales originarias, desde sus orígenes hasta el momento de la invasión europea.
3. Estudiar las costumbres, lenguas, religiones y demás características culturales de los indígenas del pasado y del presente para poder establecer, simultáneamente, una república marcada por el progreso social.
4. Conocer el papel de las sociedades originarias en el proceso histórico venezolano, pero conocerlo todo y no sólo un segmento del mismo, para poder asumir posiciones nacionalistas y a veces antiimperialistas.

Como vemos, esos pensadores positivistas visualizaban la historia como el sostén para crear una ideología que, al mismo tiempo que permitiría la preservación de las virtudes originales de nuestros aborígenes y también de nuestra herencia española, serviría de escudo frente a las influencias avasallantes de la sociedad anglo-norteamericana. “... hacer vida propia y poner más atención en lo nativo y no en lo extranjero”, aconsejaba Febres Cordero (1960, p. 249).

Entre los más representativos intelectuales del primer grupo resaltó José Gil Fortoul (1861-1943), quien destacó de manera manifiesta, además, por su utilización del conocimiento histórico en defensa y justificación de los gobiernos de finales del siglo XIX e inicios

del XX y en particular de la dictadura de Gómez a partir de comienzos de los años diez, actividad que compartió con César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz.

El apoyo y legitimación de Gil Fortoul a Gómez y al sistema le permitió ocupar numerosos cargos diplomáticos; como por ejemplo; cónsul de Venezuela en Burdeos (Francia); cónsul en Liverpool (Inglaterra); secretario de la Legación Venezolana en París; encargado de negocios en Berna, así como miembro de la representación venezolana en Suiza; cónsul en Trinidad; representante de Venezuela en la Segunda Conferencia Internacional Panamericana de México; ejerció cargos consular en París; fue encargado de negocios y ministro plenipotenciario en Berlín.

Esta serie de privilegios de la que gozó Gil Fortoul no cesaron con el advenimiento del gobierno dictatorial de Gómez; de hecho entre 1916 y 1924 representó a Venezuela como plenipotenciario ante el Consejo Federal Suizo, en la tramitación del laudo que debía resolver el problema limítrofe pendiente entre Venezuela y Colombia. En 1933 también fue ministro plenipotenciario de Venezuela en México, para la reanudación de las relaciones diplomáticas.

Los reconocimientos y la confianza de los que gozó a Gil Fortoul ante Gómez permitieron que en 1913 se encargara de la Presidencia de la República, pues era el Presidente del Consejo de Gobierno.

Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) fue también intelectual orgánico del sistema durante el gomecismo, condición que le permitió ocupar varios cargos diplomáticos

y ministeriales. En 1904 se desempeñó como cónsul de Venezuela en Amsterdam, mientras que en 1907 fue cónsul en Santander. Durante la dictadura gomecista fue designado superintendente de Instrucción Pública.

César Zumeta, por su parte, ocupó también varios cargos durante el régimen gomecista; representó al presidente Gómez en la Conmemoración del Centenario de la Independencia de Argentina; dirigió la organización y celebración del Congreso de Municipalidades; fungió como director de Política del Ministerio de Relaciones Interiores y realizó diversas labores diplomáticas, entre las que se destaca la representación de Venezuela ante la Sociedad de las Naciones Unidas. Para 1932, pasó a ocupar la presidencia del Congreso Nacional.

De todos estos historiadores, Vallenilla Lanz fue quizá el intelectual más orgánico en lo que refiere a sus aportes para sustanciar y reforzar la ideología antipopular que necesitaba el régimen gomecista para lograr una total gobernanza. Su obra *Cesarismo Democrático* (1983) refleja su profunda convicción de que carecía de sentido que Venezuela se plantease como objetivo la creación de un orden democrático-liberal con el pueblo que tenía el país, razón por la cual era necesario, no construirlo con él, sino imponérselo. La idea de progreso social que manejaba Vallenilla coincidía plenamente con la que había tenido la élite oligárquica de los momentos iniciales de la república. Vallenilla hace suyas estas ideas oligárquicas y las desarrolla aún más, y para el caso también lo hicieron todos los intelectuales que servían al régimen gomecista, que actuaron convencidos de que el pueblo venezolano no estaba preparado para vivir bajo formas políticas democráticas.

|6|

LA ARQUEOLOGÍA SOCIAL Y EL SENTIDO DE UNA HISTORIOGRAFÍA COMPROMETIDA

*Venezuela es roja, roja rojita,
con mi Comandante derrotamos a los fascistas²*

² Canción popular del pueblo chavista una vez logró derrotar en el mes de mayo de 2018, conjuntamente con el gobierno bolivariano y la Fuerza Armada, la conspiración fascista que inició la derecha en febrero de 2018.

Hasta 1999, la historiografía burguesa y la arqueología tradicional así como las instituciones oficiales eran hegemónicas en Venezuela; habían servido de plataforma ideológica para naturalizar las terribles condiciones materiales de existencia del pueblo venezolano y para apoyar la explotación capitalista, legitimando las bases materiales de dicha explotación que incluyen la dominación y explotación de la clase trabajadora, la explotación salvaje de la Naturaleza y el control y cosificación del cuerpo femenino y de su sexualidad, infravalorando el trabajo doméstico, el reproductivo y el de mantenimiento, y relacionándolos de manera natural y biológica con las mujeres, Vargas (2006, 2007, 2019).

A partir de la fecha mencionada, nos parece, fue cuando comenzó una toma de conciencia por parte de una mayoría significativa de historiadores/as y arqueólogos/as de la necesidad de participar activa y protagónicamente en el ámbito político en el proceso de construcción del sujeto revolucionario. Para que ello fuese posible, resultó evidente que Venezuela necesitaba que se diera una transformación en la investigación historiográfica que sirviera para desvelar las lecturas silenciadas en los textos usados para socializar a la población; que diera paso a una historiografía crítica la cual, basada en una lectura crítica de la historia proporcionaría una mirada distinta a los hechos históricos, mirada que se traduciría en la

base para generar y/o fortalecer la intencionalidad transformadora. Con ella sería posible, entonces, mostrar cómo el ocultamiento de las actuaciones de determinados agentes y de mayoritarios sectores de la población en el proceso histórico venezolano, incluyendo la definición de los hechos y personajes que se consideraban relevantes, se constituyó como uno de los instrumentos y recursos ideológicos que las élites emplearon para controlar a las grandes mayorías, y, en consecuencia, se desveló cómo la historiografía había constituido uno de los mecanismos ideológicos que fortalecían la reproducción de formas diversificadas de sometimiento.

Los cambios sociales que trajo aparejados la aparición de la Revolución Bolivariana estimularon la gestación de un espacio político-cultural donde la llamada *historia insurgente* y la *historia crítica* —incluyendo una antropología crítica— se unieron a la ya existente arqueología social, resurgiendo con brío y comenzando a generar, a su vez, nuevas líneas de investigación a realizarse no sólo dentro del claustro académico sino también fuera del mismo, en articulación con otros agentes sociales, esto es, las comunidades populares.

En el sentido anterior, pronto se hizo evidente una serie de ideas que algunos/as investigadores/as habíamos expresado de manera aislada unos de otros/as: que el proceso histórico venezolano nos permitía afirmar con toda claridad que la insurgencia del proceso revolucionario bolivariano era la presente conclusión de un largo proceso de lucha de clases que se inició desde el mismo siglo XVI cuando el territorio de la actual Venezuela fue invadido, lucha expresada en diferentes movimientos sociales y varios proyectos políticos cuya orientación era

poner fin al Estado liberal burgués que surge en el siglo XIX³ y crear una nueva institucionalidad que estuviese al servicio de la mayoría excluida y empobrecida por el proyecto político-económico-cultural de dicho Estado burgués, y que, al mismo tiempo, pusiese los destinos de la nación venezolana en manos de esa mayoría. Con el advenimiento de la Revolución Bolivariana se hizo claro que era necesario, imprescindible y demandante, construir una historiografía libre de las teorías e intereses coloniales, así como una arqueología verdaderamente social, liberadas ambas de la colonialidad del saber, Quijano (2000), comprometida con los intereses populares y con prácticas que revelasen cuáles han sido las relaciones de poder que han gobernado la producción y el flujo de ideas sobre el pasado. Ello incluyó propiciar asimismo lo que se ha denominado un “diálogo de saberes”, donde el conocimiento obtenido en las investigaciones académicas se complementa con el saber popular tradicional y viceversa; ambos se potencian entre sí para producir un relato histórico comprensivo y comprensible para los sujetos que importan.⁴

La Revolución Bolivariana ha creado instituciones, así como espacios políticos donde ocurre una investigación historiográfica —histórica y arqueológica— políticamente sensibilizada y comprometida que ha servido de alguna manera para orientar ciertos planes públicos de desarrollo social, incluyentes y participativos. Algunos resultados

-
- 3 Mencionaremos en este sentido los movimientos insurreccionales de indígenas y de esclavizados de origen africano del s. XVI al XIX, la Guerra Federal de mediados del siglo XIX, las luchas guerrilleras de la izquierda en el siglo XX, las luchas urbanas en contra la dictadura militar a mediados del siglo XX, entre otros alzamientos, protestas y rebeliones.
- 4 “La comunidad es la que establece el significado que tienen los diferentes bienes... Son las mismas comunidades las que pueden hacer entender mejor que existen derechos colectivos...que generan deberes colectivos...” Monedero, (2011).

de las investigaciones de la arqueología social y de la historia regional y local de los últimos 15 años, han venido jugando un importante papel en Venezuela, especialmente en lo que atiende a la definición y puesta en práctica de políticas públicas de naturaleza cultural que abarcan aspectos centrales para un proceso de transformación social como son aquellos que implican una nueva definición de lo que es el patrimonio histórico-cultural, definición en la que deben participar, y efectivamente participan, no sólo investigadores/as sino también las comunidades.⁵

Podemos decir, asimismo, que las versiones del pasado sancionadas por el poder burgués están siendo refutadas, creando otras, reinventadas otras, resemantizando otras cada día. Con su reconstrucción se han incorporado nuevos contenidos a la memoria histórica, diseñando nuevas formas de socialización política que afectan la subjetividad popular. Lo que se ha incorporado a la memoria gracias a las nuevas reconstrucciones es la propuesta de desaparición a las nocivas rupturas históricas que supuestamente ocurrieron y que han servido para separar y desvincular totalmente el pasado precolonial (y los aportes de sus poblaciones) del presente, asimismo las exclusiones de agentes sociales diversos —sobre todo indígenas, negros/as y mujeres—, los enfoques y las explicaciones eurocentristas en todos los órdenes de la vida, incluyendo las ideas racistas, las patriarcales y las clasistas. Destacan las luchas en contra de muchos reconocimientos que se realizaron a lo largo del siglo XX a personajes de origen europeo con terribles actuaciones durante la conquista y la colonia.

5 De la anterior definición de patrimonio para incluir sólo el construido y monumental se ha pasado a la aceptación de muchos saberes y bienes cotidianos, así como personajes, eventos y espacios populares del pasado.

Se ha incorporado por el contrario, la idea del pueblo venezolano como sujeto histórico, orientado hacia la búsqueda de su propia emancipación. De hecho, actualmente, asistimos en Venezuela a un panorama ideológico donde las ideas revolucionarias sobre la historia son protagónicas. En los nuevos centros de investigación oficiales como el Centro Nacional de Estudios Históricos (CNEH), el Archivo General de la Nación (AGN), los Museos Bolivarianos, el Museo Nacional de Historia, el Centro para la Historia Insurgente y la revista *Memorias* como instrumento difusor de ideas⁶, y con la presencia y actuación activa de arqueólogos/as sociales se ha comenzado a dar un control del conocimiento del pasado bajo premisas ideológicas y valores que ayudan al proceso revolucionario, un tratamiento detenido y fructífero de la temática política y la explícita voluntad de realizar un trato más cuidadoso de manera de propiciar “... la democratización real y efectiva de la memoria nacional...”. Esas instituciones intentan “... sacar la historia de los claustros... hacerla pública, es decir social.... Devolverla como conciencia de sí mismos a los miles de mujeres y hombres que la hicieron en los hechos y en el tiempo, es decir, el pueblo de Venezuela...” Además de estos, otros fines perseguidos son “... la masiva divulgación del

6 *Memorias*, publicación del CNEH desde enero de 2008, cuyo objetivo ha sido “democratizar la memoria”.

conocimiento histórico con el objeto de robustecer la conciencia social y política de la sociedad”.

Como vemos el objetivo fundamental ha sido tratar que los intereses de las clases populares —en tanto intereses comunitarios— colectivos lleguen a ser hegemónicos y se impongan a los intereses de las clases dominantes minoritarias. Ello ha ayudado, sin duda gracias a que el chavismo haya desarrollado dentro de las clases populares venezolanas una conciencia relativamente fuerte de la necesidad de autoorganizarse para la lucha política, de reflexionar sobre su propia situación de carencias materiales y sobre las condiciones reales necesarias para lograr su emancipación de manera autónoma; efectivamente, las acciones llevadas a cabo por esas instituciones renovadas han propiciado el pensamiento crítico dentro de importantes sectores de la población venezolana y la generación de una conciencia que les permitirá cuestionar el orden burgués existente, que les ayudará a comprender la realidad de su existencia y así poder transformarla en todos sus aspectos negativos. Igualmente, esa capacidad crítica les estimulará para plantearse preguntas que les permitirán el reconocimiento de que se trata de participar en una batalla de las ideas, las cuales constituyen en sí mismas una fuerza material.

Una historiografía y, obviamente una arqueología, comprometidas, con plena conciencia de su responsabilidad histórica con el momento actual que vive Venezuela, permiten dos cosas sumamente importantes: 1. Por un lado, condicionan que sean las comunidades las que propicien búsquedas investigativas determinadas por sus propios significados e intereses colectivos, y 2. Que el conocimiento social logrado por los estudios

académicos gracias a la definición de objetivos cognitivos transformadores permita conectar los movimientos políticos y sociales que buscan transformar su realidad social. Por lo anterior, la práctica historiográfica y la arqueológica requieren realizar un esfuerzo todavía mayor por conseguir nuevos conocimientos que sean útiles a los movimientos emancipadores. No debemos olvidar que la causa por la cual optamos, como siempre, es evidenciada por nuestra práctica.

La educación y la memoria histórica

Tenemos el íntimo convencimiento y la firme creencia de que para realizar las tareas que hemos señalado hasta el momento existe la necesidad de multiplicar los espacios para el debate ideológico que permitan desvelar cómo las relaciones sociales de dominación capitalistas han permeado, condicionado y en muchas ocasiones determinado la producción de un conocimiento historiográfico y, por lo tanto, también el arqueológico, a la medida de sus intereses, lo que llegó a conformar una situación de neocolonialaje durante todo el siglo XX, Quintero (1972), Brito Figueroa (1983), Vargas (1999, 2007). Asimismo, el actual proceso bolivariano ha de luchar —todavía más tenazmente— para construir e imponer nuevos elementos a la memoria histórica, populares y sobre todo veraces históricamente, de luchas continuas por la justicia y contra la dominación, para así poder dejar en el olvido la “mala memoria” burguesa (memoria que es “mala” en tanto falsa y mal intencionada). Nada de

lo anterior se logrará sin educación, razón por la cual el sistema educativo venezolano se encuentra actualmente en severo proceso de revisión. Tanto el relato historiográfico como los mecanismos educativos y sus contenidos resguardan la memoria histórica, la que sirve para propiciar los procesos de identificación de la población de cualquier nación. Ambos, historia y educación, constituyen el ancla con la cual los individuos construyen o se adhieren a un conocimiento de lo que es su país y de lo que son ellos y ellas.

Es precisamente ese proceso en el que se propone inculcar en la población venezolana cosas que nos parecen vitales y que tanto los historiadores/as como los/as arqueólogos/as comprometidos debemos tener presente para ayudar en la construcción del sujeto revolucionario y orientar las vías para su emancipación:

1. Que la arqueología social es algo más que un conjunto de prácticas y técnicas. Practicarla supone asumir una determinada visión del mundo. La nuestra está signada por la búsqueda de la paz, la justicia, la solidaridad y la equidad. Asimismo, por el antirracismo, el antipatriarcado y el anticlasismo.
2. Que la riqueza y diversidad de la historia nacional se ignora u oblitera cuando se trata de historiadores/as y arqueólogos/as que actúan alienados/as a los paradigmas neocoloniales, ignorando la importancia de recuperar los principios de la historia y la antropología de manera de poder exponer las contradicciones sociales expresadas en los documentos históricos, incluidos los sitios y las colecciones arqueológicas.

3. Que existen diversas posiciones y corrientes de pensamiento científico e ideológico que no son “ni libres ni autónomas”, sino que están condicionadas en su óptica por los intereses de diferentes clases y sectores sociales, enfrentados en variadas situaciones históricas particulares. Ninguna de ellas es neutra ni política ni ideológicamente.
4. Que la ambigüedad, la contradicción y la dispersión de las conceptualizaciones que sirven a los intereses de las clases opresoras tienen que ver con diversos factores que incluyen las limitaciones propias de las posiciones teóricas que las sustentan en el ámbito de la investigación científica; también con el hecho de que existe una inserción —orgánicamente muy poco precisa— de la investigación científica en las instituciones encargadas directamente de la ejecución de las políticas estatales, mediada por el mito ideológico de la asepsia política de la ciencia.
5. Finalmente, no deben olvidar que los/as arqueólogos/as y los/as historiadores/as somos seres sociales, condicionados por el contexto histórico y por el sistema socio-económico en el cual vivimos.

El poder popular y el uso social del conocimiento histórico

Antes de terminar nos parece pertinente abordar, aunque sea brevemente, el uso social actual

del conocimiento histórico en las políticas públicas venezolanas considerando dos aspectos:

1. La investigación arqueológica en sí y
2. La participación protagónica del poder popular, urbano o rural.

Destacamos una investigación basada en la noción de continuidad de los procesos históricos y del Poder Popular como manifestación de la sociedad completa la cual, organizada en consejos comunales y comunas, es la que debe asumir colectivamente la propiedad y el manejo de los medios de producción.

Los consejos comunales intentan servir para generar un sistema de autogobierno a partir de comunidades definidas. Dichos consejos comunales permiten el aumento de la organización y el fortalecimiento del poder popular a través de la participación de la gente de manera organizada. Todo ello propicia un incremento de la conciencia crítica, de la capacidad para cuestionar; sobre esto podemos mencionar, como un ejemplo, que los sectores populares ya lograron que se cambiase la primera versión de la Ley de Consejos Comunales, ejerciendo su poder, por estar en desacuerdo con parte de ella, cosa que un par de décadas atrás hubiese sido imposible.

Las comunas son organizaciones donde se integran varios consejos comunales, es decir, varias comunidades, incluyendo los territorios que éstas ocupan hasta conformar un territorio comunal. Tanto en los consejos comunales como en las comunas, el poder se construye desde abajo, siendo las máximas autoridades las asambleas comunitarias.

La investigación, por su parte, ocurre con un carácter transdisciplinario y abordando temas vinculados a

problemas significativos para la sociedad nacional, regional o local. La significación la otorga la realidad social, respetando siempre su condición comunitaria.

En el caso de las investigaciones arqueológicas deben ceñirse a la práctica de la arqueología social que determina —gracias a la definición de los objetivos cognitivos de la posición teórica que sostiene (marxismo)— el para qué, el para quién y el dónde, cuándo, a quién y cómo beneficia. Puesto que esas investigaciones se realizan generalmente en comunidades, es de esperar —como hemos venido señalando— que en la definición de esos objetivos cognitivos participen las mismas comunidades y no sólo los/as investigadores/as ceñidos a una “supuesta neutralidad de la ciencia”.

¡Hacer ciencia no es hacer política! ¡Qué sabe el pueblo de ciencia! dirían los científicos burgueses positivistas.

Como vemos, la construcción del pueblo como sujeto revolucionario en Venezuela, tarea todavía inconclusa, se ve acompañada por la también construcción efectiva, en proceso por parte de la sociedad venezolana, de un nuevo modo de vivir, un modo de vida, el modo de vida socialista. La construcción del socialismo en la etapa actual de desarrollo de la humanidad ha implicado para los/as historiadores/as y arqueólogos/as venezolanos/as realizar contribuciones desde el estudio de la historia como campo del saber a los procesos sociales transformadores, en una comunicación constante con los sectores populares comunitarios. También implica reconocer que dichos estudios se tienen que renovar conceptualmente, así como metodológica y epistemológicamente para conectar con las visiones actuales de esos sectores populares, vinculación que permitirá debates e intercambios entre ellos que enriquecerán los resultados.

La historiografía y la arqueología, por su parte, deben asumir un papel verdaderamente cultural, más preciso, más eficiente, que permita romper con el que les asignó la burguesía en el siglo XIX, lo cual implica dejar de ser una historiografía y una arqueología que siguen enraizadas en prácticas y en instituciones tradicionales al servicio de los intereses burgueses.

La nueva arquitectura socialista debe estar legitimada por una cultura revolucionaria y un imaginario que desplace la ideología capitalista de la alienación y la sumisión y se afineque en la inducción de los valores de la fraternidad, solidaridad, justicia, amor, reciprocidad, libertad e igualdad *que deben ser construidos y practicados día a día gracias a la participación protagónica de toda la población.*

|7|

ARQUEOLOGÍA SOCIAL
E HISTORIA REGIONAL:
CONTRIBUCIONES PARA
LA PARTICIPACIÓN
DEMOCRÁTICA EN
VENEZUELA. LA
INVESTIGACIÓN HISTÓRICA
Y LA CONSTRUCCIÓN DE
CIUDADANÍA

La vida debe ser diaria, móvil, útil y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenaas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sino inquirir la manera de hacer prácticas las útiles. Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más.

JOSÉ MARTÍ

La nueva ciudadanía: el pueblo como sujeto histórico

La inserción de los Estados nacionales dentro del orden mundial neoliberal ha sido hasta ahora un proceso traumático para la mayoría de los pueblos del llamado tercer mundo, los cuales han visto aparecer con más fuerza las peores condiciones de explotación social. Como respuesta, han surgido movimientos sociales contestarios de dicho orden, especialmente en América Latina. Un ejemplo de lo anterior es el caso de Venezuela, en donde —a partir de un proceso eleccionario democrático— las grandes mayorías secularmente oprimidas se encuentran enfrascadas en la construcción social de

nuevas formas de ciudadanía para garantizar la participación democrática de todos/as los/as venezolanos/as. En ese proceso, los resultados de las investigaciones de la arqueología social y de la historia regional y local han venido jugando un papel bastante importante, especialmente en lo que atiende a la definición y puesta en práctica de políticas públicas de acción social.

La revolución conservadora mundial, que en su momento fue llamado “nuevo orden mundial”, ha necesitado para lograr finalmente la desestructuración de los Estados nacionales modernos, vía la transformación de sus sistemas económicos, la definición de un tipo de ciudadanía, de un sujeto dominado de acuerdo con los intereses de esta nueva versión del sistema capitalista. Por ello, paralelo al proceso de transformación económica, en los llamados tercer y cuarto mundos, las políticas culturales imperiales —sobre todo a partir de finales del siglo XIX— han estado orientadas hacia la generación de grupos importantes de individuos colonizados en todos los otros aspectos de la vida, especialmente entre aquellos sectores de la población más afectados por las industrias culturales transnacionales. En realidad podemos decir que el nuevo orden mundial ha venido a ser, para los países menos desarrollados, una suerte de continuación de su pasado colonial, una nueva versión del colonialismo del siglo XVI, un neocolonialismo contemporáneo. El neoliberalismo es el retorno del colonialismo, el viejo “coco” que regresa con otra careta, porque las actitudes colonialistas no se han desvanecido en los antiguos centros de poder, todo lo contrario. Es por ello que los pueblos, para defender su soberanía, toman como arma defensiva su memoria histórica y sus identidades culturales y sociales.

A ese respecto dicen los/as psicólogos/as sociales que “la identidad social es una producción ideológica afincada en la historia; coexiste con la identidad personal y supone una conciencia social” (Lanneau, 1980, citado por Montero 1995 p. 63). Constituye el “...**mecanismo que refuerza la solidaridad, galvaniza la energía y unifica la acción colectiva**; surge en la vida cotidiana como producto de las percepciones y experiencias que ocurren en un contexto social en circunstancias que configuran una historia común, compartida por el grupo”. (*idem*, negritas nuestras).

Para oponerse a lo anterior, en los últimos dos siglos el capitalismo ha creado “**nuevas historias a partir de viejos rostros**” (*idem*, negritas nuestras), como manera de legitimar determinadas formas de comportamientos y de imaginarios colectivos en apoyo a un concepto de identidad, a una narrativa historiográfica que enfatiza la noción del individuo soberano. En efecto, las historias oficiales nacionales de los países del tercer mundo, y de los latinoamericanos en particular, han estado caracterizadas por la presentación de sus procesos históricos como una acumulación lineal de eventos, personajes singulares, batallas y fechas, destinadas a enmascarar las causas reales del cambio histórico y a legitimar imágenes negativas que supuestamente han estado asociadas a los orígenes sociales de los pueblos de esos países. Esas narrativas historiográficas se han visto paulatinamente sustituidas por nuevas versiones que responden a los intereses de las oligarquías gobernantes y de las burocracias políticas —en tanto que agentes locales de las estructuras globales de poder, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— son estructuras que

identifican los intereses de esos agentes con los nacionales, Vargas (1999), Vargas y Sanoja (1993).

Todo lo anterior ha servido en América Latina para justificar la reedición del proceso colonizador que inició el imperio español a finales del siglo XV, que hacen los centros imperiales de poder a través de aquellos individuos que se consideran herederos directos o indirectos de las estructuras de poder y propiedad que se crearon a partir del siglo XVI. Esos supuestos herederos han controlado a las poblaciones mediante Constituciones nacionales que han escamoteado los derechos civiles de las mayorías, y han generado a través de sus intelectuales “nuevas” historias oficiales, al mismo tiempo que han contribuido a desestructurar los Estados nacionales latinoamericanos, y a generar de una ideología que refuerza el proceso de dominación neocolonial, combinada con programas de interferencia cultural provenientes de las industrias culturales transnacionales imperiales. Ello ha servido para garantizar la gobernabilidad de los distintos pueblos latinoamericanos y la sumisión de sus gobiernos a los dictados imperiales, gracias a la adhesión de importantes segmentos de esas poblaciones a valores capitalistas como el individualismo, el egoísmo y el consumismo.

La mayoría de aquellos antivalores existentes son productos de la acción sostenida de los laboratorios de las transnacionales de las industrias culturales, las cuales aplicaron durante todo el siglo XX, especialmente a partir de mediados de siglo, todos los mecanismos generadores de sentido para propiciar la aparición de colectivos alienados, entorpeciendo la creación del sujeto revolucionario, o sea de un sujeto consciente y reflexivo que derrote la aceptación y la popularización de aquel

conjunto de antivalores culturales que se introyectan a la persona a través de las industrias del entretenimiento.

Las nuevas formas de colonialismo han estado destinadas, pues, a la destrucción metódica de todas las estructuras colectivas mediante el estímulo a las formas individualistas de comportamiento; por esa razón todas aquellas acciones se han concitado para debilitar o abolir las referencias a las solidaridades colectivas milenarias, con la consecuente atomización de los/as trabajadores/as, de los sindicatos, de las asociaciones, de los gremios, las cooperativas y hasta de la familia.

En la actualidad, sobre todo durante el siglo XX, nuestro pueblo ha actuado con valentía ante las vicisitudes y turbulencias que ha enfrentado causadas por las políticas imperiales y la neocolonización de sus gobiernos a pesar de tener, en gran medida, un pasado sin memoria. La ausencia de la memoria histórica es imputable a la condición de alienación que hasta esa fecha había sufrido la mayoría de los/las historiadores —por supuesto con sus excepciones— quienes han producido una historiografía acrítica, supuestamente apolítica y neutra.

En el último tercio de ese siglo, el pueblo venezolano sufrió intensamente hambre, abandono y miseria gracias a las políticas del neoliberalismo económico implementadas en el país por los gobiernos del puntifijismo, situación que cambió con el advenimiento de la Revolución Bolivariana en 1998. Fue con la Revolución Bolivariana y gracias a la visión del Presidente Chávez quien fortaleció el proceso de rescate de la memoria histórica nacional para que el conocimiento de la historia sirviese como generador de una ideología revolucionaria que estimulase en los colectivos la gestación de una identidad social de

signo revolucionario, identidad que interviene directamente en la construcción de ciudadanía y que afecta de manera fundamental la participación democrática.

Planteamos, entonces, que la investigación histórica y el conocimiento del pasado son factores fundamentales para la generación de una identidad social, étnica y cultural. Afirmando, asimismo, que los procesos de identificación social positiva en los colectivos regionales y nacionales constituyen un elemento central de lucha en contra de la neocolonización, Vargas (2005, 2007), Vargas y Sanoja (2004).

Papel de la historiografía y la arqueología en la construcción del sujeto revolucionario

Antes de desarrollar este punto, creamos conveniente establecer algunas premisas básicas que guían nuestra propuesta teórica sobre este tema:

1. Suscribimos las ideas de Gándara (2008) sobre el concepto de posición teórica, quien plantea que: “Podemos definir una posición teórica como el conjunto de supuestos valorativos, ontológicos, epistemológicos y metodológicos que orientan el trabajo de una comunidad académica para la construcción de teorías sustantivas”.
2. Según Gándara, una posición teórica está integrada por cuatro áreas constitutivas: la valorativa, la ontológica, la epistemológica y la metodológica. De éstas, las dos centrales son la valorativa y la ontológica. En este trabajo nos referiremos, fundamentalmente, al área valorativa.

3. En la valorativa están los supuestos que tienen que ver con el “para qué y para quién” de la actividad científica. Son los supuestos éticos y políticos que permiten seleccionar qué problemas son los relevantes, por qué, y a quién beneficia su solución.
4. El primer elemento dentro de esta valoración es el tipo de conocimiento —o más precisamente, la meta de ese conocimiento— que se persigue. Gándara denomina “objetivo cognitivo” u “objetivo cognoscitivo”, al objetivo de conocimiento que se persigue.
5. Señala Gándara que la posición teórica normalmente tiene algún tipo de manifiesto o declaración de principios que establecen la justificación ética y política de los objetivos cognitivos perseguidos y del conjunto en general de la propia posición. Apunta además que una posición teórica completa aborda esta cuestión de manera frontal. Advierte que la idea de que puede haber posiciones teóricas apolíticas no es sino una manera de decir que hay posiciones teóricas ingenuas, cuya postura política no está clara.

Con estas ideas de Gándara en mente nos permitimos establecer —para el tema que nos convoca— un conjunto mínimo de principios:

- a) No es posible teorizar sobre los datos arqueológicos y los datos históricos independientemente de la teoría de la historia. “La arqueología busca conocer la realidad social como una totalidad en devenir, como referencia para la explicación de los distintos aspectos parciales de la misma” (Bate, 1998, p. 45).

- b) Vivimos en una sociedad dividida —entre otras dimensiones sociales— en clases, “cada una con diversos intereses económicos, políticos y culturales, que definen objetivos prácticos y cognitivos no sólo diferentes, sino también contradictorios hasta el antagonismo” (*Idem*, p. 26).
- c) La posición materialista dialéctica asume la existencia, cognoscibilidad e independencia de la realidad en relación con las capacidades, intenciones o posibilidades cognitivas del sujeto, Gándara (2008).
- d) Para la posición teórica ese conocimiento no es contemplativo ya que persigue la transformación social. Este principio incide directamente en la definición de objetivos cognitivos que menciona Gándara.
- e) La investigación histórica y el conocimiento del pasado son factores fundamentales para la generación de una identidad social, étnica y cultural.
- f) La identidad social, étnica y cultural constituye una ideología unificadora y, junto a la conciencia histórica, deviene como muy importante en procesos revolucionarios y de transformación social.
- g) Los procesos de identificación social positiva en los colectivos regionales y nacionales constituyen un elemento central de lucha en contra de la neocolonización. No olvidemos que la conciencia social es inseparable de la práctica del ser social.
- h) Puesto que el objeto sustantivo de la investigación arqueológica es el conocimiento del desarrollo histórico de las sociedades, en la práctica de la arqueología marxista se persigue ese conocimiento

con el fin de utilizarlo en la solución de problemas sociales contemporáneos como es el caso de las luchas anticoloniales. Es clave para ese fin, lograr la definición del pueblo como sujeto histórico.

|8|

LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO

Las historias regionales y locales y su aporte a las luchas anticoloniales y contra la ideología neocolonial

Las historias regionales cumplen con la función de “mantener la vinculación de los hombres y mujeres con sus raíces, con la historia de su vida cotidiana (Medina Rubio, 1983, p. 8-9). Sacan a la luz los hechos de la vida menuda que nutren con sus pequeñas gotas el agua de los ríos de las historias nacionales, que van a engrosar el caudal de los océanos abisales de la historia-mundo. Es precisamente por estas razones que podemos afirmar que los/as historiadores/as latinoamericanos/as han jugado un papel central en la creación de la ideología neoliberal, tal como lo hicieron algunos de ellos/as en el pasado cuando comenzó a surgir Venezuela como un Estado nacional moderno en 1830. Esa historiografía que denominaremos aquí como tradicional, realizada hasta ahora generalmente por historiadores/as al servicio de los intereses de las burguesías han producido textos que silencian o camuflan el sufrimiento de pueblos enteros con el objetivo de presentar una supuesta “verdad” que, si bien puede convencer a muchos/as, conviene sólo a unos/as pocos/as.

Los resultados de la investigación histórica deben conducir nuestras acciones en la lucha antineocolonial.

En tal sentido, las investigaciones deben orientarse hacia la producción de libros, textos y recursos audiovisuales que refuercen el conocimiento de la historia real y las culturas que se expresan en una región, de manera que se puedan crear alianzas y propiciar actitudes participativas en los colectivos. En relación a esto, es necesario aclarar que los relatos historiográficos regionales y locales productos de ese tipo de investigación deben ser algo más que instrumentales, vale decir, deben ir más allá de la sola recopilación de documentos escritos, recuperación de colecciones arqueológicas y similares y su descripción. Deben estar imbuidas de la idea de que es preciso aportar elementos que pueden devenir símbolos y claves históricas capaces de crear en el pueblo lealtades y sentimientos de pertenencia y adhesión. Este factor está ligado a la posibilidad de rebatir la falsa disociación que ha establecido la investigación funcionalista y positivista entre la expresión simbólica y la praxis social transformadora.

El reconocerse en determinados símbolos por parte de los colectivos sólo podrá darse si las investigaciones históricas permiten conocer las historias de lo cotidiano, fundamentalmente la vida de la gente común, para cuyo logro los/as historiadores/as regionales y locales se encuentran en situación privilegiada. Ese conocimiento histórico debe producir descripciones y explicaciones del orden social visto “desde abajo” Thompson (1989). Ello quiere decir que las investigaciones históricas no deben ser sólo anecdóticas y triviales, como sucede con muchas de ellas; por el contrario, deben presentar los logros de la masa trabajadora y no mostrarla como una mano de obra inerte, guiada por elegidos. Las investigaciones, en consecuencia, deberían demostrar cómo las clases populares

y las dominantes tienen visiones alternativas de la vida y mostrar la gradación histórica de sus necesidades.

Tal como señala Thompson:

... *no* podemos presentar a las clases populares solamente como ignorantes, llenas de supersticiones. Sus levantamientos, sus protestas, sus resistencias suponen también solidaridades de clase. Es dentro del campo de fuerza de la clase donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos; es donde se dan las defensas contra las intromisiones de los dominantes. Esa gente se mueve y experimenta los azares, avatares y accidentes de la vida que no se pueden prescribir o eliminar mediante la previsión. Son accidentes más allá de todo control. De ello que la experiencia o la oportunidad se aprovecha donde surge la ocasión. (1984, pp. 50-51).

Al mismo tiempo, las regionales deben ser historias que reviertan la visión estereotipada y parcial de la sociedad que han comunicado las historias oficiales y estimulen la reflexión sobre la propia distintividad cultural regional, propiciando la idea de colectivos y usando los innumerables ejemplos históricos sobre formas de su participación democrática.

Toda historia nacional, a pesar de su carácter burgués, es una síntesis de las historias regionales y locales en la que se encuentran presentes elementos para la gestación de una ideología verdaderamente democrática. Si bien es cierto que tales elementos no se encuentran todavía totalmente desarrollados, debemos partir de ellos propiciando su reflexión.

Las investigaciones históricas regionales deben desvelar, entonces, la manera cómo han operado los mecanismos de opresión y las ideologías que los encubren y legitiman, propiciar el conocimiento sobre el papel que han jugado los distintos grupos sociales regionales en la estructuración de la nación, como un todo diverso al mismo tiempo que integrado. Deben abocarse, igualmente, hacia la consecución racional de fines colectivamente elaborados y aprobados, la producción y defensa del interés público y el rescate de los valores regionales y universales asociados a la idea de público, entendido éste como colectivo social, pues, como ya hemos señalado, la existencia de una historia compartida es crucial para la gestación de una identidad social positiva. Ello significa usar el conocimiento de la historia real, sea regional, local, nacional o continental, como factor estructurador de un nuevo tipo de individuo, donde las historias regionales pueden eventualmente generar identificaciones que organicen a los grupos sociales que las poseen en líneas de acción políticas no nacionales, como paso previo a cualquier acción política de carácter nacional.

El papel de la historiografía y la arqueología en la construcción del sujeto revolucionario venezolano.

El pueblo venezolano, creemos, es el sujeto histórico para la transformación. Ese pueblo venezolano pobre y oprimido, zambo, negro, blanco, mestizo e indígena, conformado por hombres y por mujeres ha padecido, ha

sufrido por siglos las secuelas de la implementación de una ideología expresada en esa historiografía tradicional, manifestada en hambre, miseria, falta de servicios básicos, de salud, etc.

Para la construcción del sujeto revolucionario, la Venezuela actual necesita de una transformación historiográfica que desvele las lecturas silenciadas en los textos usados para socializar a la población; que dé paso a una historiografía crítica la cual, basada en una lectura crítica de la historia proporcionaría una mirada distinta a los hechos históricos, mirada que se traduciría en la base para la intencionalidad transformadora. Con ella sería posible, entonces, mostrar cómo el ocultamiento de las actuaciones de determinados agentes y de mayoritarios sectores de la población en el proceso histórico venezolano se constituyó como uno de los instrumentos y recursos ideológicos que las élites emplearon para controlar a las grandes mayorías. Asimismo, cómo la historiografía ha formado parte de los mecanismos ideológicos que han fortalecido la reproducción de formas diversificadas de sometimiento.

Analizando brevemente el proceso histórico venezolano de independencia, desde hace doscientos años hasta el presente, podemos decir que han habido varios momentos cuando el pueblo venezolano comenzó a tomar conciencia de tal, es decir, tuvo autoconciencia de sí como pueblo-sujeto y, por lo tanto del papel que podía jugar en su propia liberación.

En relación al conocimiento de tales momentos, podemos afirmar que cuando hacemos investigación desde la arqueología social, existen diversas intencionalidades en cuanto a los objetivos de la práctica en

la que se participa. La magnitud de los problemas que implica la práctica política requiere de un conocimiento que refleje de la manera más precisa la gran complejidad del movimiento de la sociedad concreta que se pretende transformar. De ello dependerá la claridad en la previsión de los fines de la praxis y la mayor adecuación entre tal previsión y los resultados objetivos de la misma. Por ello es que la finalidad del conocimiento científico como condición subjetiva de la acción —desde una concepción dialéctica materialista del proceso de conocimiento—, es alcanzar una explicación racional de la multideterminación concreta de la realidad. La práctica no se enfrenta a entidades abstractas y de ahí que una concepción reduccionista que se limitara teóricamente a las abstracciones generalizadoras —aún en el terreno de la teoría marxista— es insuficiente y limitante de las posibilidades de una transformación efectiva de la realidad, Bate (1998).

Los resultados de las investigaciones de la arqueología social y de la historia regional y local han venido jugando en Venezuela un papel relativamente menor, especialmente en lo que atiende a la definición y puesta en práctica de políticas públicas culturales. Sin embargo, queremos destacar que a juzgar por los trabajos publicados por arqueólogos/as sociales latinoamericanos/as, los intereses más inmediatos están vinculados al análisis de las formas que adquieren las luchas sociales en América Latina en la actualidad. Los conflictos nacionales y las luchas anticolonialistas y antiimperialistas han recibido mayor atención, principalmente, en las investigaciones sociológicas y de las ciencias políticas.

Tenemos el íntimo convencimiento y la firme creencia de que para realizar las tareas que hemos señalado hasta el momento existe la necesidad de crear los espacios ideológicos que permitan desvelar cómo las relaciones sociales de dominación capitalistas permean, condicionan y determinan la producción del conocimiento histórico y, por lo tanto, el arqueológico, lo que conforma una situación de neocolonialaje.

Venezuela necesita construir una historiografía libre de los paradigmas coloniales, y una arqueología verdaderamente social, liberada, comprometida con los intereses populares, que revele cuáles son las relaciones de poder que gobiernan la producción y el flujo de ideas y construir programas de acción con y para el pueblo. Sólo de esa manera podremos los/as arqueólogos/as sociales producir mensajes que sirvan para que nuestro pueblo sistematice colectivamente el esfuerzo para acceder al flujo revolucionario de las cosas, y nosotros/as podamos asumir junto a ése, nuestro pueblo, la construcción de un destino de unidad, libre, justo, soberano.

Podemos concluir que la construcción del pueblo como sujeto revolucionario depende tanto de la investigación histórica como la arqueológica social en tanto ambas se planteen claramente el “para qué y para quién” de su actividad científica. Que asuman supuestos éticos y políticos que les permitan seleccionar los problemas relevantes para esas investigaciones; que estén orientados coherentemente a contribuir con la solución de los problemas sociales actuales, de manera de colaborar con la transformación de la presente sociedad capitalista injusta, excluyente, patriarcal y racista. Deben estar imbuidas de la idea de que sus aportes suponen la obtención de

elementos que pueden devenir símbolos y claves históricas que tienen el poder de crear lealtades y sentimientos de adhesión y pertenencia. El reconocerse en determinados símbolos por parte de los colectivos sólo podrá darse si las investigaciones históricas permiten conocer las historias de lo cotidiano, fundamentalmente la vida de la gente común, para cuyo logro los/as historiadores/as regionales y locales se encuentran en situación privilegiada. Ese conocimiento histórico debe producir descripciones y explicaciones del orden social visto “desde abajo”, Thompson (1989).

El pueblo como sujeto

Al decir de Dussel (2007) “... es la ‘auto-conciencia del pueblo’, (el “pueblo para-sí”) lo que le permitirá devenir al actor colectivo y constructor de la historia futura: el consenso crítico del pueblo como disenso ante el antiguo consenso devenido por una ideología de dominación a través de una praxis represiva del bloque histórico en crisis de legitimidad. De esta manera lo “popular” es lo propio del “pueblo” como *plebs*, como actor colectivo (no como “substancia”) que recorre metafísicamente la historia como “sujeto histórico” (pp. 6-7).

Estas ideas del pensador argentino-mexicano nos permiten plantear que para que el pueblo venezolano logre su emancipación, necesita conformarse antes que todo como un pueblo-sujeto; requiere devenir un “pueblo para-sí”, adquirir la autoconciencia de su condición de pueblo y como tal su papel como actor colectivo. Y para ello,

tal como apunta Dussel, la autoconciencia de pueblo es el resultado que se da “desde la memoria histórico-popular que trasciende el sistema capitalista” (p. 8).

Estamos conscientes que el explicar hechos históricos y actuales de la realidad por sí sólo, no basta para que se logre crear cambios en la conducta y personalidad de los individuos, es decir, que sólo mediante saberes se forman y desarrollan los valores democráticos. No basta con la comprensión y mucho menos con una información pasiva, ni tampoco con actitudes conducidas sin significación propia para las personas. Se trata de alcanzar comportamientos como resultado de aprendizajes conscientes y significativos en lo racional y lo emocional, educar en valores a través de conocimientos, habilidades de valoración, reflexión en la actividad práctica con un significado asumido.

La arqueología social latinoamericana y la construcción del sujeto

La llamada arqueología social latinoamericana constituye una síntesis de los conocimientos madurados a lo largo de años —mediante discusiones en diversos escenarios— por un grupo de intelectuales latinoamericanos, en donde convivían distintas tendencias del materialismo histórico. Esas discusiones, que fueron posibles gracias a la iniciativa de Luis Felipe Bate a partir de 1983, nos permitieron desarrollar un marco teórico integrado por categorías históricas que pretendían enriquecer las del marxismo clásico, para abordar un objeto

de estudio al cual éste no había dedicado especial atención. Es así como el grupo elaboró una serie de hipótesis explicativas sobre las formaciones sociales precoloniales americanas que orientaran las investigaciones arqueológicas, y asumió la tarea de tratar de visualizar cómo el conocimiento generado por tales investigaciones incidía en la comprensión de los procesos políticos contemporáneos. Es por ello que nuestras actuaciones, si bien no están hoy día desvinculadas del mundo científico académico, han entrado de lleno también en el mundo político de nuestros respectivos países; al fin al cabo, todos y todas compartíamos una visión del quehacer científico no para fines puramente académicos, sino al servicio de la necesaria transformación social.

Modo de vivir, modo de existir

Existir socialmente es algo más que vivir como ser biológico; asumirnos no sólo como actores y actrices sociales, sino como sujetos, vale decir, seres que conscientemente descubrimos perspectivas y prácticas que cuestionan hegemónías, que reconocemos la significación de las diferencias, que generamos sistemáticamente comprensiones críticas de las corrientes políticas contemporáneas que agitan y mueven a los pueblos que luchan por su liberación.

La vida social se expresa en la realidad como diversos y particulares modos de existencia que responden en lo concreto con la red de actividades que reflejan la organización social, la producción material y la conciencia,

así como los condicionamientos que ofrece el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y unas relaciones sociales que las califican. La categoría modo de vida nos acerca a la explicación de lo concreto cuando nos permite entender los comportamientos históricamente creados hacia la Naturaleza, así como también las conductas de los agentes sociales en la práctica social de su cotidianidad, ya sea al interior de una misma sociedad, ya sea entre agentes de distintas sociedades; esto último constituye un factor de gestación de líneas históricas particulares de desarrollo.

El modo de vida como categoría integradora de los más disímiles aspectos de la vida social constituye una importante herramienta teórico-metodológica para la planificación social y económica de un país, especialmente para la realización de su política social. El desarrollo social es condición del desarrollo económico, y muestra la profunda naturaleza dialéctica que tiene el proceso de interrelación de lo económico y lo social. Por su carácter para explicar lo particular es, precisamente, la categoría que permite investigar, analizar e interpretar justamente la interdependencia entre los niveles alcanzados en el crecimiento económico y en el desarrollo social; sirve además para pronosticar los niveles por alcanzar en el futuro.

Los valores y aspiraciones sociales de un pueblo crecen por la influencia que ejerce el avance del desarrollo político-social y demandan parámetros más elevados del crecimiento económico que sólo pueden ser resueltos por la elevación del rendimiento de los/as trabajadores/as que producen la riqueza social, sin cuyos resultados el desarrollo social sería una aspiración irrealizable. La categoría

modo de vida tiene la capacidad de expresar ese complejo proceso, tanto en su necesaria vinculación con lo global como en forma diferenciada, gracias a su carácter particular y su vinculación con la categoría general Formación Social, Bate (1978), Vargas (1990, 1998).

Cotidianidad, modos y submodos de vida, modos de trabajo y de cooperación

La categoría modo de vida permite correlacionar las condiciones y los resultados de la actividad vital del ser humano, sus valores, las relaciones sociales que se establecen en la realización de las actividades sociales diarias, así como la garantía de sus derechos. Es una categoría que sirve de puente entre la de formación económico social y la categoría cultura que la expresa fenoménicamente, Bate (1978). La práctica social tiene una connotación de actividad cotidiana inmediata, de manera que el modo de vida permite estudiar los cambios sucesivos que se van realizando en el desarrollo de la formación económico social en cuanto a las actividades del sujeto y las condiciones para su realización, y sirve a la vez como instrumento explicativo de la interrelación recíproca de los distintos aspectos de la realidad inmediata y de los hitos histórico-sociales, enmarcados en largos períodos de tiempo.

La producción de la vida material de un modo de existencia puede llegar a diferenciarse internamente bajo formas específicas de la producción que expresan calidades diferentes en las relaciones sociales de producción

y constituyen líneas de estructuración de la formación social. Esas diferenciaciones, o submodos de vida le confieren a cada formación social una dinámica diferencial.

La dinámica interna de un modo de vivir está marcada por las formas y la jerarquización de las actividades sociales que le imprimen los agentes sociales, por su intensidad, condicionadas todas ellas por las posibilidades reales que ofrece cada modo de vida y reguladas por el proceso de socialización, su origen, motivaciones, gustos, inclinaciones y muchas otras en donde destacan aquellas actividades que permiten la apropiación de la riqueza social y las valoraciones del sujeto del modo de vida. Estas últimas la constituyen los criterios, opiniones, perjuicios, estereotipos, normas morales, principios, ideales, anhelos espirituales, a partir de los cuales el sujeto orienta su actividad vital y elige los medios y objetos para satisfacer sus necesidades.

Los modos de trabajar, concebidos como la esfera material de una totalidad social particular, constituyen los modos específicos como se organiza la vida cotidiana de cada modo de vivir, las diversas modalidades de la producción dentro de un sistema dado de relaciones sociales de producción; y todo ello se ve cimentado por las valoraciones, las ideologías, por los símbolos manejados, por los sentimientos de pertenencia y solidaridad que la actividad social común propicia entre aquellos/as que trabajan. Lengua, giros dialectales, tradiciones técnicas, tradiciones laborales, especificidades del objeto de trabajo, destrezas, carismas, gestualidad, etc. marcan culturalmente a cada modo de trabajar, Vargas (1998). “Los modos de trabajo expresan el conjunto de procesos de trabajo concretos que una sociedad particular realiza

dentro del marco de un mismo modo de cooperación” (Marx y Engels, 1982, p.29); constituyen unidades orgánicas donde existe un sistema de procesos de trabajo en donde uno en particular le asigna a los demás su rango e influencia.

Los aportes de las investigaciones de la arqueología aocial y la historia regional para la transformación social en Venezuela

Los resultados de las investigaciones arqueológicas realizadas desde la posición teórica de la arqueología social y desde la escuela de pensamiento que favorece la historia regional y local han permitido hasta ahora ofrecer una reconstrucción histórica que supone una visión alternativa a las funcionalistas, con miras hacia la construcción futura del socialismo venezolano. En tal sentido se han reivindicado varios ejes temáticos que habían sido excluidos sistemáticamente por la arqueología y la historia funcionalistas:

Los proyectos de historia regional:

1. Uno de los aportes teórico metodológicos relevantes es el de los proyectos transdisciplinarios de investigación regional, ya sean arqueológicos o de historia documental. El objeto de los mismos es el estudio de la sucesión de modos y submodos de vida en una región determinada, desde las sociedades más antiguas hasta el presente, determinando cómo los procesos de cambio histórico han condicionado e influido en la conformación

de la sociedad contemporánea. Ello permite explicar más claramente la variedad de procesos de cambio histórico, así como de singularización cultural.

2. Rescate de la rica historia precolonial como expresión de modos de vida y culturas socialistas originarias, que pueden y deben ser resemantizados a la luz de la condición histórica actual. Se enfatizan los valores sociales del cooperativismo, la solidaridad y la reciprocidad que normaban las relaciones sociales de dichas sociedades. A tal efecto se ha trabajado con síntesis historiográficas de las investigaciones acumuladas, especialmente las de los últimos 40 años.
3. Reivindicación de la diversidad cultural, opuesta a la homogenización criolla burguesa que proclama y defiende la historiografía tradicional, a través de la reconstrucción histórica de los aportes y logros tecnológicos, conservadurismo ecológico, manifestaciones de solidaridad social y otros aspectos socioculturales de las sociedades indias precoloniales y contemporáneas, de las comunidades de negro venezolanos/as coloniales, de las sociedades campesinas tradicionales modernas y de la población popular urbana contemporánea.
4. Rescate de la noción de participación colectiva en la construcción de la nación, sin dejar de lado a ningún componente étnico-cultural o de género. Se han destacado los aportes de colectivos anónimos, reconstruidos con base a las categorías modo de vida, modo de trabajo y vida cotidiana que ha utilizado la arqueología social y la historia regional

y sobre todo la local. Este rescate se ofrece como alternativa a la reconstrucción histórica tradicional de personajes individuales, generalmente masculinos, batallas, fechas e instituciones coloniales.

5. Recuperación de las reconstrucciones históricas de revueltas, rebeliones, protestas y resistencias populares coloniales y republicanas como expresiones de la lucha anticolonial y antiimperial. Así mismo, de las luchas más recientes (siglos XVI-XX) de distintos colectivos: movimientos guerrilleros, frentes urbanos, uniones de mujeres, movimientos estudiantiles, movimientos indígenistas, movimientos sindicales, movimientos campesinos, etc.
6. Desmontaje de la ideología auspiciada por los/as intelectuales orgánicos del sistema burgués —fundamentalmente historiadores/as y antropólogos/as— que ha propiciado en la población venezolana el autodesprecio, la vergüenza étnica y la baja autoestima gracias a la internalización a través de la educación de estereotipos negativos del ser venezolano, supuestamente atávicos.
7. Reconstrucción histórica de los modos de trabajo precoloniales, coloniales y republicanos tempranos como marco que explica la presencia de formas culturales contemporáneas de cooperación solidaria, presentes en las comunidades campesinas y entre los sectores populares urbanos, especialmente en lo que refiere a su impacto en la estructuración de los núcleos de desarrollo endógeno y consejos comunales que promueven los planes sociales bolivarianos.

8. Rescate de las redes transversales de solidaridad características de las estructuras familiares matri-céntricas urbanas, especialmente las comunidades domésticas, dentro de las cuales existen formas democráticas en la toma de decisiones.

La construcción social de ciudadanía en la Venezuela Bolivariana

Puesto que el concepto de ciudadanía se construye socialmente, la educación, en sus distintos niveles y formas, constituye el mecanismo de socialización fundamental para tal construcción. En ésta, la conciencia política está indisolublemente conectada, interviniendo directamente en los mecanismos sociales de exclusión-inclusión, gracias a su vinculación con la construcción de la identidad social que determina las formas de conducta colectiva.

La construcción de ciudadanía a partir de la educación burguesa ha tratado de reproducir un sistema signado por la asimetría social con base a las clases. Ha pretendido construir un tipo de individuo con una conciencia social que no altere la reproducción material e ideológica del proyecto político del bloque de poder dominante. Con base a lo anterior, el fin primordial de la educación burguesa ha consistido en reproducir ese tipo de individuo sin alterar cualitativamente a la sociedad. Por eso, los “cambios” inducidos son concebidos sólo desde un punto de vista numérico, cuantitativo. Y aunque tales cambios son importantes a la hora de transformar

la cualidad, se han quedado sólo en “cambios cosméticos” gracias a que la educación burguesa ha intervenido tanto en la creación como en la reproducción de los/as ciudadanos/as en la medida de que se trate de personas “adaptadas”, es decir, que no perturben la realidad social, que no sean agentes transformadores. Ello se ha logrado propiciando la acriticidad, vale decir, aceptar el modelo social sin cuestionárselo.

Con el proceso anteriormente señalado, la educación burguesa ha pretendido “eliminar” las contradicciones sociales mediante su ocultamiento, al introyectar en las mentes colectivas determinadas nociones que propician la falsa idea de que “todos y todas somos iguales” y podemos ascender en la escala social gracias a nuestra propia voluntad, pero sólo como individuos, no de manera colectiva. Los que no logren tal cosa, son los no adaptados y por lo tanto no son ni merecen ser ciudadanos/as, mientras que los que sí se adaptan, son “los verdaderos ciudadanos” pues avanzan y escalan posiciones gracias a su esfuerzo individual. Cualquier actitud contestataria de los “no ciudadanos” por revertir esas condiciones de asimetría que generalmente devienen en exclusión, es considerada como el producto de “individuos locos”, “personas incapaces”, “resentidos sociales”, “seres patológicos” en suma, que por tal condición intentan vulnerar lo que es “correcto”, vale decir, los “derechos del individuo soberano”.

Para la construcción social de la ciudadanía en la sociedad burguesa ha sido necesario adaptar el pasado a las exigencias contemporáneas de los bloques de poder dominantes. En consecuencia, todo el pasado de las masas es considerado “atrasado” y negativo toda vez

que constituye la causa de su incapacidad para adaptarse; pero, al no poder negar su existencia, es necesario estigmatizarlo con el fin de validar las taras “atóvicas” que marcan desde sus orígenes a la sociedad venezolana. Todo lo anterior ha permitido sostener y justificar la forma de capitalismo actual, con toda su carga de injusticia social para las grandes mayorías.

La educación burguesa ha formado, hasta ahora, una conciencia colectiva en los venezolanos y venezolanas que propicia y profundiza la exclusión social de la mayor parte de la población. No explica —ni le interesa hacerlo— las causas históricas de tal exclusión, ni tampoco su carácter transitorio, vale decir histórico; por el contrario, la naturaliza.

La construcción de ciudadanía a partir de la educación burguesa, en la actual etapa neoliberal, opone la llamada “sociedad civil” al resto de la población. Se entiende por sociedad civil el “conjunto de organizaciones voluntarias creadas para defender, alcanzar o expresar los intereses, objetivos, creencias u opiniones comunes a quienes formen parte de la organización. Ejemplos: clubes deportivos, asociaciones patronales, gremios, sindicatos, asociaciones de vecinos, grupos de opinión, empresas” (Lander, 1995, p. 15). Los fines de estas organizaciones de la sociedad civil se centran en definir un concepto de ciudadanía conformada por aquellos individuos orientados a defender la propiedad privada, las condiciones de los espacios urbanos privilegiados y la economía de mercado. La sociedad civil antagoniza al Estado vía su deslegitimación, considerando que tal institución es la culpable de la ineeficacia en la protección de los bienes y personas que la integran, aunque en realidad lo que le

interesa es que no cumpla con funciones reguladoras de la economía, la cual debe estar en las “manos invisibles del mercado”.

Todo ello conduce a la exclusión de los sectores populares que no son propietarios ni poseen bienes, de aquellos espacios, servicios y propiedades que posee la sociedad civil la cual visualiza a esos sectores como una amenaza potencial a sus propiedades y seguridad. En consecuencia, los miembros de la sociedad civil se organizan excluyendo a los sectores populares como manera de defender sus propios recursos y aumentar su acceso a los recursos públicos.

El proceso de cambios que vive actualmente Venezuela contempla la creación de una nueva ciudadanía que garantice la creación de las condiciones básicas para la vida: salud, vivienda, trabajo. Para el logro de esa tarea se hace necesario transformar a todos los procesos de socialización, mediante la estimulación de nuevas redes de socialización familiares y vecinales signadas por la solidaridad, a través, fundamentalmente, de los planes educativos y de la creación de agencias institucionales para defender a los más vulnerables y vulnerados por el sistema burgués: niños/as y adolescentes, a las mujeres, a los ancianos y ancianas, entre otros.

La creación de nuevos ciudadanos/as en la Venezuela bolivariana contempla a su vez estimular la creación de nuevas formas de organización de los sectores populares y del cooperativismo y a las propias formas autogestadas de organización que esos sectores generen. Simultáneamente, se persigue alentar la conciencia política, las formas de construcción social

de la participación ciudadana y estimular la libertad de escogencia colectiva dentro de redes de círculos bolivarianos, medios de comunicación alternativos, comunas y consejos comunales, mediante un reconocimiento de la relación existente entre necesidades colectivamente sentidas y la participación social efectiva de esas colectividades.

Todo ello será posible si se logran crear elementos para la gestación de una nueva identidad social con el fin de propiciar identificaciones nacionalistas. El Estado bolivariano propone usar la cultura y la historia venezolanas para estimular una identidad social con un nuevo contenido, Vargas (2007).

La integración latinoamericana y caribeña. La ideología bolivariana

Partiendo de la idea de Bolívar de unir a las repúblicas libres de América Latina en una nación, el gobierno bolivariano de Venezuela se propuso estimular la integración de los países suramericanos dentro de una comunidad multinacional, que englobara no sólo mercados más amplios para el consumo, sino también se intercambiaron conocimientos, recursos de todo tipo y de culturas y, muy importante, donde circulara libremente la fuerza de trabajo, Vargas (2007).

Así el Estado bolivariano intentó reivindicar — como base de la ideología bolivariana— el carácter continuo del proceso histórico venezolano que se inició hace unos 14 mil años. Se enfatizó la vinculación

en la génesis de la población venezolana —desde épocas tan remotas— con América Latina en su conjunto y con Suramérica en particular. Especial atención se prestó para tratar de romper con la falsa separación que se sigue manejando hasta hoy día entre los procesos históricos vividos por cada Estado nación latinoamericano y caribeño, demostrando —por el contrario— su estrecha vinculación, Sanoja (2006).

Se usó la reconstrucción histórica de los movimientos independentistas y antiimperiales de los siglos XIX y XX, comunes entre las naciones suramericanas, se destacó la participación de los pueblos (incluidos las comunidades indias y las comunidades negras). Todo lo anterior buscó demostrar la unidad de acción de los pueblos latinoamericanos y caribeños ante el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo.

En consecuencia se apeló —en nombre del pasado indígena y del bolivarianismo decimonónico— al inconsciente colectivo del pueblo venezolano sobre la idea bolivariana de la construcción de la Patria Grande, como manera de fortalecer la tesis de que esos pueblos constituyen un “pequeño género humano”, como dijera El Libertador, ni europeo ni estadounidense. Así mismo, estas ideas sirven de justificación ideológica y tienen su correlato en formas solidarias de acción social, económicas y culturales destinadas a ayudar a los/as latinoamericanos/as y caribeños/as a solventar el problema de la pobreza secular, herencia de la condición colonial y neocolonial, y para fomentar una vocación internacionalista dentro de la población.

El uso social del pasado en Venezuela hoy en día

El uso simbólico del pasado en la Venezuela contemporánea sirve para producir una ideología que conecta y enfatiza todos los períodos o momentos de la historia nacional, en contra de la visión anterior que privilegiaba tan sólo el pasado que nos unía a la condición colonial. Esa visión nos condujo a una crisis de gobernabilidad y de valores históricos y simbólicos, derivada del agotamiento de las identidades políticas de la democracia representativa que existió entre 1958 y 1998, crisis que —al mismo tiempo— reflejó la caducidad de una historiografía caracterizada por omisiones, silencios y distorsiones, Vargas (2005). La aparición de una visión de la historia políticamente sensibilizada y comprometida, con especial énfasis en elementos culturales de mayor densidad simbólica y política en los contextos urbanos, Navarrete (2005), ha servido hasta ahora para orientar planes públicos de desarrollo social, incluyentes y participativos.

La reconstrucción histórica elaborada por la arqueología social y la historia regional, además de sus significativos aportes en la explicación del cambio histórico, ha permitido recrear la memoria colectiva, deslastrándola de una visión que estableció como meta la búsqueda o la reafirmación de consensos a favor del disenso que es el que caracteriza en realidad la vida social en las sociedades con clases. De hecho, ha sido la emergencia de nuevos actores y actrices sociales, sus oposiciones y contradicciones en el marco de la lucha de clases, así como de viejas ideas y proyectos de vida, simultáneamente con

una extraordinaria movilización social lo que ha impulsado el cambio de significado de la noción misma de democracia. Nuevos elementos simbólicos se han incorporado al imaginario colectivo sedimentando una conciencia compartida, donde el uso de símbolos culturales tradicionales de las culturas agrarias, de las rebeliones rurales, de los sujetos históricos de otros tiempos ha servido de sustento para que se diera una reapropiación del pasado como fundamento del nuevo proyecto político bolivariano. El pasado ha sido reinventado al incorporar nuevos contenidos en la memoria histórica a los fines de crear una diferente noción de pueblo: pueblo venezolano, pueblo latinoamericano, unidos y hermanados en la lucha anticolonial, antiimperial, y estimular así procesos de adhesión cultural, Vargas (2005). Esa nueva reconstrucción histórica ha permitido la aparición de una idea de pueblo como sujeto histórico activo y no como objeto, lo cual ha orientado la búsqueda de una nueva forma de socialización política.

Dado que el poder se relaciona con las posibilidades de construcción de las prácticas desarrolladas en la vida pública, se ha buscado su legitimidad mediante la eficacia en la satisfacción de las necesidades sociales, prerequisito —como ya hemos señalado— para que se dé el desarrollo económico. Esta nueva versión del pasado ha sido incorporada plenamente a la naturaleza del discurso político, el cual expresa las ideas y creencias que en sí mismas son parte de complejos procesos que indican y son reflejo de situaciones sociales e históricas concretas.

El agotamiento del modelo democrático representativo venezolano instituido a partir de 1958 y constituido por representaciones e ideas que insistían en el consenso,

Vargas (2005, 2007), López Maya (2003), la evasión del conflicto y el desarrollo de un programa democrático mínimo, ha llevado a su sustitución por un uso social del pasado que revierte la idea del pueblo como un simple espectador, que no anhelaba otra cosa que la satisfacción de sus necesidades básicas mediante el accionar de los partidos políticos, tarea que, por lo demás, dichos partidos no cumplieron. El bolivarianismo, por el contrario, persigue posibilitar la reivindicación de la condición política de todos/as los/as ciudadanos/as, su participación directa sin la intermediación de representantes, a menos que dichos representantes provengan de su mismo seno y sean el resultado de sus propias decisiones. En ese sentido, el proceso bolivariano intenta extraer la política del campo hegemónico de los partidos políticos, otorgándole al ciudadano/a la oportunidad de asumir un papel protagónico en el espacio público, y disuelve los mecanismos formales de entendimiento y las componendas y arreglos institucionales establecidos en la democracia conciliadora que habían normado las relaciones entre los/as ciudadanos/as comunes y el Estado, mediadas por los partidos políticos que habían existido hasta entonces, Romero (2005).

Todo lo anterior ha sido posible gracias a la disolución de las estructuras de poder de la democracia representativa, los símbolos de su ejercicio y los actores y actrices hegemónicos/as que le daban jerarquía, Laclau (2006). A partir de 1998, se reconstruye el discurso del poder; se disuelve el discurso pseudodemocrático representativo, que mantuvo una distancia declarativa con el agente histórico objeto de su atención, el pueblo. Hoy día, gracias a la nueva interpretación histórica que la arqueología

aocial y la historia regional han hecho posible, se rechazan las formas tradicionales de expresión de lo político, mientras las calles, plazas y avenidas se convierten en los espacios para la acción política de todos los sectores de la población nacional, donde los colectivos expresan sus diferencias contra o a favor de las políticas públicas, López Maya (2003), y donde hacen sus reclamos y piden un reconocimiento a su legitimidad como agentes basados en la historia. Ello comenzó a partir de finales de la década de los años 80, cuando los sectores populares venezolanos realizaron la primera manifestación de una rebelión colectiva pública —a nivel mundial— contra las políticas económicas neoliberales, el conocido Caracazo de 1989. Desde entonces hasta ahora, esos sectores poseen mayor conciencia de los procesos de exclusión y segregación, intolerancia e irrespeto a los que han estado sometidos, para constituirse en el germen de un sujeto histórico gracias a su permanente movilización en defensa del proceso bolivariano en curso. Los sectores populares venezolanos se expresan entusiasta y colectivamente en la batalla para lograr —finalmente— salir de su irredención histórica.

La incorporación de esos nuevos contenidos en la memoria histórica de los/as venezolanos/as ha permitido orientar los planes que tratan de solventar el problema planteado entre un bajo desarrollo social y un modelo económico dependiente, e impulsar el necesario desarrollo social como precondición estructural de un desarrollo económico autónomo. La existencia de importantes restricciones simbólicas, expresadas en el caso venezolano por el uso de una simbología occidental, básicamente estadounidense, centrada en los valores que sostiene el “American way of life” como modelo a seguir, han sido

atacadas usando un conocimiento sobre el proceso histórico vivido por nuestra sociedad; el presente como resultado de un pasado que debe ser superado política y activamente. Así mismo, para la construcción de un nuevo modo de vivir, el modo de vida socialista.

|9|

GUAYANA: LA HISTORIA
DEL NUEVO DORADO:
ARQUEOLOGÍA SOCIAL
E HISTORIA REGIONAL

Introducción

“Las Edades de Guayana” es una expresión usada por Luis Britto García en el prólogo a nuestro libro *Las Edades de Guayana. Arqueología de una Quimera*, libro que recoge nuestras investigaciones arqueológicas sobre lo que podría ser calificado como una quimera de la historia venezolana: el ensayo de desarrollo capitalista llevado a cabo por los Capuchinos Catalanes en la Guayana venezolana a comienzos del siglo XVIII.

Britto García, con una hermosa prosa poética, nos dice que donde la literatura promocional quiso figurar una “Edad de Oro” con un lago Parima colmado de pedrería y metales preciosos, la arqueología nos revela la existencia de una “Edad de Piedra” en la que los hombres y mujeres vivían en una sociedad sin clases gracias a sus sabias destrezas y conocimientos medioambientales, sin dejarse vencer por la Naturaleza, pero sin destruirla ni desequilibrarla.

La fingida “Edad de Oro”, por obra de la conquista y la colonización europea (como se señala en las crónicas), se convirtió más tarde en una “Edad del Hierro” que se expresó en la persistente presencia en los registros arqueológicos excavados de fragmentos metálicos y la muestra de mercaderías procedentes de los principales centros manufactureros que surgieron en Europa Occidental, e

incluso en China, con el auge de la primera revolución industrial que fue posible gracias a las riquezas explotadas por el régimen colonial español a las poblaciones originarias de Nuestra América, y exportadas a Europa.

Cuando uno se adentra en la historia oficial de Venezuela, dice Britto García, se siente la impresión de leer la historia de un país sin mar, como el Paraguay. Por ello es necesario, dice, escribir una historia que reconozca y documente la importante relación que existió entre las provincias y regiones y sus puertos. Esa relación, a partir del siglo XIV, fue determinante en la formación del modo de vida colonial venezolano y de sus submodos de vida como respuesta a la influencia que ejerció el capitalismo mercantil en este sector de su periferia.

Para Guayana, dice Britto García, la fábula nunca concluye: a la “Edad del Hierro” sucedió una “Edad de la Energía” que ha visto surgir la hidroelectricidad movida por las aguas del río Caroní y por la extraordinaria riqueza en hidrocarburos de la Faja del Orinoco. Es nuestra responsabilidad como pueblo hacer que cada una de ellas fluya venturosamente en la otra sin que sean inmoladas en la hecatombe del genocidio o de la falsedad histórica.

La historiografía oficial no ha relatado, de manera integral, la verdadera historia de Guayana y por lo tanto, mucho menos la de Venezuela. Demasiado apegada todavía a las fuentes escritas y circunstanciales, ha desestimado el incuestionable valor de las excelentes investigaciones desarrolladas en el campo de la arqueología y la antropología en general, de la geografía humana y de la historia económica y tecnológica, entre otras; ha estado más apegada a demostrar la obvia pervivencia de las instituciones españolas en nuestra sociedad colonial,

que a investigar los procesos históricos autogestados que determinaron el nacimiento cultural e institucional de la actual sociedad venezolana.

La importancia de Guayana en la historia de Venezuela

Guayana siempre ha sido una región nodal para entender no sólo la historia de Venezuela, ya que ha compartido todos los momentos nucleares de la historia del país, sino también de la región oriental de Suramérica y la del Caribe insular, porque Guayana ha constituido una de las zonas del mundo antiguo americano que ha sido testigo del extraordinario proceso de dinámica y sinergia social que caracterizó a la macroregión geohistórica, atlántica-caribeña, distingible no sólo por sus culturas, sino también por la diversidad de niveles de desarrollo sociohistórico alcanzado por las distintas sociedades indígenas que la ocuparon de manera autónoma hasta el siglo XVI.

Podemos decir que el proceso histórico de conformación de lo que hoy se conoce como Guayana ha estado marcado siempre por la sincronía y la confluencia de eventos, sucesos y procesos cardinales que hacen de la región un universo de interacción que ha constituido una entidad geohistórica, definida por el comportamiento compartido de sus pobladores, un proceso que en su continuidad y concatenación —en donde cada época es consecuencia de la precedente y condición de la subsiguiente— permite reconocer la manera cómo Guayana se

distingue, al mismo tiempo que se vincula, con el resto de la sociedad nacional.

Cuando decimos siempre, nos estamos refiriendo a que esa fecundidad sociohistórica de Guayana permite entenderla como una inmensa zona donde no solamente se manifestó un largo y sostenido proceso histórico, en el cual se han expresado todas las formaciones sociales conocidas, desde las precapitalistas hasta la capitalista contemporánea, sino también y fundamentalmente, donde hubo una intensa sinergia entre sus pobladores y entre ellos/as y los de las regiones vecinas, incluyendo gran parte del resto del país.

Los procesos históricos ocurridos en la que hoy se conoce a nivel nacional como “área de influencia guayanesa”: Amazonas, Delta Amacuro, los estados llaneros de Anzoátegui y Monagas, así como Guárico y Apure estuvieron sujetos a las influencias que emanaron desde o hacia Guayana y, todavía más, esas vinculaciones se extendieron a regiones más lejanas como Sucre, Nueva Esparta, Carabobo-Aragua, Lara y Portuguesa y, fuera de los actuales límites nacionales, a Guyana, Surinam, parte del noreste brasileño, Trinidad y Tobago y todo el arco antillano. Y es esa riqueza de relaciones sociales, de experiencias compartidas así como de modos de vivir disímiles y de culturas muchas, la que da cuenta de la enorme diversidad cultural que existe en la Guayana de hoy día, lo que aquí denominamos el Nuevo Dorado.

Como perfecta contraparte de esa rica diversidad cultural, la región guayanesa constituye un espacio fisiognómico igualmente diverso, que ha sido y es parte integrante y esencial de los procesos históricos, dado que las sociedades hacen algo más que existir en el espacio,

ni éste es un mero contenedor de las sociedades. Ambos se influyen e interpenetran, ambos no existen separadamente. Las sociedades crean el espacio social que es producido, reproducido o cambiado por las relaciones sociales. Simultáneamente, el espacio físico como expresión material de un mundo natural preexistente a la vida humana, condiciona los cambios sociales. Como tal posee una cierta autonomía en su propio desarrollo; sin embargo, el espacio deriva su existencia de las relaciones sociales, pues no existe como espacio puro ni absoluto, constituye una dimensión activa de las sociedades. Vargas y Sanoja (2015), (Vargas y Vivas, 1999, p. 106).

El proceso histórico guayanés

En realidad el proceso histórico guayanés no puede ser entendido si no atendemos a todas sus vinculaciones; tanto a sus cambios como a sus continuidades; tanto a lo que se puede considerar como la constante presencia de un sujeto histórico para que se den esas transformaciones, como a los factores que lo han mediatisado; tanto a la perseverante búsqueda de la liberación y la justicia social en las metas de ese sujeto, como a las distorsiones introducidas por el poder en esas mismas búsquedas. Sin lugar a dudas, como veremos, Guayana ha sido hasta ahora un punto de encuentro de gente y también un punto de emanación hacia diversos confines geográficos, con sus ideas, saberes, conocimientos y aspiraciones. Pero no se ha tratado de una suerte de emanación natural, ni divina, ni lineal ni inevitable: ha

sido social y sobre todo histórica, vale decir transitoria, no eterna ni inmutable pues ha dependido de las necesidades y las soluciones conscientemente elaboradas por la gente, por esas personas organizadas en colectivos.

Las poblaciones de hace miles de años que poblaron el territorio guayanés lucharon por su sobrevivencia some-
tiendo, sí, a la Naturaleza a sus necesidades vitales según sus propias capacidades. Pero lo hicieron reconociendo que la Naturaleza no debía ser agredida ni destruida, sino preservada, sabiendo —sabiamente— si vale la redundancia, que sin ella la vida de todos y todas sería imposible. Y así continuó hasta que con la aparición de la invasión europea y la colonia que instituyó y con ella la dominación sobre mujeres y hombres como norma, con la exclusión de millones de personas, con sus mecanismos de discriminación sociales, raciales y patriarcales y, luego, con la competitividad y la destrucción que introdujo la condición capitalista fue cuando esos anti-valores hicieron su aparición y se convirtieron en los valores supremos que rigieron y rigen actualmente la vida de muchos y muchas, como antivalores que condicionan las conductas cotidianas del diario vivir y que amenazan la propia existencia como especie humana; no solamente en Guayana sino en todo el planeta.

Pero hay algo que singulariza a Guayana en este panorama: mucho de lo que Guayana posee se considera vital para sostener el sistema capitalista y todo lo que posee configura un verdadero Dorado. En Guayana abundan los recursos materiales que los modos de vida capitalistas necesitan para reproducirse: metales como hierro, bauxita, oro, coltán, diamantes, etc.; hidrocarburos como petróleo y gas; recursos naturales básicos para la vida como

el agua y una biodiversidad que garantiza la producción de medicinas, alimentos y muchos otros bienes. Posee también ejemplos de comportamientos sociales considerados por el capitalismo como atrasados y nocivos para su reproducción: sociedades en donde —felizmente— todavía impera el cooperativismo, la solidaridad y la reciprocidad sociales, así como el amor y el respeto por la Naturaleza. Tiene igualmente grupos y movimientos sociales contestatarios, miles de personas que luchan activamente por sus derechos, incluso por aquellos que se enmarcan dentro de los mismos parámetros que ha establecido el capitalismo: salarios justos, más ganancias, desarrollismo, etc. Pero de igual manera Guayana, final y felizmente, posee también una mayoría de gente que cree, y actúa en consecuencia, que la solución para los problemas de los guayaneses y guayanesas de hoy día se resolverían por la vía del socialismo: justa repartición de la riqueza social que todos y todas contribuimos a crear y el imperio de las necesidades humanas y de la Naturaleza por encima de cualesquiera otras.

Destacaremos brevemente los que consideramos los grandes momentos del milenario proceso de conformación de Guayana, los momentos cimeros que tuvieron su impacto en la historia nacional y en la atlántica-suramericana y caribeña.

Establecemos esos momentos con base a la extensa secuencia arqueológica que se conoce para la parte baja de la cuenca del río Caroní, que elaboramos con base a los proyectos de rescate arqueológico ejecutados, Sanoja y Vargas (2005), ver mapa arqueológico del Caroní, en las presas hidroeléctricas construidas allí por Edelca. Dicha secuencia va: a) desde las sociedades recolectoras

cazadoras entre finales del Pleistoceno, ca. 12.000 a.p. y comienzos del Holoceno 9000 años a.p., b) pasando por las sociedades protoagrícolas, 7000 años a.p., c) las sociedades agrícolas alfareras, que se inician en 3000 años a.p. y que persisten autónomamente hasta el siglo XVI de la era, d) el inicio de la sociedad urbana colonial entre 1600 y 1820 años de la era, e) hasta la sociedad capitalista contemporánea.

La aparición y desarrollo de cada una de esas formaciones sociales impactó de manera particular a Guayana. La formación cazadora recolectora supuso la colonización de un vastísimo territorio; la Formación Económico Social Tribal (FES) implicó procesos de transformación social bien derivados del noroeste venezolano o bien autogestados localmente que tuvieron un tremendo impacto en la manera de vivir de las poblaciones humanas del norte de Suramérica y del Caribe insular. Las bases del capitalismo mercantil, establecidas a partir de la colonización europea, generaron un modo de existencia indohispano que se expresó de manera muy particular en Guayana, con la adición de nuevos actores y procesos sociales *sui generis*. Simultánea y coetáneamente, en la lucha por el control de América y sus recursos entre potencias imperiales europeas, los indígenas del territorio guayanés jugaron un papel preponderante ocupando durante siglos el territorio del Esequibo.

Guayana fue vital —igualmente— para el proceso de independencia de Venezuela; de hecho, sin las riquezas de Guayana no habría habido Carabobo, ni la liberación de Venezuela del imperio español. Tampoco hubiera habido Boyacá y la liberación de la Nueva Granada. Finalmente, la FES capitalista que se ha manifestado en dos

períodos, marcado el primero por las tesis desarrollistas-nacionalistas de las burguesías nacionales y, un segundo, el actual, signado por la neocolonización, pero también por procesos de movilización y cambio social que buscan la descolonización definitiva, justicia social y tienden hacia la unión de los pueblos de Suramérica y el Caribe.

1. Primer momento: La colonización de los territorios por los/las cazadores/as recolectores/as

Es bien sabido que las primeras formas sociales potenciaban el desarrollo de sus fuerzas productivas vía el nomadismo; por ello, el proceso productivo de dichas sociedades se caracterizaba por ciclos de producción-consumo breves, recolección con una alta profundidad territorial, establecimiento de itinerarios cíclicos de caza y recolecta, determinados por la capacidad de la reproducción biológica de las especies objetos de apropiación, existencia de rígidas normativas sociales para evitar la sobre explotación biótica, ausencia de plusproductos acumulables y muchos otros rasgos, Vargas (1990).

Las evidencias arqueológicas apuntan hacia la existencia de un vasto horizonte de pueblos paleoamericanos recolectores, cazadores pescadores, que habrían jugado un papel importante en la configuración de las sociedades originales de América, específicamente de las que poblaron la cuenca del Amazonas, del Orinoco y de las Antillas. De hecho, el origen de las poblaciones más antiguas de Guayana se remonta —que sepamos hasta ahora— a finales del Pleistoceno y comienzos del Holoceno, cuando existió un extenso horizonte de

poblaciones recolectoras, cazadoras, pescadoras antiguas en la región del Bajo Caroní, poblaciones que provenían del actual Brasil.

Los cazadores recolectores amazónicos que se desplazaron hacia la cuenca del Orinoco, Venezuela, vivían gracias a aquel modo de existencia nomádico. Entre 14.000 y 10.000 años a.p., encontramos poblaciones de recolectores-cazadores generalizados en la región sureste de Brasil, conocidos como Tradición Itaparica, Schmitz (1987), Dillehay *et alii* (1992) y en el Territorio Roraima, región fronteriza entre Venezuela y Brasil. Se trataba de poblaciones protoagrícolas tempranas del norte de Brasil, que parecieran constituir un contexto que recuerda tecnológicamente las tradiciones arqueológicas también protoagrícolas del Bajo Caroní, sugiriendo la existencia, tanto en la cuenca del Amazonas como en la del Orinoco, de un extenso, variado y antiguo horizonte de poblaciones recolectoras cazadoras, del litoral y del interior, previo a la inserción de las primeras poblaciones agroalfareras en la región hace 3.000 años a.p.

El río Paragua, el afluente más importante del Caroní, que tiene sus nacientes en la Sierra de Pacaraima, divisoria de aguas entre la cuenca del Orinoco y la cuenca Amazónica, parece haber conformado una importante ruta de paso entre ambas cuencas fluviales de dicha región, donde se observa la presencia de variados ecosistemas. Esa red de ríos, presidida por los majestuosos Amazonas y Orinoco que comparten protagonismo con ese río mágico que es el Caroní, sirvió de canal de comunicación de las primeras poblaciones cazadoras recolectoras entre lo que se conoce hoy día como el noreste brasileño y Venezuela. Se trataba de pequeñas bandas

de individuos que tenían un modo de trabajo orientado hacia la pesca, la caza terrestre y la recolección de vegetales y otros bienes naturales. Acampaban, al parecer, alrededor de los grandes raudales del río donde podían apropiarse de recursos naturales de subsistencia estables y predecibles, como los peces que viven y/o desovan estacionalmente en los rápidos, y roedores terrestres o anfibios, venados, morrocoyes, etc. De igual manera, tenían la posibilidad de recolectar recursos vegetales en los bosques rebalseros o de galería y en los morichales que se hallan en ambas márgenes del río Caroní. Esos campamentos eran de carácter semipermanente, es decir, los grupos poseían una fase estable y otra nomádica. Existieron además campamentos de cazadores recolectores al aire libre ubicados en el Medio y Alto Caroní, similares a los que se han encontrado en las tierras altas de Guyana, en las sabanas del norte de Brasil, en las sabanas de Rupununi, en las cuencas de los ríos Mazaruni y Barama, en Trinidad, en los raudales de Atures, Alto Orinoco y en el Orinoco Medio, Barse (1989, 1990, 1995), Boomert (2000), Vargas (1981), Williams (1985). Así mismo, en el antiguo raudal de Caruachi, se han detectado ocupaciones en aleros o abrigos rocosos y campamentos al aire libre en la vecindad de lagunas, ciénagas y pantanos ubicados en las microcuencas de los afluentes del Caroní, Sanoja y Vargas (1999).

Lo que explica el tránsito de la apropiación hacia la producción de alimentos en Guayana es que la colonización territorial originaria se convirtió de un proceso expansivo en términos territoriales para lograr la apropiación de bienes naturales de fauna y flora, hacia otro marcado por un énfasis en la recolección mixta en el

modo de trabajar. No hay que olvidar que en las zonas bajas de Suramérica la fauna, aunque abundante, no estaba concentrada. Por esa razón, los grupos de recolectores cazadores tuvieron que maximizar la explotación regional y sobre todo la local de plantas. Comenzó a cobrar importancia la recolección y el procesamiento de recursos naturales de origen vegetal y adquirieron relevancia aquellos recursos naturales que podían presentar una permanencia regular durante todo el año en determinadas zonas ecológicas, requiriendo así un cierto grado de sedentarismo. Es de esa manera cómo, por ejemplo, los morichales comenzaron a ser empleados tanto para la recolecta de sus frutos como para la producción de harina a partir del tallo de la palma. Correlativamente, se dieron dos patrones de asentamiento: uno en el cual los individuos se establecían en campamentos estacionales, con permanencia regular en determinadas zonas ecológicas donde existían bienes específicos a lo largo de todo el año, lo que estimuló un cierto grado de sedentarismo, en tanto que la presencia discontinua de otros bienes naturales indujo un cierto grado de nomadismo cíclico relacionado con la movilidad estacional de las especies cazadas o la maduración anual de ciertos frutos, palmas, semillas o raíces. Comenzó así un proceso de diversificación de funciones en los sitios ocupados: unos de habitación al aire libre, otros campamentos para la caza y pesca y, otros, talleres para la fabricación de artefactos líticos, los cuales se hallaban ubicados en playas del río o sobre terrazas fluviales.

La diversidad geográfica y ecológica de la región Orinoco-Amazonas, generó una diversidad equivalente de modos de vida protoagrícolas: recolectores-cazadores-pescadores

del interior y recolectores-cazadores- pescadores litorales, escalonados dentro de un extenso horizonte temprano de población que iba desde la cuenca amazónica, la cuenca del Orinoco y el noreste de Venezuela y Trinidad, Guyana, Demerara y Guyana Francesa hasta Cuba. En ambientes como las cuencas del Amazonas y del Orinoco, la necesidad de traficar las complejas redes fluviales parece haber determinado el desarrollo temprano de medios y tecnologías de navegación. Después de haber aprendido a navegar espacios acuáticos tan extensos donde ocurren tormentas, chubascos, fuertes corrientes y oleajes, la navegación de alta mar no debe haber presentado problemas para los canoeiros tempranos continentales.

La ocupación humana del Bajo Caroní se relaciona también con la presencia de grupos de recolectores-pescadores marinos en el litoral de Paria, estado Sucre, noreste de Venezuela, antes de 5600 ± 200 a.p. y desde allí comenzaron los desplazamientos cíclicos y continuos hacia las Antillas Menores y Mayores.

2. Segundo momento: La revolución productiva y la expansión territorial fuera de los confines nacionales

Hacia 6000-5000 años antes del presente, los diversos grupos cazadores recolectores protoagrícolas del norte de Suramérica comenzaron ya el revolucionario proceso de tribalizarse y de producir sus alimentos, gracias al control que lograron establecer sobre la reproducción biológica de los hasta entonces bienes naturales objetos de apropiación. La Formación Social Tribal (FES) se extendió con rapidez, como sucede con todo proceso revolucionario, por todo el territorio guayanés, desde las

selvas de galería del Orinoco, pasando por las sabanas hasta las selvas de galería del Río Negro.

Las poblaciones de cazadores-recolectores protoagrícolas guayanescas constituyeron el sustrato humano de la macro región geohistórica del nororiente de Suramérica y el Caribe, sobre el cual se asentaron los agricultores ceramistas, primero arawakos, quienes comenzaron a ocupar el Medio y Bajo Orinoco entre 3000 y 2300 años antes de ahora y el litoral nororiental de Venezuela hacia 2000 años antes del presente, Vargas Arenas (1979), y luego caribes. Estos últimos, provenientes de poblaciones originales que ocupaban el Matto Grosso brasileño para 5000 a.p., ocuparon el Medio Orinoco a partir de 1700 a.p., llegando a instalarse también en Guyana, Surinam, Cayena y las Antillas, Boomert (2000), Delpuech y Hofman (2004), Sanoja (1997), Vargas (1981) Sanoja y Vargas (2007).

Una diversidad de poblaciones humanas se asentó en la región media del río Orinoco, en un período que va desde 8210 hasta 2600 años antes del presente, las cuales se ubicaron en el llamado Llano Bajo, al sur del estado Guárico, Vargas (1981) Sanoja y Vargas (2007). Las evidencias indican que se trató de un proceso similar a los que se dieron en el Bajo Caroní y el Alto Orinoco, es decir, que a partir de un antiguo horizonte de recolectores-cazadores tropicales que ya habían comenzado a transitar el camino hacia la vida totalmente sedentaria, se manifestaron hacia 2600 a.p. aldeas de cultivadores y ceramistas identificados arqueológicamente como Fase La Gruta, quienes parecen constituir una extensión de los grupos que ya ocupaban ciertos valles de la zona subandina del noroeste de Venezuela, estado Lara desde por lo menos

2600-2500 años a.p., (Barse, 1995, pp. 109-113) Vargas (1981) Sanoja y Vargas (1990, 2006, 2007). En el área del Bajo Orinoco, encontramos un proceso diferente, donde grupos ya totalmente tribalizados, conocidos arqueológicamente como Barrancas y Saladero, al parecer de filiación arawaka, se asientan en la zona hace unos 3000 a.p. dando lugar a una serie de ocupaciones humanas muy estables. A partir de alrededor de 2600 a.p. colonizan el resto de la Guayana venezolana y, a comienzos de la era cristiana, se movilizan hacia la costa nororiental de Venezuela, Trinidad y Tobago y, finalmente, dan lugar a las poblaciones tribales sedentarias ceramistas de las Antillas.

Todo lo anterior nos permite plantear que en la Guayana venezolana se dieron dos procesos de tribalización: uno autogestado, donde a partir de un sustrato cazador recolector comienza localmente la transformación de la recolección de los alimentos vegetales en cultivos agrícolas, y otro inducido a partir de poblaciones de procedencia subandina o amazónica. En ambos casos, el resultado fue la tribalización de los cazadores recolectores que previamente ocupaban la región, excepto ciertos grupos como los yanomami, los warao y los pumeh, que parecen ser posibles relictos de las antiguas poblaciones paleoasiáticas americanas, los que han persistido hasta nuestros días como cazadores recolectores.

Por las razones apuntadas anteriormente, la larga secuencia que caracteriza a la antigua sociedad protoagrícola del Bajo Caroní, apunta hacia su posible identificación étnica con grupos recolectores-cazadores modernos que habitan actualmente Guayana y el Amazonas. Las poblaciones cazadoras recolectoras protoagrícolas parecen haber sido ancestrales a los recolectores, cazadores

pescadores conocidos en el Bajo y Medio Orinoco para el siglo XVI: warao, yanomami, guahibo, pumeh y chiricoa, entre otros, los cuales coexistían simbióticamente con las comunidades sedentarias agroalfareras, Sanoja y Vargas (2003). Podría ser posible que los actuales warao fuesen descendientes de las antiguas poblaciones de cazadores recolectores protoagrícolas del litoral noreste de Venezuela, probablemente relacionados también con los antiguos cazadores recolectores protoagrícolas brasileños, litorales o del interior, Sanoja y Vargas (1995, 1999). Otros grupos conocidos como recolectores cazadores guayaneses también denominados como waika, los akawayo, serían, por el contrario, descendientes de una tercera y más importante ola de inmigrantes asiáticos que comenzaron a poblar América hacia 8000 años antes del presente, Sanoja y Vargas (2007).

Las sociedades tribales guayanenses antiguas se conformaron dentro modos de vida igualitarios, vegecultores, mixtos y semicultores.

3. Tercer momento. A partir del siglo XVI: Los indígenas caribes guayanenses y la lucha entre imperios europeos

Para entender la participación de las sociedades indígenas en la lucha entre imperios europeos para los siglos XVI y XVII, es necesario resaltar los conflictos entre Inglaterra, Holanda y el imperio español por el control de zonas estratégicas que este último poseía en América. Compartimos lo que dice Britto García, pues se trató en verdad de una “rebatiña que en el Caribe sostuvieron las potencias europeas mediante piratas,

corsarios y contrabandistas por el control de estos enclaves estratégicos” (2005, p. XV). El río Orinoco, especialmente sus bocas, constituía una de esas zonas estratégicas, la puerta de entrada al corazón del imperio español en Suramérica.

Los indígenas caribes ocupaban un extenso territorio que iba desde Paria hasta las bocas del Amazonas, incluyendo Cayena, Surinam y Guyana. Los que habitaban en las riberas del Orinoco y la Guayana venezolana, a diferencia de los que se encontraban en la zona norte del país, mantuvieron relaciones comerciales con corsarios y piratas ingleses y holandeses. Con Holanda, por ejemplo, firmaron un acuerdo en 1672, a cambio de protección contra la esclavitud y el pago por sus servicios como pilotos de embarcaciones y canoeros. Los caribes guayanenses intercambiaban con los holandeses armas de fuego, pólvora, balas, cuchillos, telas y otros insumos por alimentos y enseres, y mantenían expeditas las rutas comerciales y de puertos de la holandesa Compañía de las Indias Occidentales. Mantuvieron igualmente la resistencia contra los invasores castellanos hasta el siglo XVIII, para lo cual utilizaban las armas que obtenían de los ingleses y holandeses y, posteriormente de los franceses, también empeñados en desestabilizar el dominio del imperio español en América, Sanoya y Vargas (2005).

Esos procesos de resistencia indígena caribe fueron el marco para lograr la desestabilización del dominio español en la Guayana venezolana y denotan la constante voluntad de lucha y resistencia de las poblaciones indígenas originarias.

4. Cuarto momento: Los/as (caribes) guayaneses/as en las misiones capuchinas y su papel en la guerra de independencia de Venezuela

Vinculado de manera fundamental con el anterior momento, es importante mencionar el papel que jugaron los indígenas (caribes) guayaneses, especialmente los de la etnia guayano, en los enfrentamientos que se dieron entre la Provincia de Caracas y la de Guayana. De igual manera, es de destacar la participación indígena (caribes) en la guerra de independencia.

Entre comienzos del siglo XVIII (1720) y comienzos del XIX (1817) se implantó en Guayana un sistema misional, dirigido por capuchinos catalanes, que controlaba un enorme territorio que se extendía desde la angostura del río Orinoco hasta el Esequibo. La mayoría de los indígenas reducidos en este sistema eran de filiación caribe, y constituían la fuerza de trabajo que permitía que la orden acumulara una enorme cantidad de riqueza, expresada en cueros, lingotes de hierro y de oro, telas, zapatos, alfarería, instrumentos de trabajo en hierro, baldosas refractarias, etc. La inmensa cantidad de mercancías acumuladas en los almacenes de las misiones, producidas por los indios caribes, fue expropiada por los patriotas para poder financiar los órganos del poder republicano en Angostura y dotar, así mismo de suministros a las tropas, toda vez que confrontaban enormes problemas por falta de recursos. Por esa razón la toma de Guayana por parte del General Piar hizo posible asegurar la continuidad y el éxito de la guerra de Independencia. La mayor parte de los combatientes en la Batalla de San Félix, fueron así mismo indios caribes, la mayoría de ellos

provenientes del sistema misional. Una vez concluida la guerra, los pueblos de misión fueron transformados en pueblos de criollos, se entregaron las haciendas y hatos a manos privadas para convertirlos, como había sucedido con las plantaciones del norte del país durante la colonia, en el sostén del poder republicano, y los indígenas pasaron a constituirse en peones de dichas propiedades Sanoja y Vargas (2005, 2007).

5. Quinto momento

a) Primer período: Las industrias básicas en Guayana y el desarrollismo nacionalista

Durante este período, la burguesía venezolana con Pérez Jiménez a la cabeza desarrollaron como una meta de la mayor importancia, dentro del proyecto político del Nuevo Ideal Nacional que tenía la dictadura, la creación del complejo de industrias básicas y de electrificación de Guayana, para potenciar un polo de desarrollo económico con base a la construcción de un gran complejo hidroeléctrico para producir energía (llegó a ser el tercero en importancia de todo el mundo), minería del hierro, producción de acero y aluminio como sustento de la industria pesada y la industria ligera y construcción de una ciudad moderna (Ciudad Guayana). Dicho polo de desarrollo, calcado de cierta manera sobre el proyecto quasi capitalista misional de los capuchinos catalanes, estaba destinado a convertirse en un magneto que afianzaría la influencia política y económica de Venezuela sobre las regiones del noreste de Suramérica (norte del Brasil, noreste de Colombia, Guyana, Cayena y Surinam) y el Caribe insular. Por otra parte, supliría con energía eléctrica el

70% del territorio venezolano, ahorrando así un gran volumen de hidrocarburos (Sanoja y Vargas, 2007, p. 177). La meta política y económica de dicho proyecto nacionalista fue mediatisada por el imperio y los gobiernos de la IV República luego de la caída de Marcos Pérez Jiménez, para limitar sus alcances, culminando posteriormente con la privatización de Sidor durante el segundo gobierno de Rafael Caldera.

Las empresas básicas de Guayana contribuyeron a formar una masa obrera combativa, proveniente en buena parte de los estados Monagas, Anzoátegui, Sucre, Nueva Esparta y Bolívar, antiguo asiento del dominio caribe, encuadrada por movimientos políticos sindicales y movimientos políticos de izquierda, cuya lucha fue decisiva para lograr la renacionalización de Sidor y la creación de una corporación del hierro, el acero y el aluminio la cual, asociada con el desarrollo de la explotación petrolera de la Faja del Orinoco, se esperaba estubiera destinada a consolidar el desarrollo industrial, social y cultural del polo de desarrollo industrial de Guayana y extender la influencia de Venezuela sobre el norte de Suramérica y el Caribe insular.

b) Segundo período: neocolonización y movimientos sociales

Durante este período se intensifica de manera orgánica y sistemática el proceso de neocolonización que se inició *grosso modo* a finales del siglo XIX. Durante casi todo el siglo XX el Estado venezolano puso en práctica un sistema educativo transnacionalizado; las políticas culturales de los sucesivos gobiernos puntofijistas se orientaron a producir referentes simbólicos de manera

de propiciar las identificaciones culturales de la población con el “American way of life”, necesarios para que se dieran cambios drásticos en los patrones de consumo y en los gustos estéticos de los/as venezolanos/as. Como era de esperar, todo lo anterior propició un fortalecimiento de la neocolonización de las mentes de la gente, sobre todo de la clase media.

Para finales del siglo XX, la sociedad venezolana se encontraba sumergida en una crisis económica, política y ética, crisis que agudizó tanto los desequilibrios estructurales, como la credibilidad de los partidos políticos. El puntifijismo propició la alienación ideológica de manera que gran parte de la población perdió la noción de nacionalidad y de la solidaridad social como valor a través de sus políticas culturales. Esas políticas culturales le sirvió al Estado, así mismo, para justificar la opresión, propiciar la exclusión de las grandes mayorías y justificar el racismo. Para los años 90, se intensificaron esos efectos gracias a la globalización de las comunicaciones y al hecho de que habían transcurrido treinta años de educación neocolonizadora sobre la población venezolana.

El pueblo guayanés como sujeto histórico

El presente ensayo de historia regional nos muestra que durante este largo proceso descrito, el pueblo venezolano y, en particular el guayanés, no fue una masa inerte, pasiva, simple receptora de las políticas económicas y sobre todo culturales de los sucesivos gobiernos entreguistas de la IV República, sino un sujeto

histórico que fue capaz de transformar su realidad. Si hiciésemos una evaluación de su resistencia y de sus luchas podremos notar cómo se incrementaron las formas de resistencia cultural y las protestas populares, cómo persistió la solidaridad social como valor en los barrios y zonas rurales, cómo no se rompieron los lazos comunitarios tradicionales para convertirse en una masa anómica, cómo se manejaron las pautas y tradiciones sociales como armas de resistencia, cómo en fin, la población guayanesa, al igual que la mayoría de población venezolana ha combatido denodadamente contra gobiernos e imperios hasta llegar hoy día a esta nueva era de la esperanza por un mundo mejor, donde el pueblo participa activamente en los nuevos cambios, los que hoy emergen de ese pueblo que ha encontrado mecanismos sociales y dispositivos simbólicos que facilitan la expresión y visibilidad pública de las comunidades, Vargas (2007) Vargas y Sanoja (2015, 2018).

Por otro lado, es conveniente señalar que todos los grupos indígenas modernos que habitan en el territorio guayanés y sus áreas de influencia sufrieron por decenas de años las políticas indigenistas aplicadas por el Estado nacional, tendientes a su asimilación a la sociedad criolla, con la consiguiente renuncia a sus culturas ancestrales. La resistencia indígena se ha opuesto a esas políticas y hoy día, en el marco de la Constitución Bolivariana, está empeñada en las luchas nacionales y de apoyo al actual proceso de cambios.

La población guayanesa contemporánea presenta una composición diversa, lo cual es coherente con el proceso histórico que hemos analizado brevemente: una población criolla mestiza, importantes comunidades indígenas

de filiación diversa, señalados enclaves guyaneses y trinitarios, entre otros. Los indígenas aparecen como el sustento de la población mestiza contemporánea. Esa población se inserta dentro de la tradición centenaria de lucha contra la condición colonial, el vasallaje y la dominación, y por la justicia social.

POSTSCRIPTUM

La Victoria en Guayana y la Victoria de Carabobo

El año de 1817 el General Manuel Piar completó la toma de Guayana, particularmente las principales misiones capuchinas, lo cual permitió al Ejército Patriota poder asumir el control de la inmensa riqueza en bienes materiales amasada por la Orden. Las misiones habían logrado formar una fuerza de trabajo altamente organizada y entrenada, integrada en su mayor parte por indígenas caribes guayanos, muchos de los cuales se sumaron al Ejército de la República. Gracias a esta formidable victoria pudo El Libertador Simón Bolívar contar con los medios materiales que le permitieron dotar a la república de un territorio estable y emprender la Campaña del Sur, la cual habría de culminar en 1821 con la victoria en Carabobo y la independencia de Venezuela.

Este 2021 estamos celebrando los 200 años de esa histórica victoria del sujeto pueblo guayanés de entonces.

Han pasado 15 años desde la fecha en que la publicación de nuestro libro *Las Edades de Guayana* fuese presentada al público. Hoy día se conoce que Guayana cuenta con uno de los mayores yacimientos de oro del mundo. Ello tiene mucha trascendencia en un momento en el cual el oro está volviendo a ser el respaldo de las monedas a nivel mundial. El bloqueo y las medidas

ilegales con las cuales nos han tratado de someter el gobierno de Estados Unidos y sus aliados tiene entre sus objetivos bloquear el acceso del oro venezolano al mercado mundial y evitar así que pueda servir de soporte a monedas como el yuan y el rublo, entre otras, en detrimento del dólar, acelerando la crisis del sistema capitalista y la victoria de nuestra Venezuela soberana.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Saignes, M. (1954). *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Caracas: Instituto de Antropología y Geografía, Facultad de Humanidad y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- _____. (1983). *Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- Alberdi, J. (2005). *Política y sociedad*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Arkonada, K., Santillana. (2011). “Ecuador y Bolivia: Estado, gobierno y campo popular en la transición”. Disponible en *Rebelión*, septiembre 2011.
- Barber, B. (1984). *Strong democracy. Participatory politics for a new age*. Los Ángeles: University of California, Press. Berkeley.
- Barse, W. (1989). *A preliminary archaeological sequence in the Upper Orinoco Valley, Territorio Federal Amazonas*. Washinton, D.C: Department of Anthropology, Catholic University of America.
- _____. (1990). “Ceramic Occupation in the Orinoco River Valley. *Science*, 250, 1388-1390.
- _____. (1995). *El período arcaico en el río Orinoco y su contexto en el norte de Suramérica. Ámbito y ocupaciones tempranas de la América Tropical*. Bogotá: Fundación Erigae.

- Bate, F. (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- _____. (1978). *Sociedad, formación social y Cultura*. D.F. México: Ediciones de Cultura Popular.
- _____. (1984). *Cultura, clases y cuestión étnica nacional*. D.F. México: Juan Pablos Editor.
- Boomert, A. (2000). *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere*. Netherlands: Cairi Publications, Alkmaar.
- Bordieu, P. (1998). “La esencia del neoliberalismo”. *Le Monde Diplomatique*, Edición en castellano, (III), 29, 1-4.
- Braudel, F. (1992). *The wheels of commerce. Civilization and Capitalism. 15th-18th Century*. Los Ángeles: University of California Press.
- Briceño, Mario. (1987). *Mensaje sin destino y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Brito, F. (1993). *Historia económica y social de Venezuela. Una estructura para su estudio*. Vol. 1. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- _____. (1973^a). *El problema tierra y esclavos en la historia de Venezuela*. Maracay: Asamblea Legislativa del estado Aragua.
- _____. (1973^b). *Historia económica y social de Venezuela*. Vol. 1. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- _____. (1978). *La estructura económica de Venezuela colonial*. Vol I. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- _____. (1987). *Historia económica y social de Venezuela*. Vol. IV. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.

- _____. (1996). *La comprensión de la historia en Marc Bloch*. Barquisimeto: Fondo Editorial Buría.
- _____. (1996). *Tiempo de Ezequiel Zamora*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- Brito, L. (2005). *Las edades de Guayana. Arqueología de una Quimera*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cacciatore, G. (2006). “El Marx democrático”. *Marx Ahora*, (22), 73-84.
- Cueva, A. (1988). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. D.F. México: Ediciones Siglo XXI.
- De Sousa Santos, B. (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Trotta. ILSA.
- Delpuech, A., Hofman C. (2004). *Late ceramic age societies in the Eastern Caribbean*, London: British Archaeological Reports, Oxford.
- Dussel, E. (2009). *Política de la liberación*. Arquitectónica. Madrid: Trotta.
- Eriksen, T. (1993). *Ethnicity and Nationalism*. London: Pluto Press.
- Febres, Tulio. (1911). *Mitos y tradiciones. Archivo de historia y variedades*. Mérida, Venezuela: Tipografía El Lápiz.
- _____. (1920). *Décadas de historia de Mérida*. Mérida, Venezuela: Tipografía El Lápiz.
- _____. (1920). *Etnografía Americana. Los indios caribes, estudio sobre el origen de la antropofagia*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.
- _____. (1921). *Historia de los Andes. Procedencia y lengua de los aborígenes de Mérida*. Mérida, Venezuela: Tipografía El Lápiz.

_____.1941. *Clave Histórica de Mérida*. Mérida, Venezuela: Tipografía El Lápiz.

Figueras, C. (2015). “Variabilidad genética de halogrupos mitocondriales amerindios detectados en poblaciones urbanas contemporáneas de la zona norte de Venezuela”, Tesis Doctoral. Caracas: Centro de Estudios Avanzados, IVIC.

Gándara, M. (2008). “El análisis teórico en ciencias sociales: aplicación a una teoría sobre el origen del Estado en Mesoamérica”. https://www.researchgate.net/publication/315665393_El_analisis_teorico_en_ciencias_sociales_aplicacion_a_una_teoria_del_origen_del_estado_en_mesoamerica

Gil Fortoul, L. (1907). *Historia constitucional de Venezuela*. Berlin: C. Heymann Editor.

Gunder, A. (1995). *The Modern World System Revisited: Rereading Braudel and Wallerstein. Civilizations and world systems*. London: Altamira Press.

Hinkelammert, F. (2006). *El sujeto y la ley*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.

Jahn, A. (1973). *Los aborígenes del occidente de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Kouvélakis, E . (2006). “Marx 1842-1844: del espacio público a la democracia revolucionaria”. *Marx Ahora*, (21), 96-106.

Labica, G. (2008). “Vencer la mundialización”. *Marx Ahora*, (26), 164-172.

Lander, E. (1995). *Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela.

- López, C. (1997). *Juan Picornell y la conspiración de Gual y España*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- López, M.. (2003). *Protesta y cultura en Venezuela. Los marcos de acción colectiva en 1999*. Caracas: Faces, Cendes, Fonacit.
- _____. (2005). *Venezuela. Visión Plural. Una mirada desde el Cendes*. Vol. II. Caracas: Centro de Estudios del Desarrollo, Universidad Central de Venezuela.
- Lukács, G. (1972). *Political Writings 1919-1929*. London: N.L.B.
- Luxemburgo, R. (2004). *Rosa Luxemburg Speaks*. New York: Pathfinder.
- Mago, L. (1995). “El papel de la mujer dentro de la estructura social venezolana del siglo XIX. *La Mujer en la Historia de Venezuela*, 283-325.
- Marx, K., Engels, F. (1982). *La ideología alemana*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Medina, A. (1983). “Teoría, fuentes y método en la historia regional”. *Cuadernos de Historia*. (2), 5-30.
- Monedero, J. (2011). “Socialismo y Consejos Comunales: La filosofía política del socialismo: del Estado heredado al nuevo Estado, *Comuna*, 4.
- Montero, M. (1995). “Latin America Social Identity”. *Multiculturalism and the State*, 1, 62-68.
- _____. (1984). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- _____. (1994). “Latin American Social Identity”. *Multiculturalism and the State*, (1), 47 .

- Navarrete, R. (2005). “!El pasado está en la calle!”. *Revisa Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, (2), 11, 127-140.
- Patterson, T. (1993). “Raza y arqueología: Una visión comparativa”. Manuscrito inédito.
- _____. (1997). *Inventing Western Civilization*. New York: Monthly Review Press.
- Petrullo, V. (1939). “Archeology of Arauquín”. *Anthropological Papers*, 12.
- Pino, E. (1988). *Venezuela metida en cintura. 1900-1945*. Caracas: Cuadernos Lagovén.
- Quijano, A. (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Perspectivas Latinoamericanas*. (Comp.) Edgardo Lander.
- _____. (2000). *Colonialidad del saber*. Madrid: Editorial Akal.
- Quintero, R. (1972). *Antropología del petróleo*. D. F. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Requena, R. (1932^a). *Vestigios de la Atlántida*. Caracas: Tipografía Americana.
- Ribeiro, D. (1992). *Las Américas y la Civilización*. Caracas; Biblioteca Ayacucho.
- Rivero, M. R. (1988). *La República en Venezuela. Pasión y desencanto*. Caracas: Cuadernos Lagovén.
- Rojas, A. (1941). *Estudios Indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Editorial “Cecilio Acosta”.
- Romero, J. (2005). “Usos e interpretaciones de la historia de Venezuela en el pensamiento de Hugo Chávez”. *Revisa Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, (2), 11, 211-235.

- Roseberry, W. (1977). "Social class and social process in the Venezuelan Andes". Tesis doctoral. University of Connecticut. University Microfilms International. Ann Arbor.
- Salas, J. (1908). *Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Estudio de etnología e historia*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.
- _____. (1919). *Civilización y Barbarie. Estudios sociológicos americanos*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.
- _____. (1970). *Civilización y Barbarie. Estudios sociológicos americanos*. Caracas: Talleres Gráficos Italgráfica, S.R.L.
- Sanoja, M. (1997). *Los hombres de la yuca y el maíz*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- _____. (1998). "Arqueología del capitalismo. Estudio de casos: Santo Tomé de Guayana y Caracas, Venezuela". *Revista Tierra Firme*, 16, 637-660.
- _____. (2007). *Memoria de la integración*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- _____. (2011). *Del capitalismo al socialismo, perspectiva desde la antropología crítica*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- _____. (2013). *El alba de la sociedad Venezolana*. Caracas: Archivo General de la Nación.
- Sanoja, M. Vargas, I. (1993). *Historia, identidad y poder*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- _____. (1995). *Economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.

- _____. (1999). "La formación de cazadores recolectores del Oriente de Venezuela. *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 2, 179-219.
- _____. (2002). *El agua y el poder*. Caracas: Ediciones del Banco Central de Venezuela.
- _____. (2003). "Venezuela irredenta". *Question*, 2, 15, 6-7.
- _____. (2004). *Razones para una revolución*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- _____. (2005). *Las edades de Guayana. Arqueología de una Quimera*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- _____. (2006). *Las edades de Guayana. Arqueología de una Quimera*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- _____. (2006). "Etnogénesis de la región histórica Orinoco-Antillas. *El Caribe Arqueológico*, 9, 49-65.
- _____. (2007). "La experiencia capitalista misional en Guayana." *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 9, 163-178.
- _____. (2007). "Las sociedades formativas del noroeste de Venezuela y el Orinoco Medio. *International Journal of South American Archaeology*, 1, 4-23.
- _____. (2015). *Venezuela: El poder popular y la práctica de la democracia participativa y protagónica*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- _____. (2018). *La fragua del Bravo Pueblo*. Caracas: Fundarte.

- Sanoja, M. Vargas, I., Alvarado. G., Montilla, M. (1998). “Arqueología de Caracas: San Pablo”. *Investigaciones Arqueológicas en la Escuela de Música José Ángel Lamas*, 177.
- Schmitz, P. (1987). “Prehistoric hunters and gatherers of Brazil”. *Journal of World Prehistory*, 1 (1), 53-25.
- Schumpeter, J. (1942). *Capitalism, Socialism, and Democracy*. Nueva York: Harper.
- Thompson, E. (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- _____. (1995). *Costumbres en Común*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Toro, E. (1906). *Antropología general y de Venezuela precolombina*. Caracas: Tipografía Herrera Irigoyen.
- Vaccari, L. (1995). “La participación de la mujer en la política y la administración colonial”. *La Mujer en la Historia de Venezuela*, 63-90.
- Valdés, G. (2007). “Diversidad y alternativas anticapitalistas en América Latina. Desafíos de los movimientos sociales ante la civilización excluyente, patriarcal, discriminatoria y depredadora del capital.” *Marx Ahora*, 23.
- Vallenilla, L. (1983). *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María.
- Vargas, I. (1976). “Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas, 1880-1936”. *Semestre Histórico*, 3.
- _____. (1981). *Investigaciones Arqueológicas en Parima. Los sitios de La Gruta y Ronquín. Estado Guárico*.

Venezuela. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

_____. (1986). “Evolución histórica de la arqueología en Venezuela”. *Quiboreña*, (1), 1.

_____. (1990). *Arqueología. Ciencia y sociedad*. Caracas: Editorial Abre Brecha.

_____. (1998). “Modo de vida y modo de trabajo: conceptos centrales de la arqueología social. Su aplicación en el estudio de algunos procesos de la Historia de Venezuela”. *Tierra Firme*, 16, 661-685.

_____. (1999). *La historia como futuro*. Caracas: Fondo Editorial Trópico.

_____. (2005) “Visiones del pasado indígena y el proyecto de una Venezuela a futuro”. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, (2), 11, 187-210.

_____. (2006). *Historia, mujer, mujeres*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Economía Popular.

_____. (2006). *Visión histórica de las sociedades precoloniales en Venezuela; 12000 -ap- 2002*. Bogotá: Editorial Planeta.

_____. (2007). *Resistencia y participación. La saga del pueblo venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.

_____. (2017). “La revolución agraria y la sociedad tribal en Venezuela”. *El Pueblo Venezolano. 15.000 años de Historia*, 28-40.

Vargas, I., Vivas, V. (1999). Caracas: Espacio y vida cotidiana en la transición entre un modo de vida Colonial y uno Nacional. *Boletín Antropológico*, 46, 103-134.

Velásquez, M. (1986) . *La vida política en hispanoamérica. Historia General de América*. Caracas: Secretaría de la Presidencia de la República.

Wallerstein, I. (1995). *Hold the thriller firm: on method and the unity of analysis* Pps. 239-247. *Civilization and World Systems*. Altamira Press. Londres.

Zumeta, C. (1983). *La oposición a la dictadura de Cipriano Castro*. Caracas: Ávila Arte. S.A.

_____. (1985). *El pensamiento político venezolano del siglo XX*. Caracas: Ávila Arte. S.A.



Versión digital
República Bolivariana de Venezuela
Caracas, julio de 2021
a 200 años de la victoria de la Batalla de Carabobo



IRAI DA VARGAS ARENAS

(Aragua, 1942). Antropóloga por la Universidad Central de Venezuela (1964), destaca su doctorado *cum laude* en Historia y Geografía en la Universidad Complutense de Madrid (1976). Colaboradora científica del Smithsonian Institution. Primera mujer en obtener el Premio Nacional de Cultura, mención Humanidades (2008). Ha sido docente en universidades de España, México, Costa Rica y Colombia. Es investigadora nacional emérita por parte del Ministerio del Poder Popular para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación. Autora y coautora de más de treinta publicaciones.